

HARLEQUIN®

Deseo®

ALGO IRRESISTIBLE

Elizabeth Bevarly

Algo Irresistible

Elizabeth Bevarly

6º De Aquí a la Maternidad

Algo Irresistible (08.11.2000)

Título Original: Dr. Irresistible (2000) **Serie: 06 De Aquí a la Maternidad**

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Deseo 989

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Seth Mahoney y Prudence Holloway

Argumento:

Entre sus aspiraciones a corto plazo no figuraba el formar una familia, o eso era lo que creía el doctor Seth Mahoney, hasta que conoció a la enfermera Prudence Holloway y a su bebé. Cuando a Prudence le hizo falta un marido provisional, Seth se apresuró a presentarse voluntario.

A todas las imprudencias que la enfermera Holloway había cometido a lo largo de su vida, no pensaba añadirle la de enamorarse de Seth, que para *ella era insufrible. A no ser, claro, que de verdad el donjuán de los quirófanos quisiera ejercer la paternidad...*

Capítulo Uno

Escalpelo en mano, el doctor Seth Mahoney estaba considerando dónde empezar la incisión. En pie junto a él, la enfermera contemplaba también el corazón que aguardaba, con tanto interés como él, pero sin un gesto ni una palabra que pudieran interferir con su decisión. La cosa era peliaguda, y eran muchas las personas pendientes del éxito de la operación.

Consciente de todo ello, el doctor Mahoney se tomó unos segundos para reconsiderar con cuidado el dilema. Podía hacer la incisión de arriba abajo. O

transversalmente. ¿Qué tal en diagonal? Ah, y, si la hacía en diagonal, ¿mejor de la aurícula izquierda al ventrículo derecho? ¿O del ventrículo izquierdo a la aurícula derecha? Y, por cierto, ¿cuáles eran las aurículas, las de abajo, o las de arriba? Siempre le entraban dudas de eso.

A todo esto, ¿en cuántos pedazos le habían dicho que cortara el corazón aquel? ¡Ya se le había olvidado! Se estaba hartando de aquel encargo, así que susurró:

—Bueno, ya está bien.

Y, empuñando el escalpelo, lo alzó en alto y lo dejó caer con brutal impulso, clavándolo profundamente en el mismísimo centro del corazón.

—Menudo estilo, doctor Mahoney —comentó, sin levantar la voz, la enfermera que se encontraba a su lado.

—¿Y qué quieres, Renee? —contestó el médico, volviéndose hacia ella. Estaba muy harto, así que se pasó ambas manos por el pelo, desordenándose los mechones rubios, y acabó por plantárselas en las caderas—. Me estás presionando como si fuera... no sé, ni que fuera cirugía cerebral.

Ahí sí, por supuesto, ahí sí que el doctor Mahoney se habría sentido seguro.

Porque de cirugía cerebral, sí que entendía. Aunque estuviera mal que él lo dijera, bueno, que se lo dijera, era uno de los mejores neurocirujanos de New Jersey... y, para no quedarse cortos, de Estados Unidos. Lo único que pasaba era que de corazones no entendía un pimiento.

Sobre todo, de corazones de bizcocho.

—Una vez más, te felicito por lo de tu boda, Renee —dijo, y, dejando el escalpelo donde estaba, clavado en mitad de la llamativa cobertura de azúcar coloreada de rojo, añadió, mientras daba un par de pasos, alejándose—. No sabes lo que me alegro por ti. Vamos, es que estoy que me muero de alegría, y, por eso mismo, no puedo cortar

el pastel este. Chicos, apañaos como podáis —

eso era, que lo cortaran ellos, si sabían cómo hacer partes iguales de un pastel con una forma tan rara—. Hay quienes nos hemos chupado dos turnos seguidos en pie, y estamos deseando llegar a casa, así que, si me disculpáis... —pero, pensándoselo mejor, el doctor Mahoney se volvió para extraer el escalpelo del pastel, y poder devolverlo a la vitrina de material de donde lo había sacado.

Con él en la mano, trató luego de reanudar la retirada, pero no pudo dar ni dos pasos sin que se elevara un coro de súplicas.

—Ay, doctor Mahoney, por favor... —enfermeras, médicos y celadores le pedían perdón y le rogaban que se quedase con ellos.

—Perdónanos, Seth...

—No sabes cómo lo sentimos...

—Era broma...

—El trozo más grande, para ti...

—Solo tú puedes repartirlo bien...

—No te lleves el escalpelo, que no tenemos con qué cortarlo...

Normalmente, tanta zalamería habría producido su efecto enseguida, pero ese día el doctor Mahoney estaba muy cansado e irritable. Llevaba recibiendo pequeños disgustos todo el día, y no tenía ganas de seguir más tiempo en el hospital. El día había sido suficientemente largo, y, además, era viernes.

Un viernes en el que nada le salía bien. Nada de nada. Su fantástico BMW

tenía un ruidito raro, y él, el doctor Seth Mahoney, genio de la mecánica, no conseguía dar con la causa. Al salir del coche, se había empapado, mientras recorría a la carrera la distancia entre el aparcamiento y el hospital, porque él, el doctor Seth Mahoney, genio de la organización, se había dejado el paraguas en casa. Y, al quitarse su ropa y ponerse la del hospital, vio que él, el doctor Seth Mahoney, dandy entre los dandys, llevaba un calcetín de cada color.

Por fortuna, la operación de la señora Hammelman había ido bien. Bueno, después de todo, él era uno de los mejores neurocirujanos de New Jersey... y, para no quedarnos cortos, de Estados Unidos Pero todo lo demás había ido de pena. Cuando tuvo un momento para escaparse a comer, en la cafetería no quedaban ni sándwiches; por lo menos, no los que le gustaban a él. En la máquina de refrescos, se había acabado el zumo de naranja. Después, el cajero automático que había en el vestíbulo del hospital tuvo a bien comunicarle que él, el doctor Seth Mahoney, genio de las finanzas, tenía un descubierto de tres dólares con ochenta y seis centavos. Y llevaba como tres horas con un dolor de cabeza que no cedía con nada. Y, por si fuera poco,

era viernes. Era viernes y él, el doctor Seth Mahoney, objeto de deseo de tantas mujeres, no había quedado con nadie.

Nadie había quedado con él, se repitió una vez más, sin dejar de sentir el mismo asombro que todas las veces anteriores. Pero, ¿cómo podía darse una contingencia así?

Como fuera, consideraba que llevaba demasiadas horas en el hospital, y lo último que le apetecía era seguir de fiesta con sus compañeros. Quería irse a casa, quitarse los zapatos, y con ellos, sus desparejados calcetines, hacerse un sándwich de los que a él le gustaban, y que, por supuesto, estaría mucho mejor que los de la cafetería del hospital, abrirse una botella de zumo de naranja, o mejor, dos, y llamar a la línea de, atención tal cliente de su banco, para poner el grito en el cielo por el inexistente descubierto de su cuenta.

Ciertamente, con todo eso no solucionaba el quedar con alguien, y la verdad era que no se le ocurría a quién invitar a salir. Por lo menos, no se le ocurría nadie que le fuera a decir que sí, y, de momento, no tenía mucho interés por...

Lo que fuera que estaba pensando no lo acabó nunca de pensar, gracias a la mujer que entró en ese momento a toda prisa en la sala donde se celebraba el compromiso de boda de Renee. Seth se encontró sonriendo de oreja a oreja, a la vista de Prudence Holloway, la mujer más incitante, irritante e imprevisible que a él le hubiera cabido en suerte conocer. Además de ser la que tenía el nombre que menos le pegaba, se dijo, y su sonrisa se acentuó aún más. «Prudence. ¿En qué estarían pensando sus padres?» Se debía a sí mismo el intentar salir con ella una vez más.

—Hola a todos —saludaba en ese momento a los presentes, sin aliento, la recién llegada, tratando al mismo tiempo de colocarse un poco el cabello, pasándose la mano. Empeño inútil, porque sus rizos cobrizos oscuros se agitaban con cada movimiento suyo, y ella estaba siempre en movimiento.

En general, a Seth le gustaba el cabello largo en las mujeres, pero, en el caso de Prudence, le encantaba que esos rizos no llegaran a cubrirle la nuca. Tenía un cuello precioso, entre otras muchas cosas.

Inevitablemente, su mirada resbaló hacia la región cubierta por la informe chaqueta del hospital. Aunque, por desgracia, carecía de datos de primera mano, tenía el convencimiento de que esa prenda sin forma ocultaba unas formas realmente espectaculares.

Pero la verdad era que las únicas ocasiones en que la había visto sin el uniforme de enfermera, la vio vestida, una vez más por desgracia, con cosas bastante feas, llenas de lacitos y puntillas que no

veía ponerse a ninguna mujer que no estuviera embarazada. Prudence había estado inmensa, incómoda e irascible durante su embarazo. Y, se dijo melancólicamente Seth al recordarlo, a él le había gustado más que nunca durante esos nueve meses, porque Prudence Holloway no habría podido dejar de resultar fascinante ni empeñándose en ello.

Desde que Seth llegó al hospital Seton General, hacía dos años, estaba fascinado por la enfermera Holloway. ¿Y por qué? Vaya usted a saber. Él no tenía ni idea. Quizá por lo expresivos que eran sus ojos verdes, incapaces de guardar secreto alguno. Quizá por la exuberancia de su boca que, sonriente o con los labios apretados, abierta o cerrada, haría perder la cabeza a cualquier hombre. Tal vez por el sentido del humor y el ingenio que enseguida manifestó.

O, a lo mejor, por lo mal que había llevado el embarazo. Uno no debería decir esas cosas, pero Prudence resultaba deliciosa al enfadarse.

Y, naturalmente, también cabía la posibilidad de que fuera esto último, porque, una vez recuperado su volumen normal, Prudence Holloway seguía teniendo muy poquita paciencia, al menos con Seth. Y Seth no tenía ninguna costumbre de que las mujeres reaccionaran ante él más que con entusiasmo.

Todas, jóvenes y menos jóvenes, compañeras del hospital o perfectas desconocidas, se rendían al encanto del doctor Mahoney. Y hete aquí que, tras más de dos años, la aversión manifestada por la enfermera Holloway se mantenía constante.

Hacía dos años, esa falta de interés podía atribuirse al hecho de que estuviera saliendo con otro. Y luego, cuando ese otro se esfumó, Seth se dijo que la firmeza con la que Prudence repelía sus avances debía de obedecer a la alteración causada por el embarazo. O tal vez aún se acordaba del necio que la había abandonado. Aunque el tener el corazón así ocupado no les había impedido a otras chicas caer rendidas a los pies de Seth. A bastantes chicas, por cierto.

No era que él se fijara especialmente en las casadas o comprometidas. Pero no dejaba de coquetear con ninguna mujer por ninguna circunstancia tan frívola como su estado civil, o su trabajo, edad, raza, creencias, religión, especie u origen planetario. Solo la belleza contaba, y a Seth todas las mujeres le parecían bellas, de un modo u otro. Todo ser que segregara estrógenos en cantidad suficiente era merecedor de un coqueteo, y Prudence Holloway no era ninguna excepción.

Pero…

Pero Seth no podía dejar de coquetear con ella, o, mejor dicho, de intentarlo, porque un coqueteo es algo de ida y vuelta, y ella llevaba

dos años dejándole, a él y a todo el mundo, sobradamente claro que no pensaba cumplir su parte. Y, al cabo de esos dos años, Seth se encontraba sumido en la perplejidad. Para empezar, Prudence no salía con nadie, ni parecía estarle guardando ausencias a nadie. Y esa inquebrantable vocación de soltería era algo que alimentaba la, digamos, curiosidad de Seth.

Pero, ¿por qué no correspondía al flirteo, aunque no tuviera la menor intención de ir más adelante? Todas las enfermeras, y las doctoras, lo hacían.

Era una pura cuestión de buena educación. Pero Prudence no. Oh, no, ella no.

Ella se negaba a salir con él, lo rechazaba una y otra vez, y, últimamente, no lo hacía con ninguna moderación. Total, porque él se lo había pedido unas cuantas veces... Bueno, o unas cuantas docenas de veces, ¿qué más daba?

Pero, ¿cómo se le podría resistir a él? A él, al doctor Seth Mahoney, más conocido por el Doctor Irresistible. ¿Cómo era eso posible?

Al final, había acabado por no invitarla a salir, puesto que le había quedado claro que nunca jamás, ni aunque pasaran miles de millones de años, ni aunque él fuera el último hombre vivo en el planeta, mejor dicho, ni aunque fuera el último hombre, ni vivo ni muerto, iba a salir con él. Le había quedado claro porque ella se lo dijo, con esas mismas palabras. Lo había encajado, pero le seguía pareciendo un escándalo que él, el doctor Seth Mahoney, el amante de las mujeres, no consiguiera hacer cambiar de opinión a la bella Prudence.

Así que había cesado de invitarla a salir, pero, claro, eso no significaba que no le dirigiera la palabra. Y, siendo él quien era, dirigirle la palabra significaba proseguir con su galanteo, unilateral y no correspondido. También seguía teniendo fantasías con ella, cuando estaba fuera del hospital. O cuando estaba en el hospital. Como en ese preciso momento, sin ir más lejos, en el que su pensamiento se remontaba hacia el empíreo, mientras Prudence Holloway sacaba una... fiambrera. Depositó la fiambrera, que debía de estar llena de algo así como lazos de hojaldre, si Seth no se engañaba, sobre la mesa, junto a otra serie de fuentes con los diversos dulces que habían llevado los miembros del servicio, para celebrar el compromiso de su compañera.

La fatalidad, que nunca andaba lejos de Prudence, quiso que soltara su fiambrera con un poquito de energía de más, y, como la mesa estaba algo inclinada, el recipiente se deslizó cuesta abajo por ella, empujando los demás, y terminó su carrera despeñándose por el

otro extremo volcando todo su contenido en el suelo. Eran, en efecto, lazos de hojaldre. Trozos de lazos de hojaldre, más exactamente.

« ¿Pero en qué estarían pensando sus padres?»

Ella no se inmutó demasiado.

—Siento llegar tan tarde, chicos —dijo, dirigiéndose a todos y a ninguno, mientras empezaba automáticamente a recoger lo que se había caído. Claro que, por lo que Seth tenía visto, a Prudence le ocurrían cosas así con tanta frecuencia, que era lógico que no se sorprendiera—. Tanner protestaba hoy tanto de quedarse solo en la guardería, que me ha costado mucho dejarlo medianamente convencido.

Tanner era el niño de Prudence, y Seth lo conocía desde que tenía diez horas de vida. Había cumplido ya nueve meses, y pasaba las horas de la jornada de trabajo de su madre en la guardería del hospital. A él le encantaban los niños, sobre todo los bebés, y pasaba no pocos ratos en la unidad de neonatología, arrullando tanto a las enfermeras, que eran las más atractivas del hospital, como a los ocupantes del «nido», que a él también le resultaban muy atractivos.

Sin saber por qué, mientras contemplaba las curvas marcadas por el pantalón de la enfermera Holloway, inclinada recogiendo las migas de las pastas, el doctor Mahoney se descubrió pensando que a él también le gustaría tener niños, algún día, y que la media docena de veces que había visto a Prudence con Tanner, le había parecido la mujer más cariñosa del mundo.

Claro que esa efusividad estaba reservada a su hijo. Con el resto del género masculino, mostraba bastante más... prudencia. Cierto que eso era en el momento presente. Evidentemente, en su día, su actitud debía de haber sido algo distinta, como la propia presencia de Tanner indicaba. Pero eso parecía cuestión del pasado.

—¿Así que el joven Tanner no estaba hoy de buen humor, eh? —le preguntó Seth, inclinándose ligeramente hacia ella, resignado a verla contestarle con una sonrisa de compromiso.

Y así fue. Prudence se irguió levemente para mirarlo y dirigirle exactamente ese tipo de sonrisa, y, como estaba debajo de la mesa del festín, puní, se dio un golpe en lo alto de la cabeza.

—Uf —dijo Seth—. Eso ha tenido que dolerte —y volvió a preguntarse en qué pensaban los padres de Prudence al bautizarla así.

Ella no contestó a esta última observación, puesto que, evidentemente, no requería respuesta. Acabó de ponerse en pie, se pasó la mano por la coronilla, y dijo:

—Sí, hoy estaba de mal humor, pero no es nada raro que un bebé de nueve meses tenga ansiedad al separarse de la persona a quien

quiere —parecía que por su boca hablaba la experiencia.

—Seguro que sí —se apresuró a corroborar él—; y, créeme, tampoco es nada raro que la sufran los hombres de treinta y tres años —hala, que meditara un ratito sobre eso.

Si esa era la cara que ponía Prudence al meditar, a Seth le parecía adorable.

Qué mona que era. Y qué preciosidad de cuello. Pero, quizá por suerte para él, que no habría sabido qué contestarle, no le preguntó por su comentario. Así que volvió a mirar el corazón de dulce, como le reclamaban sus compañeros e, impulsivamente, se decidió a quedarse un ratito. Un ratito nada más: lo justo para cortarlo, mientras le echaba un vistazo a Prudence, tomarse un pedazo, mirando a Prudence, y luego se marcharía a casa, a recuperarse... y a fantasear con Prudence.

Con cuidado, partió el corazón de arriba abajo y luego de izquierda a derecha, y siguió haciendo divisiones en el pastel, sin preocuparse excesivamente por cómo resultaran de tamaño. Eran todos adultos, para no pelearse por quién se llevaba más o menos. Al terminar, se sirvió una selección de los dulces que componían el bufé, y, platito en mano, empezó a circular por la sala. Como quien no quiere la cosa, terminó parándose justo al lado de Prudence, que era una cosa que le sucedía con bastante frecuencia.

Había dejado de preguntarse a sí mismo cuál era la causa de aquella extraña fascinación, y la verdad era que, últimamente, ni siquiera hacía gran cosa cuando se encontraba junto a ella. Le daba un poco de vergüenza que la interesada, y el resto del personal del hospital, se dieran cuenta de lo patético de su situación.

Por muy bien surtido que Seth habitualmente estuviera de compañía femenina, que lo estaba siempre, excepto ese viernes, también era lo habitual que no le quedaran muchas ganas de prolongar la relación demasiado tiempo.

De hecho, cada vez le duraban menos, y cada vez le resultaban menos satisfactorias. Quizá eso requiera una explicación: a Seth le seguían gustando muchísimo las mujeres. Y siempre había apreciado mucho la variedad femenina. El único inconveniente era que, desde que conocía a Prudence, esa variedad había empezado a parecerle menos apetecible. Y, cuanto más tiempo pasaba con ella, tiempo dedicado en su mayor parte a escaramuzas verbales, dicho sea de paso, más descontento se encontraba con su vida social.

Ese descontento lo tenía muy preocupado. Sospechaba que tenía algo que ver con un deseo de «sentar la cabeza». Y él no se sentía capaz de hacer tal cosa. Le encantaba pasar de una mujer a otra. Era

impensable que Seth Mahoney pudiera renunciar a galantearlas a todas. Y tampoco su edad era como para alarmarse. Claro que la mayor parte de los hombres de treinta y tres, si no estaban casados, sí que tenían relaciones estables. Hasta su mejor amigo, Reed Atchinson, que Seth no pensaba que llegara jamás a tener relación alguna, acababa de casarse. Y su mujer, Mindy, estaba a punto de dar a luz.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Seth había dejado que su mirada volviera a clavarse en Prudence. La verdad es que era preciosa. Y también simpática, inteligente y amable. Por lo menos, él veía que era así con los demás. Con él, por supuesto, estaba casi siempre a la defensiva, cosa que no podía comprender. Así que, con el día que llevaba, Seth decidió que no hacía falta llegar a casa para discutir con alguien. Mejor en directo con Prudence que con alguien del banco por teléfono.

—Entonces, Prudence —le dijo, cortando la conversación que sostenía con otra enfermera—, vas a hacer el turno de tarde, hoy viernes. Qué faena, ¿no? Te deja sin tiempo para arreglarte para la noche.

La vio volverse hacia él, sin ningún entusiasmo, o, mejor dicho, bastante molesta.

—No es que sea asunto tuyo —replicó, sin demasiada acritud—, pero no tengo planes para salir esta noche.

—Increíble —observó Seth.

—Ramona necesitaba la noche, y a mí no me costaba nada cambiarle el turno

—explicó ella—; y no hay más que hablar.

—Oh sí, con lo que te cuesta encontrar un hueco para salir conmigo —atacó Seth, y vio complacido que Prudence fruncía los labios en una forma deliciosa.

Ay, pero qué transparente que era la enfermera Holloway. Él no tenía dudas de que le gustaba. Bueno, casi ninguna duda.

—Eso está más que justificado —le contestó, con cierta dureza.

—¿Sí? Pues dime por qué.

—Ah, vamos —dijo Prudence, encogiéndose de hombros, pero sin la menor despreocupación—, todo un doctor en medicina, seguro que te lo puedes imaginar tú solo.

Él se quedó un rato callado, con el índice de la mano izquierda apoyado en la mejilla, aparentemente absorto en su reflexión. Y, transcurridos unos instantes, exclamó:

—Pues no. Lo siento. No me lo puedo imaginar. Me lo vas a tener que explicar tú.

Y ella le sonrió, pero sin alegría ni cordialidad. A Seth le dio la

sensación de que la temperatura de la habitación bajaba de golpe como quince o veinte grados.

—Vaya —dijo Prudence—, pues parece que no eres don Listísimo, después de todo.

—Oye, Prudence —contestó Seth, supuestamente muy ofendido—, haz el favor de llamarme doctor Listísimo.

—Y tú —replicó ella, ofendida de verdad—, recuerda que para ti soy la señora Holloway, doctor don Listísimo.

Seth sabía por experiencia que su proximidad física la ponía sumamente nerviosa, así que dio un pasito hacia ella, y luego otro. Por cada uno de sus pasos, Prudence daba otro, mucho mayor, hacia atrás. La enfermera que había estado conversando con ella, al ver que ninguno de los dos le dirigía la palabra, se alejó sin decir nada. Seth dio un pasito más hacia Prudence, y ella, automáticamente, dio uno más hacia atrás, y se metió sólita en la trampa.

Estaba contra la pared, junto a un rincón, del que acababa de cerrarle la salida un armario.

«Pero qué poca prudencia,» se dijo Seth, y sonrió. Sin prisa, pero sin pausa, soltó el platito de los dulces sobre la mesa y dio los dos últimos pasos hacia Prudence. Luego plantó una de sus palmas en la pared, a la altura de la cabeza de ella, y la otra en el armario. Perfecto, por fin tenía a la bella esquiva exactamente donde él deseaba.

Con que desaparecieran las otras diez o quince personas que había en la sala, podrían empezar a hablar de cosas interesantes.

—Verás —le dijo en un susurro, acercando aún más su rostro al de ella—. No sé si sabes que muchas enfermeras, y muchas doctoras, también, me llaman de otra manera. Nada de don Listo.

—Pues tú dirás.

Le habló con tanta sequedad, que estuvo a punto de convencerlo de que su proximidad la dejaba indiferente, pero el ojo clínico de Seth, siempre alerta, estaba al mismo tiempo captando el latido del cuello de Prudence, que se había acelerado al acercarse él. Y, observando con atención, también podía verse cómo habían subido de color sus mejillas, se habían entornado sus párpados y se le habían entreabierto, de forma muy ligera, pero perceptible, los labios.

Vaya, vaya, pero qué interesante. No recordaba haber tenido una clase de fisiología aplicada tan apasionante desde primero de medicina, por lo menos.

Él, por su parte, tomó aire, lo retuvo unos instantes en los pulmones, y lo fue soltando lentamente, soplando suave y deliberadamente sobre la garganta desnuda de Prudence. El pulso se le

volvió a acelerar, y las pupilas se le dilataron al máximo, hasta casi borrar el verde del iris. Qué ojos tan bellos tenía.

Bellos, radiantes, apasionados. Unos ojos incapaces de ocultar ningún secreto.

Aunque lo había sospechado a veces, durante aquellos dos años de vana persecución, ese día, por primera vez, Seth se dio cuenta de que a Prudence no la dejaba ni mucho menos tan indiferente como ella pretendía. Así que era cuestión de que llegara a reconocerlo.

—Pues el sobrenombre que algunas veces les he oído darme —prosiguió, muy quedamente—, cuando no se daban cuenta de que las estaba oyendo, era el de doctor… Irresistible. No es que yo esté de acuerdo —se apresuró a matizar —. A mí me parece que me va mejor el de doctor Irreprimible. Eso de

«Irresistible» es un pelín exagerado, ¿no te parece? Yo, desde luego, no pretendo serlo. Aunque hay que reconocer —no pudo evitar añadir— que muchas mujeres me lo han llamado.

Prudence dio un bufido muy poco halagador, aunque la sangre seguía latiéndole aceleradamente en la arteria del cuello, y sus ojos permanecían oscuros.

—Ya, pero también hay otras —dijo, con un leve temblor en la voz —, entre las que me incluyo, que te llaman doctor…

Mientras ella hablaba, él aprovechó para pasarle la mano suavemente por el cabello. Lo hizo con la esperanza de descolocarla, y hacerle olvidar lo que le iba a decir. Y también, por supuesto, porque hacía muchísimo tiempo que tenía unas enormes ganas de hacerlo.

—… Insufrible —concluyó ella, a pesar de todo, apartando la cabeza bruscamente, para evitar la caricia—. Hay quien te llama, quienes te llamamos, doctor Insufrible.

Caramba, eso no lo había oído Seth jamás. A él nadie, por lo menos nadie del bello sexo, lo encontraba insufrible. Impresionante, inmenso, incomparable, intrépido, todo eso, sí. Y, por supuesto, irresistible. Bueno, y, a veces, incluso, impertinente, impetuoso, irreverente, incorregible. Pero, ¿insufrible? ¿Él, insufrible? Ni hablar. Eso era… inconcebible.

—Prudence —dijo, conteniendo la risita que, cada vez que tenía que llamarla por su nombre le asaltaba—, me parece que te lo estás inventando.

—Que te crees tú eso.

—Sí, es lo que creo.

—Pues no tienes ni idea.

—Qué va. Ahí te equivocas. Se me ocurren montones de ideas relacionadas contigo.

—Y ninguna decente —contestó ella, y él sonrió.
—Pues no, ninguna. ¿Qué gracia tendría, si no?
—Doctor Mahoney… —empezó Prudence.
—Seth —se apresuró él a corregirla—. ¿Cuántas veces te he pedido que me llames Seth?
—Doctor Mahoney —repitió Prudence, con énfasis—, tenga la bondad de disculparme. Me esperan en la sala de guardia de enfermería.
La voz de Prudence salió sofocada y mucho más grave de lo habitual, y esa alteración bastó para despertar la libido de Seth, es decir, para llevarla a un punto todavía más alto del habitual. Entendía claramente que la enfermera Holloway le estaba pidiendo que se apartara, pero su cuerpo no tenía la menor intención de obedecer. Siguió inclinado sobre ella, mirándola a los ojos, y enroscando uno de sus rizos en torno a su índice. Los ojos de Prudence eran del color de las aguas del Caribe. ¿No sería fantástico ir juntos de vacaciones a alguna de esas islas? Alquilar un velero…
—Ahora.
La insistencia de aquella única palabra consiguió arrancar a Seth de su ensueño. Bien, la enfermera Holloway no parecía, por el momento, en buena disposición para hacer un viajecito sentimental. De acuerdo, él podía asimilarlo.
De acuerdo, no pasaba nada, tenía otras cosas que hacer, de todos modos.
Como… irse a casa, solo, prepararse algo de cenar, para él solo, y pasar la velada del viernes, sin nada que hacer, solo.
«Maldita sea.» Seth odiaba estar solo.
Así que, mientras separaba las manos de donde las tenía apoyadas y daba un paso, mejor dicho, un pasito, hacia atrás, se resolvió a hacer un último intento por hacerla cambiar de opinión.
—Entonces, saldrás esta noche a las once, ¿no? —dijo, sonriendo seductoramente—. Es una hora perfecta, todavía, para cenar y pasar un rato con alguien que te guste.
Y ella, milagrosamente, le devolvió la sonrisa, y asintió lenta y afablemente.
Al mismo tiempo, apoyó una mano en el pecho de Seth, y la excitación de él se disparó de inmediato. Quién lo iba a pensar. Eso iba a ser mucho más fácil de lo que jamás hubiera creído.
—Tienes razón —dijo Prudence, en un susurro—. Aún me quedará un rato, al salir de trabajar, para pasar la velada con alguien que me gusta. Porque es verdad que hay un chico que me gusta.
El corazón de Seth se disparó al ver el brillo de su mirada. Por fin,

por fin Prudence se decidía a reconocer lo que él ya sabía. Que estaban hechos el uno para el otro. Por lo menos, para una aventura, seguro que sí.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Y ella volvió a asentir con aquel gesto lento y absolutamente tentador.

—Desde luego que sí. Es guapo, listo, divertido...

—¿Sí? —Seth ansiaba que siguiera con esa lista.

—No es solo para pasar un rato con él, sino toda la noche.

—Vaya.

—Y no solo una noche —siguió ella, sonriendo—, sino muchas, muchísimas noches.

—¿De verdad?

—Para mucho tiempo.

—Oh, Prudence —Seth consiguió decir aquello, que le salía del alma, en voz baja, para que no lo oyera más que ella—, cómo me alegro de que al fin reconozcas que hay algo muy fuerte entre nosotros Iba a tomarle tiernamente la mano, cuando sintió que ella le pegaba un buen empujón con la suya, y vio que su sonrisa se convertía en mueca amenazadora.

Mientras luchaba por conservar el equilibrio y no acabar sentado en el suelo sobre su... amor propio, la vio pasar delante de él, mirándolo con desdén.

—Querrás decir, entre mi hijo y yo —le informó, por encima del hombro, mientras se alejaba—. Tengo la intención de pasar esta velada, y todas las veladas que pueda, con Tanner —y, con eso, se marchó definitivamente de la reunión, sin mirar atrás.

«Valiente imbécil que estás hecho», se dijo, inmisericorde, Seth. ¿Pero cuándo pensaba darse por fin por enterado de que Prudence Holloway nunca se interesaría por él? ¿Cuándo dejaría de hacer el ridículo de esa manera? ¿Por qué volvía una y otra vez a la carga?

Pues porque no lo podía remediar. Porque Prudence Holloway sí que era la enfermera Irresistible. Y porque... porque había algo en sus ojos... algo imposible de definir... cuando lo miraba a él. Era difícil de detectar. Había que acercarse mucho a ella para verlo. Y, por lo tanto, irritarla aún más. Pero, mientras ese... lo que fuera... siguiera estando ahí, Seth no podía dejar estar las cosas.

Se enderezó la corbata, sonrió a los presentes, y, al verlos bajar rápidamente la vista hacia los dulces que cada cual tenía en su platito, dijo en voz alta:

—Bueno, ya lo habéis visto. La chica se derrite por mis huesos.

Todos sonrieron, y Seth salió, confortado. Todo el mundo en el

hospital sabía que Prudence y él se gastaban esas bromas. Todos sabían que era en broma y se lo tomaban como tal.

Ojala también él lo pudiera tomar a broma.

Capítulo Dos

Aunque Pru hizo un alto para refrescarse en los aseos, al llegar a su puesto de guardia en neurología, aún no estaba ni mucho menos recuperada de su pequeño... lo que quiera que hubiese sido, con el doctor Mahoney. Todavía le martilleaba con fuerza el corazón en el pecho, la sangre aún recorría sus venas a buena velocidad y tenía el cerebro hecho una mezcla de confusión y, ¡maldita sea!, deseo.

Y lo peor de todo: el estómago le gruñía hambriento como protesta, ya que se había hecho ilusiones con los dulces que momentos antes se ofrecían ante ella.

A ese respecto, nada se podía hacer. Pru no podía volver a la sala de descanso en tanto Seth Mahoney permaneciera en el edificio o, mejor dicho, en el estado de New Jersey.

Le hubiese encantado hincarle el diente a aquellos lacitos de hojaldre, aun rotos. Sobre todo porque ese día, para atender a Tanner, Pru se había perdido el almuerzo. Por lo general, Tanner se portaba muy bien: no era un niño caprichoso, sino bastante independiente, por lo que sus exigencias de ese día resultaron doblemente perturbadoras para su madre. Como se negaba a quedarse en la guardería del hospital sin ella, Pru tuvo que dedicar el poco tiempo que faltaba antes de entrar a trabajar a jugar con él y distraerlo, con la esperanza de que así se tranquilizara.

Por fin, el plan acabó dando resultado, y, para cuando lo dejó al cuidado de su buena amiga y compañera Teresa, el pequeñín se quedaba contento y entretenido. Pero entonces era Pru la que estaba molesta y de mal humor, a causa del hambre, y, aunque contaba con los dulces de la fiesta de Renee para pasar hasta la hora de la cena, no estaba por la labor de regresar allí, con el doctor Mahoney en acción.

¿Y cuándo no estaba Seth Mahoney en acción?, se preguntó entonces Pru, con una mueca. Era el mayor tentador de mujeres habido desde el día en que cierta serpiente se desenroscó de cierto manzano. Y Pru no deseaba volver a ser el objetivo de Seth. Ya había sido bastante difícil resistirse la primera vez que decidió tentarlo que ocurrió unos treinta segundos después de empezar él a trabajar en el hospital, dos años atrás. Y la segunda vez, que aún fue más difícil resistirse, se produjo como a los cuarenta y cinco segundos de haber empezado él a trabajar en Seton; por no hablar de la tercera vez, que tuvo lugar cosa de un minuto después de empezar el primer turno de él. Y la cuarta, a los dos minutos, y la quinta...

El caso era que nunca había sido sencillo, y que el paso del tiempo no lo facilitaba. Y sentir la más mínima inclinación por sucumbir ante un hombre como él no decía nada bueno de ella, a pesar de que Pru

hubiera conseguido guardar las distancias hasta la fecha. Seth Mahoney era lo último que necesitaba en su vida: incorregible, inmaduro, impulsivo… por muy Irresistible que también fuera. El sobrenombre, admitía Pru, le iba bastante bien. Claro que lo único que tenía de irresistible era su encanto personal, y su cara, y pequeñeces como el pelo rubio y los ojos azules, al más puro estilo americano.

Y, ya puestos a conceder, había que admitir que, alguna que otra vez, Pru se descubría comiéndoselo con los ojos al verlo pasar por algún pasillo, o cuando se lo encontraba en la cafetería, y cosas así.

Y sí, desde luego, a veces aparecía en los sueños de Pru, en circunstancias que nada tenían que ver con su trato profesional, más que nada porque él se hallaba sin ropa, y porque ambos estaban… en fin, no importa. Y, en honor a la verdad, también había que reconocer que Pru había fantaseado con él una o dos veces, estando ella completamente despierta y él completamente vestido.

Pero lo fundamental era que no había conocido un mujeriego como él. Desde que llegó al hospital, Seth Mahoney había ido dejando tras de sí una estela de corazones rotos, tanto en enfermeras como en doctoras. Para alguien en las circunstancias de Pru, sucumbir a él habría sido, pues, una total irresponsabilidad.

E irresponsable era lo que Pru, a toda costa, evitaba resultar. Al menos por aquel entonces. No iba a consentir que la llamaran irresponsable y no iba a liarse con Seth Mahoney, que no tenía madera de esposo ni de padre, que era lo que Pru, por aquellos días, deseaba, necesitaba, y merecía, en un hombre.

Alguien que deseara formar una familia, en vez de abandonarla. No por vez primera, Pru se recordó a sí misma que Seth Mahoney tenía mucho en común con el padre de Tanner. Ambos eran rubios, con los ojos azules como el océano, y a ambos les resultaba fácil hacer sentir a una mujer, a cualquier mujer, que ella era su único amor para toda la vida. Uno y otro eran totalmente irresistibles.

Y uno y otro tenían la madurez emocional de un adolescente.

El día que Pru se dio cuenta de que estaba embarazada, hacía un año y medio, dudó antes de darle la noticia a su novio, Kevin. Ambos habían estado tomando precauciones, pero les tocó formar parte de ese pequeño porcentaje de fallos anticonceptivos. Y Pru se sorprendió al comprobar que tampoco le disgustaba tanto estar embarazada. De hecho, lo que le molestaba no era pensar que iba a ser madre, sino pensar en tener que casarse con Kevin. Por mucho que se dijera a sí misma que lo quería, no terminaba de verse viviendo casada con él un día tras otro durante el resto de su vida. En su interior, siempre había sabido que Kevin no era un chico para toda la vida.

Pero tenía que asumir su responsabilidad, lo que significaba contarle que iba a ser padre y después casarse con él para que el bebé pudiera vivir con ambos progenitores. Pero, por desgracia, pronto descubrió un par de nuevos factores con los que no había contado al considerar la relación entre ambos. El primero, que Kevin resultó ser un cerdo. Y el segundo, que dicho cerdo salió para Marranilandia al día siguiente de conocer la noticia de Pru, y no se volvió a saber más de él.

Se habían citado en un restaurante, veinticuatro horas después de que Kevin se enterase de la noticia, para hablar de la situación. Se suponía que en ese tiempo él se habría ido haciendo a la idea, pero Kevin tuvo claro lo que quería hacer en veinticuatro segundos, porque nunca apareció por el restaurante. Y, cuando Pru fue a buscarlo a su apartamento, descubrió que se lo había llevado todo. Cuando lo fue a buscar a su trabajo, le dijeron que se había despedido aquella misma mañana, sin dejar una dirección donde lo pudieran localizar.

Según dijo su jefe, Kevin había aducido «problemas familiares» para justificar su brusca partida.

O sea, el problema de cómo darle esquinazo a la familia que se le venía encima.

Pru suspiró y tomó asiento en la sala de enfermeras. Más valía así. Tarde o temprano, su relación habría empezado a dar problemas: mejor haber descubierto la clase de hombre que Kevin era antes de que naciera Tanner.

— ¡Pero si es Prudence Holloway!

Pru levantó la cabeza al oír que la llamaban, para posar la mirada en una mujer que debía acabar de salir de una de las habitaciones de los pacientes que rodeaban la sala de enfermeras. Aunque la estudió unos instantes y encontró en ella algo que le era familiar, no consiguió aclarar de qué podía conocerla.

—Sí —dijo, sin poder ocultar su confusión—. Soy Prudence Holloway. ¿En qué puedo ayudarla?

La mujer se le acercó, con el ceño fruncido, aunque el gesto tenía un deje de broma. Llevaba un vestido malva claro, que brillaba bajo la luz de los fluorescentes como solo la seda natural puede hacerlo. Lucía unas elegantes perlas en torno al cuello y en las orejas. También llevaba media docena de anillos relucientes, de todos los colores del arco iris, en las manos, que movía mucho. El maquillaje y el peinado de sus cabellos rubio rojizo, en cambio, debían de haberlo hecho otras manos, profesionales y expertas.

No era en ningún sentido el tipo de mujer que Pru pudiera encontrar en su círculo social. Era una señora rica, elegante, y sin

duda ociosa, con la que poco podía compartir.

—No me digas que no me conoces. Del Instituto Easton. Promoción de 1990.

Pru volvió a estudiar a la mujer más a fondo. Si era, como decía, una antigua compañera de último curso, tenía que acordarse de ella, por más que fuesen doscientas cuarenta las personas que se graduaron aquel año en el Instituto Easton de su Pittsburgh natal, y por más que Pru se hubiera marchado de allí para evitar contacto alguno con todas esas personas hacía diez años.

Como para olvidar a una gente que había tenido el detalle de incluirla en la sección de «Superlativos» del anuario del curso, como «Sumamente Irresponsable».

Ese dudoso honor no era más que el remate de cuatro años de torturas por parte de sus compañeros, que se prolongaron con las bromas del último curso.

Y no era Pru la que reía con tales bromas: ese placer se reservaba para el resto de la clase, que se regodeaba en recordar, una y otra vez, cada ocasión en las que Pru había sido un poco… irresponsable. Ella nunca le vio la gracia. Aun suponiendo que hubiera sido un poquitín… irresponsable, en ocasiones, no veía la necesidad de que sus compañeros votaran para declararla como tal. E

imprimir después su decisión en el anuario del curso. Al lado de una fotografía en la que se veía a Pru colgando cabeza abajo de un acantilado, con una cuerda atada al tobillo, el día en que se decidió a atacar aquella pared, sin que nadie le hubiera enseñado previamente nada de escalada.

Para que la viera todo el mundo. Para que se riera de ella todo el mundo. Por toda la eternidad.

Y no era que Pru fuese «Sumamente Irresponsable», como una y otra vez se había dicho a sí misma durante años, y tal y como se dijo una vez más en esa ocasión. Era solamente que no era aficionada a molestarse en dedicarle un tiempo adicional a aprender a hacer las cosas, o a leer las instrucciones, o a seguir las normas.

En la actualidad, no era para nada como en los tiempos del instituto. En absoluto. En modo alguno. La maternidad le había traído un montón de responsabilidad, y Pru se sentía orgullosa de sí misma por haber estado a la altura de las circunstancias. Cuidaba bien de su hijo, proporcionándole una vida, si no lujosa, más que adecuada. Habían quedado atrás los días impulsivos que caracterizaran su juventud.

O al menos, estaba segura de que habían ido a parar a un lugar donde no era posible dar con ellos. Había pasado tiempo. Claro que se

podría decir que su preocupación incesante por Seth Mahoney era un tanto… ¿imprudente? Pero tal preocupación no la había llevado a actuar. No había hecho nada que hiciera su comportamiento merecedor de la dichosa etiquetita: nada espontáneo, ni impulsivo, ni, por supuesto, irresponsable.

«Bueno, todavía no», le susurraba una vocecita interior.

Pero hizo caso omiso y se centró en la mujer que la había llamado, esforzándose por descubrir su identidad. La mujer, como si percibiera la determinación de Pru, sonrió para decir:

—Está bien, reconozco que he cambiado un tanto —se tocó suavemente un mechón de pelo—. Antes tenía el pelo de un rubio sosísimo —confesó—, y habré perdido como quince kilos desde la época en que nos sentábamos juntas en la clase de Literatura de la señorita Clement.

Pru soltó un gritito, y se cubrió la boca.

—¿Hazel Dubrowski? —preguntó.

La sonrisa de la otra mujer se volvió radiante.

—En persona.

—Cielos —exclamó Pru aturdida—, estás increíble.

—Lo sé —confirmó Hazel, sin asomo de modestia.

Una vez reconocida, Pru podía apreciar, en efecto, rasgos de la quinceañera que fue asomando en el rostro que tenía enfrente, a pesar de que esos diez años, y a saber cuántos tratamientos de belleza, le habían dado a su antigua compañera una apariencia nueva por completo.

—En realidad, ahora respondo al nombre de Hazel Debbit. Me casé hace tres años. Mi esposo es el Consejero Delegado de una empresa que fundó su padre.

—¿Por eso estás aquí, en Jersey? ¿Vivís aquí tú y tu marido?

—No. Vivimos en Pittsburgh —contestó Hazel—, pero mi familia política vive aquí —y añadió, señalando hacia atrás con el pulgar, por encima de su hombro, la habitación de la que había salido momentos antes—. Mi suegro ha venido a hacerse unos análisis. Nada serio.

—Bueno, me alegro mucho.

—Y ahora me encuentro contigo, al cabo de tanto tiempo. Prudence Holloway. No me lo puedo creer. ¡Qué pequeño es el mundo! ¿Qué has hecho desde la graduación? Nadie ha sabido nada de ti desde que te marchaste de Pittsburgh, sobre todo ahora que se han mudado tus padres.

Había un buen motivo para ello: que no quería hablar con nadie de Pittsburgh, sobre todo después de mudarse sus padres. Pero espetárselo tal cual a Hazel tal vez no fuera buena idea.

—Llevo viviendo en Jersey cosa de seis años: desde que me saqué el título de enfermera. Necesitaba un cambio —añadió a modo de explicación con naturalidad. O al menos, esperaba que hubiera sonado natural, ya que en realidad no se trataba tanto de un cambio como de empezar una nueva vida.

—¡Guau! —exclamó Hazel, sorprendida por la noticia. Luego dijo con incredulidad— ¿Tienes el título de enfermera? Cuando te vi aquí, supuse que hacías algún trabajo de voluntariado. No sabía que fueses enfermera. Quiero decir que eso requiere ambición y esfuerzo. No me puedo creer que aguantaras los cuatro años de la escuela de enfermería, más las prácticas. Es pasmoso.

Hizo una pausa.

—Quiero decir —añadió, por si todavía no hubiese quedado claro lo que pensaba—, que no me puedo imaginar a nadie dándote un título como el de enfermera. Es de esas cosas que desafían a la lógica.

Pru se enderezó, con toda la dignidad que pudo reunir. Se acordaba muy bien de Hazel en ese momento, de cómo había estado junto con los demás al acecho, para no perder ocasión de burlarse de Pru.

—Sí, bueno. Y lo que te sorprenderá más —no pudo evitar responderle— es saber que fui la primera de mi clase en la escuela de enfermería.

Esta vez fue Hazel la que dejó escapar un gritito.

—¡Fíjate! ¿Y de dónde es el título? ¿Uno de esos cursillos por correspondencia?

Pru consiguió no gruñir en voz alta.

—No. Fui a la Escuela Oficial de Pennsylvania. Hazel se limitó a mover lentamente la cabeza mientras estudiaba a Pru.

—Hay que ver. Hay sitios de los que te puedes esperar cualquier cosa,

¿verdad?

De lo que no esperaba nada más Pru era de aquella conversación, que no había motivo para proseguir. Cualquier cosa, o persona, que tuviese que ver con el instituto, a ella solo le servía para desmoralizarla. Habían pasado diez años, en los que Pru había recorrido un largo camino. Para lo único que Hazel Dubrowski Debbit pintaba algo allí era para recordarle a Pru lo mucho que habían cambiado las cosas.

—Bueno —le dijo a Hazel fríamente—. Me alegro de haberte visto. Dale recuerdos a todo el mundo en Pittsburgh —confiaba en que la sutil, pero perceptible intención de la frase llegase hasta Hazel: que la conversación, y cualquier otro contacto entre ellas, se daban por

finalizados. Pero Hazel seguía allí, sonriente.

—¿Vendrás a la reunión del mes próximo, verdad?

Aunque había recibido la invitación, lo cual le hizo preguntarse en su día cómo había conseguido el comité organizador dar c6n su dirección, Pru no había pensado ni por un momento en acudir. Lo último que necesitaba era que sus antiguos compañeros supiesen de su presente situación y volver a ser el centro de las risas.

—No, no tenía pensado acudir —y, después, sin poder reprimir del todo el dolor que diez años atrás la había herido, añadió—. ¿De verdad piensas que tengo interés en asistir a una reunión con un grupo de personas a las que hace diez años que no veo y que tuvieron a bien votarme Sumamente Irresponsable en el último curso? Ya era bastante malo el instituto como para darle una segunda oportunidad.

Hazel se rio.

—Oh, vamos, Pru. Anímate. Será divertido. ¿No sientes curiosidad por ver cómo les ha ido a los demás?

—No —respondió Pru con sinceridad. La sonrisa de Hazel se volvió del todo la de un depredador. A esas alturas, Pru ya reconocía plenamente a Hazel Dubrowski. Había sido una de sus compañeras más carnívoras. De hecho, iba recordando que Hazel formaba parte del consejo de redacción del anuario y que fue a ella a quien se le ocurrió lo de la sección de «Superlativos». También había sido una de las que decidieron quiénes iban a figurar en ella, y en calidad de qué, siempre de acuerdo con quién estaba de moda en la clase y quién no, claro.

Pru sabía que podía haber dado por aquel entonces la imagen de irresponsable, pero Hazel fue quien inventó ese apartado en el anuario, es decir, que le cortó el traje a medida. Y, en ese momento lo comprendía al fin, su ex compañera lo había hecho adrede, para vengarse. En su momento, Pru no lo había relacionado, pero la verdad era que Jimmy Abersold le había pedido a ella, a Pru, que fuera su acompañante en la fiesta de graduación, en vez de a Hazel.

En ese momento le volvía todo a la memoria. Hasta qué punto podía ser selectivo el recuerdo Se una persona con cosas como el instituto, hasta que se le obligaba a recordar, por la insistencia de aquel pájaro de mal agüero que era Hazel.

—Bueno, estoy segura de que todos estarán deseando saber cómo te ha ido

—le dijo a Pru con sonrisa perspicaz—. A propósito, ¿cómo te ha ido? Vale, eres enfermera, pero, ¿qué más hay en tu vida? Yo, la verdad, siempre me imaginaba que acabarías embarazada de alguno que te abandonaría después.

Pru sintió un frío peso en la boca del estómago al escuchar sus propios temores, sus propias palabras en la voz de Hazel. Pero, aunque hubiera terminado exactamente del modo en que Hazel acababa de describir, se negaba a capitular ante la insidia de la otra mujer.

Adoptando una máscara de inexpresividad, Pru replicó:

—¿En serio? Hazel asintió.

—Claro. Y supongo que la mayoría de los de nuestra promoción lo daban también por sentado. Era una conclusión lógica.

Sin poder creer que seguía manteniendo la capacidad de hablar con urbanidad, Pru repitió:

—¿En serio?

Y, en ese momento, estuvo segura que había hecho bien en no pensar siquiera en acudir a aquella reunión. No podía dejar que sus antiguos compañeros supiesen cómo le había ido, porque lo último que necesitaba era a doscientas cuarenta personas burlándose de ella y diciendo: «Caray. Es peor de lo que imaginábamos: de verdad la dejaron embarazada y la abandonaron. Ya te lo dijimos, Pru. Sabíamos cómo eras, aunque tú no te dieras cuenta.»

—Pero, cielos —siguió diciendo Hazel—. Mírate, estás hecha toda una profesional, con tu uniforme de enfermera. Tal vez hayas construido una vida sólida y responsable. Cosas más raras se han visto. Supongo. En algún otro planeta, quizá.

Una vida sólida y responsable, se repitió Pru, prescindiendo del sarcasmo que subyacía a las palabras de Hazel. Ojalá que el calor que la estaba quemando por dentro no se le hubiera subido al rostro.

—Quiero decir —continuó Hazel, como si percibiera el malestar de Pru y quisiera aumentarlo— que igual resultas estar felizmente casada, y que tu marido y tú tenéis una mansión aquí al lado, en Cherrry Hill. Cómo puedo saberlo yo. Igual te has casado con un médico —pero su sonrisa daba a entender que esa posibilidad le parecía un chiste, pero, aun así, prosiguió—. A lo mejor estáis abonados a la temporada de conciertos, o de ballet, o de teatro. O

a los tres —era evidente que se divertía, y que no creía en una sola palabra de lo que decía—. Lo mismo te dedicas en el tiempo libre al voluntariado, en algún museo, o a tu club de jardinería, o tu tertulia literaria, o de cocina. Quién sabe si tienes unos niños muy guapos e inteligentes y los mandas a un colegio privado.

Dime que he acertado —la desafió Hazel—. Anda, dime que ese es exactamente el tipo de vida que llevas.

Pru tragó saliva con dificultad. Ojalá pudiese decirle que sí, no porque ambicionara semejante tren de vida, sino porque sabía que, una vez Hazel supiera la verdad, se deleitaría contándosela a todos y

cada uno de los antiguos miembros de la promoción del 90 que acudieran a la reunión. Ya podía verlo:

«Ah, por cierto, vi a Pru Holloway el mes pasado y no ha cambiado lo más mínimo. Sigue igual de irresponsable. Se lió con un cerdo que la dejó embarazada y luego la abandonó. Ahora es madre soltera y las pasa moradas para pagar un cuchitril. Lo más seguro es que coma de la caridad pública y que los bancos le hayan retirado el crédito. Su hijo acabará probablemente en la cárcel, y eso será lo que los dos consigan, pasar el resto de sus vidas a costa de los sufridos contribuyentes como nosotros.»

De momento, todos se lo pasarían de miedo a costa de ella en la reunión. Y, aunque Pru no pensara asistir, no deseaba que se perpetuase el título de Sumamente Irresponsable. Detestaba ser el hazmerreír, incluso si no estaba presente.

Pero tuvo que reconocer que la etiqueta continuaba vigente. Por mucho que hubiera intentado cambiar y por muy odioso que le resultara, tenía que admitir que era irresponsable. Siempre lo había sido y siempre lo sería. A qué venía tratar de engañarse.

No tenía marido, ni casa, ni una vida fruto de su responsable comportamiento. No había tertulia de literatura, ni club de jardinería. Lo más parecido que Pru tenía a un jardín era su violeta africana en el alféizar de la ventana de la cocina, la cual, de manera irresponsable, se olvidaba de vez en cuando de regar. Los únicos libros que había comprado durante el último año habían sido sobre alimentación y cuidados infantiles, e incluso esos no había hecho, irresponsablemente, más que ojearlos. Y, bueno, en cuanto a cocinar... se preguntaba si meter habitualmente en el microondas platos precocinados, además de ser una completa irresponsabilidad para su salud, podría considerarse cocinar.

Y, desde luego, estaba el pequeño detalle de que la hubieran dejado embarazada y la abandonaran. El colmo en comportamientos irresponsables.

—Entonces, ¿qué tal te va la vida, Pru? —volvió a desafiarla Hazel, con una sonrisa que venía a decir que estaba deseando oír su respuesta. Más que nada, porque estaba rabiando por contarles a todos sus conocidos que a Prudence Holloway las cosas le habían ido exactamente como ellos sabían que le irían.

Resignada a su destino, Pru abrió la boca para confesar.

Pero una profunda voz de barítono la interrumpió para contestar en su lugar.

—Su vida es prácticamente como tú la has descrito.

Pru se dio la vuelta para encontrase con Seth Mahoney tras ella,

sonriendo con aquella cautivadora sonrisa que dejaba rendida a sus pies a cualquier mujer expuesta a ella en un radio de varios metros en torno a él. Y, como Pru descubrió al volverse de nuevo hacia su antigua compañera, Hazel Dubrowski Debbit no era ninguna excepción. De hecho, se había quedado mirando al doctor Mahoney como si llevara meses a dieta y él fuera una copa de helado gigante.

—¿Tú quién eres? —preguntó Hazel, al borde de la descortesía.

Seth alargó la mano hacia ella e incrementó unos cientos de vatios el poder de su sonrisa, dejando a Pru prácticamente cegada y con el corazón a mil por hora.

—Seth Mahoney —respondió suavemente, con una soltura muy sexy, tomándole al mismo tiempo una mano a Hazel entre las suyas—. Soy el marido de Prudence.

Capítulo Tres

« ¿Mi qué?»

Por un momento, Pru creyó que había pronunciado la pregunta en voz alta, pero enseguida se dio cuenta de que solamente había atronado en su cabeza.

«No, por favor», pensó, al darse cuenta de lo que acababa de hacer el doctor Mahoney. «No, por favor. Eso no. Cualquier cosa menos eso.» Pero, antes de que pudiera decir una palabra para contradecirlo, él se había embarcado en el embuste más gordo que Pru había oído en su vida.

—Es increíble, de verdad —le estaba diciendo a Hazel—: ¿pero cómo has podido acertar de ese modo? —le pasó a Pru un brazo por el hombro con toda naturalidad y la atrajo hacia él, poniéndole el corazón al galope—.

Efectivamente, tenemos una casa preciosa, aquí al lado, en Cherry Hill. Algo más de trescientos cincuenta metros cuadrados, si te interesa saberlo. me parece

—siguió, en un murmullo de complicidad, que eres de las que sí les gusta enterarse de estas cosas.

Hazel estaba atónita.

—Pru —siguió en un tono de voz natural—, Dios la bendiga, está metida en un montón de cosas. Además de su trabajo aquí, en el hospital, participa en casi todas las actividades de las que tú hablabas. Entre nosotros, yo no entiendo cómo lo consigue. Es una mujer extraordinaria.

—Ah, y falta este —prosiguió tomando la foto enmarcada de Tanner que Pru tenía en el mostrador de las enfermeras—: este es nuestro hijo, Tanner— le puso prácticamente en las manos la foto a Hazel, que, todavía con la boca abierta, la tomó, dejando por un momento de mirarlo a él para examinarla—. Ya tiene nueve meses. Guapísimo, ¿verdad?, y más listo que el hambre. De momento, es el único que tenemos, pero pensamos darle por lo menos dos hermanitos. Y por supuesto que los enviaremos a los mejores colegios que podamos encontrar —

se volvió hacia Prudence con una sonrisa empalagosa—. ¿Verdad que sí, cariñito?

Demasiado estupefacta para hacer otra cosa, Pru asintió, y contestó débilmente:

—Sí.

Y entonces, viéndola completamente despistada, él se inclinó y le rozó suave, cariñosamente los labios con los suyos. Fue un beso sencillo, breve, casto.

Aparentemente, nada capaz de hacer temblar el suelo bajo los pies de Prudence, y, sin embargo, ese fue el efecto que tuvo en ella. Y luego, la rapidez con que se apartó la dejó temblando de deseo.

El doctor Mahoney, en cambio, siguió sonriendo como si lo que acababa de hacer lo hiciera a diario. La miró cariñosamente, como si llevaran años casados.

Como si su amor fuera un mutuo compromiso. Como si estuviesen construyendo una vida juntos. Como si, en efecto, hubieran hecho un niño entre los dos.

«No, por favor. Eso no. Cualquier cosa menos eso».

—Perdona —dijo, volviéndose de nuevo hacia Hazel—. ¿Cómo era tu nombre? Como he llegado con la conversación empezada... Creo haber entendido que eres una amiga de Prudence, del instituto, ¿no?

Hazel asintió, aún muda. Parecía tan estupefacta como Prudence, gravemente afectada por el encanto personal de Seth Mahoney.

—Ah, qué bien —dijo él—. Es estupendo volver a ver a los viejos amigos de aquellos gloriosos días —hablaba para Pru, dando prácticamente la espalda a Hazel, y Pru, que sí que le veía la cara, comprendió que llevaba un buen rato escuchando la conversación, que se había dado cuenta de cuáles eran las intenciones de Hazel, y que por eso se había decidido a rescatarla de semejante arpía—. ¿A que sí, amor mío? —prosiguió— ¿A que es divertidísimo encontrarse con gente del instituto, a los que uno estaba totalmente seguro que nunca, pero que nunca, volvería a ver en su vida? ¿A que es algo maravilloso?

Y su sonrisa, mientras pronunciaba esas preguntas, era absolutamente diabólica. Por vez primera, Pru se dejó seducir totalmente por su encanto.

Procurando no delatarse con una risita, le devolvió la sonrisa.

—Sí, claro que sí —dijo—. Es algo grandioso, desde luego. Cariño —añadió, al cabo de un momento, con la esperanza de no estarse pasando.

Por el cambio de expresión de Seth, comprendió que seguramente sí que se había pasado un poco, pero que a él le encantaba. Tanto que, como si quisiera hacer honor al apelativo, volvió a inclinarse y a besarla rápidamente. De nuevo un beso sencillo, breve, casto. Es decir, explosivo, ardiente, demoledor. Por una parte, Pru deseaba que Seth dejara de hacer cosas así. Pero el resto de su ser lo que deseaba era que siguiera haciéndolas indefinidamente.

—Entonces, contamos contigo también para la reunión, ¿verdad?

Las dos cabezas se volvieron hacia Hazel, pero el que preguntó fue él.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué reunión? Hazel soltó una interjección de sorpresa.

—¿Pero es que no te lo ha contado? El mes que viene celebramos el décimo aniversario de la graduación. Y las invitaciones las mandamos en enero.

—Yo... no te dije nada... querido —se apresuró a contestar Pru—, porque... ya sabía... esto.... lo ocupados que íbamos a estar en marzo. Y no me parecía que pudiera... pudiéramos... acudir.

«Menos mal, Pru», se dijo. «Por los pelos, pero te has librado».

—Bah —dijo Hazel, con ademán displicente—. Es el décimo aniversario.

Creo yo que podréis dejar libre un fin de semana para ir a la reunión. Y, además

—se apresuró a añadir, al ver que Pru abría la boca para volver a negarse—, a la vista de tu vida actual, sería una estupidez que no fueras a la reunión. ¿No quieres restregarle a todo el mundo por las narices la movida de la «Sumamente Irresponsable»?

—¿La movida de la «Sumamente Irresponsable»? —repitió el doctor Mahoney, cuyo interés se había despertado y que volvía a tener una expresión guasona.

Pru iba a contestarle, pero Hazel se le adelantó.

—Quizá haya cosas que ignoras de tu esposa —le dijo a Seth—. Pero no siempre ha sido esa mujer cabal y responsable en que tú la has convertido.

—A ver —contestó Seth, suavemente, pero Pru podía ver cómo le relampagueaban los ojos—. Cuéntame.

Y naturalmente, Hazel estaba deseando contarle.

—Huy, no puedes hacerte idea de los líos en los que se metía cuando estaba en el instituto.

—¿Líos? ¿De verdad? Como, por ejemplo... Hazel hizo otro de sus vagos ademanes con sus ensortijadas manos.

—Oh, Dios mío. No sé por dónde empezar.

—¿No tienes que seguir con las visitas... cariño? —aprovechó Pru para preguntar, a la vez que apartaba el brazo de Seth de sus hombros —. Te estarán esperando los pacientes.

—Oh, no pasa nada. Me pueden esperar unos minutitos más — contestó él, tan tranquilo—. Así que, Hazel, me decías que...

—¿Los líos? —ella le sonrió encantada—. Ah, pues es que nos llevaría un buen rato contarte las aventuras de Pru —le dijo—, pero, para que te hagas una idea, tu esposa fue votada como «Sumamente Irresponsable» por toda la clase en el último curso del Instituto Easton hace diez años.

Él se la quedó mirando, boquiabierto, fingiendo asombro. Es decir, Pru se daba cuenta de que lo fingía, pero Hazel se lo tragó tal cual.

—¿Mi Prudence? —preguntó Seth, llevándose la mano al corazón, como si aquello fuera alucinante— ¿Irresponsable? No me lo puedo creer. Jamás he conocido a nadie con más sensatez.

A duras penas, Pru consiguió no estallar en carcajadas.

—Pero si es increíble la forma en que tiene organizadas nuestras vidas —

prosiguió Seth. Y luego, volviéndose para derramar su abundante encanto sobre Pru—: no sé qué haría yo sin ella.

Y tuvo una manera de decirlo, había un brillo tal de añoranza en su mirada al decirlo, que el galope del corazón de Pru volvió a empezar de nuevo. Y, esta vez, no cesó en ningún momento.

—Muy bien, entonces —dijo Hazel, como si todo hubiera quedado resuelto

—. ¿Qué podría haber más responsable que la vida que ahora llevas, Pru? O

sea, que tienes que ir a la reunión. Ven para que todo el mundo se entere. Que se empapen de lo mucho que se equivocaron contigo. Ven a decirles a todos «os pasasteis de listos.»

A Pru se le había secado la inventiva, así que se volvió, en silencio, hacia su recién adquirido esposo, en muda demanda de ayuda. Después de todo, era él quien la acababa de meter en aquel lío. Lo menos que podía hacer era sacarla.

Pero, en lugar de inventarse una buena excusa, o al menos dar su apoyo a la no muy buena de ella, el doctor Mahoney volvió a sonreír con una de sus más enigmáticas y peligrosas sonrisas.

—Bien, ¿y por qué no? —preguntó.

—¿Cómo? —exclamó ella.

—Venga, Prudence. Será divertido.

—Pero... pero... pero... —el cerebro de ella no le facilitaba ninguna palabra a continuación.

—Ah, muy bien —dijo Hazel, claramente encantada de contar con ellos para la reunión.

Muy bien. Pru se dijo que aquello ya había ido demasiado lejos. Había dejado de tener gracia, por lo menos para ella, aunque Seth Mahoney se lo estuviera pasando estupendamente.

—Un momento —empezó.

Pero, una vez más, Hazel la interrumpió.

—No voy a aceptar un no por respuesta.

—Pero...

Hazel hizo caso omiso de la conjunción adversativa, y se volvió

hacia el doctor Mahoney, como un girasol hacia el astro rey.

—A ti te dejo encargado de convencerla para que vengáis los dos a la reunión el mes que viene.

—Por supuesto —dijo él, lleno de seguridad.

—Pero, Hazel... —volvió a intentarlo Pru.

—Estupendo —la interrumpió la otra de nuevo—. Voy a llamar a Diane Magill esta misma noche— y, al ver la cara de incomprensión de Prudence, añadió—. Ah, se llamaba Diane Sorensen en el instituto —y, una vez más, irremediablemente, se volvió hacia el doctor Mahoney.

—Pero, Hazel, es que... —volvió a intentarlo Pru.

—Es la coordinadora de la reunión, y tengo que avisarla de que cuente con la asistencia de Prudence Holloway Mahoney y el bombón, esto... quiero decir, el bueno de su marido, Seth, como confirmada. Hasta la vista.

—Pero, Hazel, yo no creo que...

Por desgracia, a Pru no le quedó más remedio que constatar que hacía bastante que Hazel había dejado de escucharla. Haría, probablemente, unos diez años. Porque, con aquella última frase, Hazel Dubrowski Debbit, que ya en su momento le había fastidiado a Pru la vida, dio media vuelta y se marchó, dejando una vez más la vida de Pru fastidiada.

«No, por favor. Esto no. Cualquier cosa menos esto».

Seth vio alejarse a la bruja Hazel, tan contenta, pasillo adelante, y se maravilló de que los seres humanos pudieran comportarse tan abominablemente. No es que lo sorprendiera la reacción de aquella mujer al ver a Prudence. Muy por el contrario, le constaba que la gente es capaz de ser cruel, aunque, a pesar de ello, seguía manteniendo la convicción de que, en el fondo, muy en el fondo, la mayor parte de las personas eran esencialmente buenas.

pero vaya usted a saber cuántas capas hay antes.

No se atrevía a dirigir la palabra, y ni siquiera a mirar a la enfermera que seguía en pie, silenciosa, a su lado. No sabía si Prudence le iba a dar un par de bofetadas por entremeterse. Su reacción, al pasar junto al mostrador de las enfermeras y oír cómo la cubría de injurias Hazel, había sido salir en su defensa. Prudence era una buena persona. Indudablemente, merecía bastante mejor trato del que le estaba dando aquella elementa. Y él, por suerte, no tenía las mismas inhibiciones que Pru a la hora de tratar con imbéciles.

Una vez la arpía hubo desaparecido completamente de su vista, Seth notó, más que vio, cómo se volvía hacia él Pru, pero ni siquiera entonces tuvo valor para mirarla. Ante todo, porque se temía que, si lo

hacía, iba a volver a besarla, y no como lo había hecho en presencia de Hazel. Esa era, después de todo, la reacción que le producía Prudence Holloway.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó ella en un tono de voz inesperadamente dulce. No había resentimiento en su voz, únicamente curiosidad.

—¿Por qué he hecho qué? —preguntó él a su vez, quedamente, volviéndose hacia ella.

—¿Por qué acabas de mentir por mí? —le preguntó ella, clara y directamente

—. ¿Por qué has acudido en mi ayuda? A ti no te iba ni te venía nada. Y, después del corte que te acababa de dar un poco antes... —Pru tragó saliva. Era evidente que aquello le costaba, pero prosiguió —. Después de tratarte de ese modo, no me sorprendería que me hubieras dejado en la estacada.

Seguramente, me lo merecía.

—De eso nada —dijo él, sacudiendo la cabeza—. No te merecías quedarte sola ante el peligro, Prudence. Y, desde luego, lo que no te merecías es un ataque de esa bruja .

—Vaya —dijo ella, sonriendo—, yo también pensaba en ella como una bruja cuando estábamos en el instituto. Nunca ha sido nada simpática.

Seth asintió.

—Sí, por desgracia se encuentra uno a bastante gente así en el instituto.

—Pero todavía no me has dicho por qué has salido en mi defensa.

Él vacilaba. No sabía exactamente cuánto confesar.

—Fue al oír eso de que te imaginaba quedándote embarazada y abandonada después —dijo, sin ninguna inflexión—; es una cerdada decir una cosa así.

—Ah, ya —dijo Prudence, suspirando con filosofía—. Bueno, verá, doctor Mahoney, siento tener que darle esta noticia, pero la verdad es que me quedé embarazada y me abandonaron. Esa es la cuestión. Hazel tenía razón. En el instituto tenían razón. He resultado ser una irresponsable.

Él se la quedó mirando, muy sorprendido, observando la rigidez de su postura. Era como si estuviera dispuesta a pelearse con quien fuera. Aunque no podía rechazar de plano lo que acababa de decirle, le preguntó muy bajito:

—¿De verdad lo eres? ¿Irresponsable?

—Pues claro. ¿No acabas de oírlo, o es que no estabas escuchando?

Él asintió, muy lentamente.

—Sí —dijo, reflexivamente—, sí que estaba escuchando. Pero no es eso lo que yo deduzco de la conversación.

—¿Y qué es lo que has deducido?

En lugar de contestarle, él se limitó a sonreír, como si tuviera un pequeño secreto, y, al cabo de unos instantes, dijo:

—Bueno. Somos asistencias confirmadas a la reunión esa. Vamos como marido y mujer, así que habrá que irse preparando.

La cara de sorpresa de Prudence estuvo a punto de arrancarle una carcajada.

—No tenemos que prepararnos para nada.

—¿Cómo que no?

—No vamos a ninguna parte.

—¿Cómo que no? —repitió Seth, con más energía. Ella lo miraba asombrada.

—No somos marido y mujer

—Ah, bueno —dijo él, encogiéndose de hombros—. Eso no es más que un detalle menor.

—Eso es lo principal —lo corrigió ella—. Me acabas de inventar una vida que es una completa mentira. Ahora sí que no me puedo presentar en la reunión.

Nunca podría salir con bien. Ya es bastante grave que Hazel le vaya a contar a todo el mundo que mi vida actual es como tú la has descrito. Ahora, si me presentara, me convertiría en una mentirosa tan grande como… como…

—¿Como yo? —completó él, con ánimo de colaborar.

—Pues… —dijo ella, levantando un hombro y dejándolo caer luego.

—Mira, Prudence —dijo él—. Te voy a explicar una cosa ahora mismo. Es absolutamente esencial que la gente vaya a la reunión de antiguos alumnos de su instituto.

—¿Y eso porqué?

Y, sin dudarlo, él respondió:

—Para ajustar cuentas.

Pru se lo quedó mirando boquiabierta.

—Pero eso es algo terrible.

—Es la pura verdad —le aseguró él—. Anda, no me salgas con sentimientos elevados, que son un aburrimiento.

—Pero, ¿qué sentimientos elevados? Se trata únicamente de…

—¿De qué?

—De simple decencia.

—Uf. La decencia es todavía peor que los sentimientos elevados. No te metas en eso. Y, sobre todo, no cuentes conmigo para eso.

Cuenta conmigo, en cambio, para otra cosa —Seth procuró que su voz no reflejara toda la doble intención que aquello tenía—. Cuenta conmigo para pasártelo bien.

La cara de Prudence era una oda a la suspicacia.

—Que no es eso que estás pensando, mujer —le dijo él, pero mirándola al mismo tiempo con algo más que moderada lascivia—. Aunque, de todos modos, si alguna vez te interesa, me pongo a tu disposición para...

El gesto de ella se endureció más aún. A Seth le pareció oírle rechinar los dientes, así que dio un melodramático suspiro, y cambió de registro.

—Me ponía a tu disposición para otra cosa.

—No te entiendo —dijo Pru, tras vacilar un momento.

—Que dispongas de mí para acompañarte a esa reunión. Como marido tuyo y padre de Tanner —precisó.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—Ni pensarlo.

—Prudence.

La forma en que pronunció su nombre la hizo levantar la cabeza y mirarlo involuntariamente a los ojos.

—Por favor, fíate de mí. Te vendrá bien.

—No.

—Te hace falta ir a esa reunión. Y, si vas, ha de ser para taparles a todos la boca.

—Pero, doctor Mahoney, de eso se trata precisamente. Yo no tengo con qué taparles la boca. Me ha sucedido exactamente lo que ellos habían previsto. Si voy, seré el hazmerreír de todos.

—No, si voy contigo.

—No vas a venir conmigo —dijo Prudence.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no voy.

—Pero...

—La verdad —dijo ella— es que lo que tengo que hacer cuanto antes es llamar a Hazel, y contarle la auténtica relación entre tú y yo... antes de que...

Seth no podía creer lo que oía. Después de las molestias que se había tomado para sacarla de aquel lío, ese era el agradecimiento que ella le demostraba. A él, al doctor Seth Mahoney, en su encarnación como caballero andante.

—¿Y qué necesidad hay de que hagas eso? —le preguntó.

—La de que no se siga difundiendo esa mentira —contestó ella—. Ya es bastante malo haber engañado a una persona, pero, si no me

doy prisa, Hazel se lo contará a todos. Todo eso que tú...

—¿Y qué daño se hace con ello?

—Es una mentira. Una enorme mentira.

—¿Y qué daño se hace con eso?

—¡Doctor Mahoney! —exclamó ella, totalmente exasperada.

—Seth —la corrigió él automáticamente—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Seth? Eres la única persona de neurología que se empeña en llamarme doctor Mahoney. O Doctor Insufrible, no sé muy bien. Pero, como acabo de convertirte en mi esposa, creo que lo mínimo que podrías hacer es llamarme por mi nombre de pila. Bueno, también está admitido que me llames cariño. A ella no le hacía ninguna gracia.

—Vale, vale —dijo él—. Vete a llamar a la bruja Hazel, y cuéntale la verdad.

Pero después no vengas llorando cuando ella te haga sentir como...como...

—¿Como una perfecta desgraciada? —completó Prudence la frase.

Seth se metió las manos en los bolsillos y miró hacia abajo, como admitiendo la derrota.

—No, Prudence; no era eso lo que yo iba a decir.

—Pues qué raro —replicó ella—, porque así es exactamente como yo me siento.

Y, antes de que él pudiera contradecirla, recogió los documentos que había en el mostrador y trató de marcharse. Pero, sin saber muy bien por qué lo hacía, Seth extendió una mano y le aferró a Pru la muñeca con una fuerza que sorprendió a ambos.

—Tú no eres ninguna desgraciada —declaró él, terminan teniente.

Ella dio un tirón, no muy fuerte, para soltarse.

—Suéltame.

—No hasta que te vea recuperada.

—Estoy bien.

—Sí, ya veo lo bien que estás.

—No me pasa nada.

—Prudence.

Ella seguía sin dignarse dirigirle la mirada, pero preguntó:

—¿Qué pasa?

Seth abrió la boca para decir algo, y descubrió entonces que no tenía la menor idea de lo que iba a decir.

—Lo siento —tuvo que improvisar—. Siento haber estropeado aún más las cosas. Lo único que quería era ayudarte.

Entonces sí que lo miró Prudence, con una tremenda expresión de tristeza.

Pero se limitó a encogerse de hombros y decir:

—No pasa nada. La verdad es que ha habido un rato en el que me lo he pasado muy bien. Y eso es bastante más de lo que me divertí en el instituto.

A Seth le hubiera gustado decirle que la comprendía perfectamente, pero las palabras se le atascaron en la garganta, así que le soltó la muñeca y la dejó marchar, tratando de no pensar en lo muy solo que se sentía allí, junto al mostrador de enfermería, sin ella. Allí, o en cualquier otra parte del planeta.

Transcurrida exactamente una semana desde que, sin contar con su opinión, Seth Mahoney la convirtiera en su esposa, Pru seguía exactamente en el punto de partida. Es decir, que la situación era la misma, aunque las circunstancias se habían vuelto irreconocibles.

En lugar de encontrarse llena de energía, como era habitual en ella a su llegada al trabajo, ese día Pru estaba sentada, con ambos codos apoyados en el mostrador, y ambas manos sujetándole la cabeza. Tenía una espantosa jaqueca, y estaba segura de que, en cualquier momento, vomitaría el escaso desayuno que había conseguido ingerir esa mañana. Quién hubiera dicho que la culpa, la vergüenza, el miedo, el pánico, podrían destrozar de ese modo un organismo humano.

Le había llevado nada menos que seis días dar con el número de teléfono de Hazel Dubrowski Debbit en Pittsburgh, con lo cual, hasta la misma víspera, no había podido llamar a su antigua compañera, para aclarar los infundios de Seth.

Llamó a Hazel dispuesta a contarle toda la verdad, a disculparse, a dar todo tipo de explicaciones, pero, antes de que pudiera decir nada de eso, Hazel le había soltado el torrente de sus propias novedades.

Esperaba que a Pru no le importara, pero no había podido guardarse la información sobre la vida actual de Pru. No le había quedado más remedio.

Capítulo Cuatro

Que llamar a todo el mundo, o sea, a todo el mundo el curso del Instituto Easton del año 90, para contarles las novedades. Que aquella misma Prudence Holloway, votada la Sumamente Irresponsable, había resultado ser la mujer más seria y más formal del mundo, y que, además, se había casado con un médico no menos serio, rico y, todo hay que decirlo, que era un auténtico bombón.

—Ay —gimió Pru, bajito, al recordar cómo se le había venido el mundo encima al oír todo aquello. Aturdida ante la inesperada agravación de los acontecimientos, Pru, horrorizada, había sido incapaz de refutar ni una palabra de lo que la otra le explicaba. Las pocas veces que trataba de reconducir la conversación, Hazel se lanzaba a otro monólogo sobre lo maravillosamente divertido que iba a ser ver la cara de todos al enterarse de cómo se había desarrollado, tan en contra de lo previsto por ellos, la vida de su antigua compañera. Ah, iba a ser magnífico, cuando todos conocieran la verdad acerca de Pru.

La verdad acerca de Pru.

—Ay, ay, aaay....

Pero, ¿cómo se había atrevido a hacer una cosa así?, volvió a preguntarse a sí misma, por enésima vez. ¿Quién se había creído que era ella, para engañar así a todo el mundo? Y la respuesta era evidente: una persona Sumamente Irresponsable.

—Hombre, Prudence. Justamente, el tierno bocadito que yo andaba buscando.

¿Pero es que no era posible quitarle al doctor Mahoney la manía de llamarla por su nombre de pila? Para empezar, nunca le había entusiasmado, y, además, le recordaba constantemente lo poco prudente que había sido a lo largo de su vida.

No parecía que su cabeza fuera a dejarle esa mañana ni un segundo de respiro. Era un hervidero de cuestiones sin resolver, pero el problema de los problemas, el que se impuso a todos los demás que la torturaban, era, sin embargo, el porqué su cuerpo se convertía en un flan cada vez que el doctor Mahoney se hallaba a menos de tres metros de ella. ¿Qué motivo podía haber para un fenómeno tan extraño? Ninguno.

Bueno, era verdad que era terriblemente guapo. Eso podría ser un motivo.

Bueno, no pasaba nada. Y también era muy simpático. E ingenioso. De acuerdo, eso también podría haber tenido alguna influencia. Y, además, había que reconocer que era... digamos, atractivo.

Pero que fuera guapo, simpático, ingenioso y atractivo tampoco

era una justificación para sentirse como un caramelo cada vez que él se acercaba, gritándole mentalmente «¡Desenvuélveme!»

—¿Te sientes bien, Prudence? —a la pregunta de Seth Mahoney, hecha en un tono muy delicado, solo asintió, sin decir nada, pero luego hizo un esfuerzo por sacudir toda la ansiedad que sentía, para recordarse a sí misma que, desde que Tanner nació, había hecho un gran esfuerzo por vivir responsablemente.

No tomaba ninguna decisión en la que no contemplara, ante todo, el bienestar del niño. La única mancha en esa vida era la mentira podrida esa en la que había sido cómplice de Seth Mahoney... por lo demás, vivía con una enorme sensatez, gracias a Tanner.

Claro que también gracias a Tanner había dejado de salir con cualquier hombre, lo cual, bien mirado, a lo mejor tenía algo que ver con lo de sentirse un caramelo, etcétera.

Una vez más, rechazó esos pensamientos, e hizo un esfuerzo por no darse de cabezadas con el mostrador, que era lo que le parecía le iba a proporcionar un alivio más inmediato. El doctor Mahoney seguía delante de ella, esperando una respuesta. Levantó la vista hacia él.

—Buenos días —dijo él, y sonrió con su sonrisa de derretimiento, y Prudence sintió que se derretía.

«¡Por caridad, Pru! ¡Haz el favor de controlarte!» Y, en voz alta, le contestó:

—Buenas —y, con disimulo, se pasó la mano por la barbilla, por si había babeado.

—Hay que ver lo guapísima que estás hoy —canturreó, más que dijo, él, y el corazón de Pru, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, se puso a latir como un loco.

—Eh... gracias —y luego, sin saber por qué, añadió—. Tú también estás...

muy... elegante.

Al oírla, el rostro de Seth se iluminó. Nunca lo había visto así... radiante.

Duró como cuatro o cinco segundos, y, súbitamente, su expresión se volvió truculenta.

—¿Qué diablos has querido decir con eso?

—¿Qué quieres decir, con qué he querido decir? —repitió ella, a su vez, asombrada ante semejante cambiazo.

—Me acabas de hacer un cumplido —precisó él—. No creerás que te vayas a librar de darme una explicación.

—Pero... —Pru estaba cada vez más confusa—... parece que te hubiera insultado.

—No, señorita, no me has insultado. Ese es el problema.

—¿Cómo dices? ¿El problema es que no te haya insultado?

—Naturalmente. Cuando me insultas, sé a qué atenerme, Prudence, pero un cumplido....

—¿Un cumplido, qué?

—Pues que no venía a cuento, francamente.

—¿Qué? ¿Cómo?

Se declaró, lenta y solemnemente:

—Que no vuelva a suceder.

—Bu… bueno.

Pensándolo un poco, la propia Pru tenía que reconocer que también a ella le sorprendía el haberle dicho algo agradable al doctor Mahoney. Aunque rara era la ocasión en que no lo encontraba elegante, o maravilloso, o comestible, o... en fin, para qué seguir, nunca jamás le había dicho nada parecido. Ya era bastante incómodo que ella sintiera y pensara así, para encima comunicarle a él esas sensaciones y pensamientos…Y, además, ¿quién se había creído ella que era, para andar haciéndole cumplidos? Como si pretendiera propiciarlo, predisponerlo a favor suyo. Hablando de favores, ni que ella estuviera tratando de que estuviera del mejor humor posible, para que no se negara a hacerle un favor. Ni que ella estuviera contemplando en serio el pedirle...

«Oh, no», se dijo. «No, por favor. Eso no. Cualquier cosa menos eso.»

No podía estar contemplado una cosa así en serio. No podía estar dispuesta a perpetuar la mentira que le habían contado a Hazel. ¿Cómo iban a mantener el tipo, fingiendo de allí a un mes que estaban felizmente casados y eran los felices padres de Tanner?

No, no podía ser. ¿O sí?

Seth no podía creer lo que le parecía estar viendo. Prudence Holloway no le quitaba la vista de encima, desde hacía largos minutos, y lo miraba... él juraría que era eso, como si se sintiera como un caramelo y le estuviera pidiendo que lo desenvolviera.

No, no podía ser. ¿O sí?

Sacudió la cabeza, para alejar la imposible, aunque deliciosa, ocurrencia, y entonces pensó en la forma tan ruin que había tenido de rechazar el cumplido que ella le había hecho. Sobre todo, porque lo más probable sería que nunca se repitiera.

Lo había pillado totalmente por sorpresa. No podía recordar cuándo fue la última vez que ella le dijo algo agradable. Bien mirado, no recordaba que le hubiera dicho alguna vez algo agradable... Por lo menos, hasta su enfrentamiento conjunto con la bruja Hazel, hacía una semana. Y él acababa de asegurarse de que nunca volvería a oír

nada grato de sus labios. Pero, ¿cómo podía velar tan mal por sus propios intereses?

—Esto... ¿doctor Mahoney?

La suavidad de su voz iba acompañada de algo indefinible que le hizo dar el paso, o, más bien, salto, que lo separaba del mostrador de enfermeras, al instante, para quedarse apoyado sobre él con un antebrazo, mientras la otra mano sostenía su barbilla.

—¿Sí, Prudence?

Ella parpadeó y él vio cómo se expandían un momento sus pupilas, antes de que los iris se recuperasen. Por Dios mío, cómo eran de verdes esos iris.

—Esto... —dijo ella, muy bajito— ¿podría hablarte?

Vaya, qué interesante sonaba aquello. Sobre todo, acompañado de la expresión de total incertidumbre que ella tenía al decirlo.

—Claro que sí. Puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Ella se inclinó un poco hacia delante antes de responderle, e, instintivamente, Seth hizo lo mismo. Con las dos cabezas casi tocándose, Prudence murmuró:

—¿Te puedo hablar... de algo... de algo personal? Oh, oh, oh, pero qué interesante sonaba aquello.

—Por supuestísimo.

—¿Podría ser ahora? —preguntó ella, tras vacilar unos instantes.

Tratando de no parecer demasiado fuera de sí, Seth asintió con la cabeza, varias veces.

—Naturalmente.

—¿A solas?

Esta vez, no hubo respuesta verbal. Seth dio un nuevo cabezazo, y dio media vuelta, apartándose a toda velocidad del mostrador. Y a toda velocidad empezó atravesar el vestíbulo, esperando que Prudence lo siguiera sin dilación, porque él no estaba dispuesto a perder ni un instante en quedarse a solas con ella para hablar de aquel asunto personal del que ella necesitaba hablar personalmente con él en persona. Sin mirar atrás, torció por un pasillo y luego por otro, hasta llegar a un cuarto que servía de almacén, y que a él le había servido de mucho en muchas ocasiones. Abrió la puerta, entró, encendió la luz y esperó.

Y, a los pocos segundos, Prudence entró tras él, confusa, agitada, sumamente ruborizada... y absolutamente embrujadora. Su boca, por ejemplo, que tantos insomnios le había causado, era como un fruto... dos frutos maduros, que ya estaba tardando en probar. Así que, en cuanto estuvo dentro de la alacena, él cerró la puerta, rápida y silenciosamente, tomó a Prudence en sus brazos, la apoyó firmemente

contra la puerta y se apoyó él con no menos insistencia contra su cuerpo.

Puso una mano sobre la madera, para mantenerla bien cerrada, sonrió, y dijo:

—Tenemos que dejar de vernos en sitios así —y, al momento, se inclinó hacia ella y la besó.

Sin ningún motivo. Simplemente, porque tenía que hacerlo. Esperando todo el tiempo que lo rechazara con todas sus fuerzas, como había hecho la última vez que se atrevió a acorralarla de un modo parecido. Pero, para su sorpresa, e inmarcesible deleite, esta vez, Prudence no empezó por rechazarlo, por lo hecho, lo que hizo fue devolverle el favor, y con ganas.

Le rodeó la cintura con un brazo y apoyó la otra mano en el hombro de Seth, y luego inclinó la cabeza, para recibir de lleno su beso. Con lo cual, él se apresuró a ampliar el alcance del abrazo, rozando sus labios levemente con los suyos, recorriéndole el inferior con la punta de la lengua, antes de introducirla en su boca para completar la degustación. Y, como Prudence suspiró al sentirlo, entreabriendo la boca, Seth se sintió obligado a superarse.

A la vez que el beso se hacía más profundo, llevó una mano a la cadera de Pru, y empezó a deslizaría, acariciándole el muslo. Y, cuando percibió el sutil cambio de postura de ella, abrió los dedos, abarcando la curva de la nalga. ¡Qué delicia de curvas!

Entretanto, ella debía de encontrarlo también a él bastante a su gusto, porque Seth sentía el calor de su palma, acariciándole la nuca, y deslizándose entre sus cabellos; notaba el rápido latir de su corazón, contra el de él, y la veía jadear tanto como él.

En ese momento Seth alcanzó una de sus grandes fantasías, tener a Prudence exactamente donde había deseado tenerla, tocarla tal y como había deseado tocarla, y, con la ventaja añadida de que no le quedó tiempo para saturarse del cumplimiento de su fantasía, porque aquello no duró mucho.

Con la misma velocidad con la que Prudence se le había entregado, súbitamente desenterró el hacha de guerra. Cuando Seth ya se estaba reconciliando plenamente con la vida y el destino, habiendo encontrado el lugar en el que deseaba permanecer el resto de sus días, en los brazos de la Enfermera Irresistible, se encontró, de repente... en otra parte.

O sea, sentado sobre su trasero en medio del suelo del almacén, donde había ido a parar cuando Prudence recuperó su antigua visión de las cosas y le dio un buen empujón.

Caray. Ya se estaba empezando a hartar de esa manera suya de

acabar las entrevistas.

Y, la última vez, Seth estaba preparado. Contaba con que algo así podía suceder, y consiguió mantener el equilibrio. Pero esa vez, absorto en otras ocupaciones, la reacción de Prudence lo había pillado totalmente por sorpresa.

Estuvo un buen rato sentado en el suelo, mirándola boquiabierto, tratando de rehacerse. ¿Cómo era posible que él, el doctor Seth Mahoney, hubiera llegado a tal posición? Y, sobre todo, ¿cómo iba a colocar a la enfermera Holloway de nuevo en la posición que le interesaba?

Porque, a pesar de todo, una cosa le quedó clara a Seth en esos momentos pasados en el almacén, tanto los que transcurrieron pegado a ella, como luego, contemplándola desde donde ella lo había enviado: nunca había deseado a una mujer como deseaba a Prudence, y haría lo que hubiera que hacer, absolutamente todo lo que fuera preciso, para estar con ella.

Solo que esos planes, de momento, claro, sufrían un aplazamiento.

—Bien, vale, puede que me lo haya ganado —dijo, recogiendo las largas piernas, y abrazándose las rodillas» como si se hubiera sentado allí por comodidad— Pero lo que no pienso hacer es disculparme por algo que hace mucho tiempo que debería haber hecho.

Dicho lo cual, aprovechó para pasar a la siguiente fase de su plan de recuperación del terreno perdido. Es decir, que se puso en pie, se sacudió los pantalones, se colocó la corbata y la bata, y soltó un poco los músculos del cuello y los hombros. «Aquí no ha pasado nada».

Pero, por supuesto, había pasado. A él las mujeres no se le resistían, ni le daban empujones, ni le miraban luego con esa cara de alucinadas. Claro que, mirando bien esa cara, comprendió que también para ella aquello era algo insólito. Lo que se leía en su mirada era prácticamente pánico, y tenía una mano puesta sobre los labios, no se sabía si para despegarse el beso, o para que no pudiera evaporarse.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho una cosa así? —la oyó preguntar, siempre con la mano tapando la boca—. ¿Por qué me has besado así?

—Ah, ¿eso? —contestó él, tratando de llevar las cosas a lo jocoso —. Verás, pues ese tipo de beso, el número siete, para ser más precisos, es uno de los que mejor domino. Claro que sé otras muchas formas de besar, y, cuando quieras, las probamos.

Pero ella no le debía de ver la gracia, porque seguía con la misma postura y expresión.

—¿Pero por qué lo has hecho? —insistió.

—¿Y tú por qué me has dejado?

—Yo no…

—Tú sí —la cortó—. Me has dejado, y lo sabes perfectamente.

Y esta vez Prudence no lo negó, sino que sus ojos se agrandaron de sorpresa, como si, en efecto, solo entonces se diera cuenta de hasta qué punto había participado en lo que tan conmocionada la tenía. Por lo menos, durante unos minutos, se dijo él, y luego, a regañadientes, «Bueno, de acuerdo, habrá sido como un minuto.» Pero ella había tomado parte gustosamente. Su cuerpo parecía volver a la vida, al recordar cuan gustosamente había participado ella.

—No vuelvas a hacerme una cosa así —dijo Prudence, retirando al fin la mano de sus labios.

—¿Y por qué no? A mí me parece que te gustaba tanto como a mí.

Ella empezó a negar con la cabeza, y luego dejó de hacerlo y le dijo:

—No quiero que vuelvas a hacerlo. Nunca.

Seth tomó aire muy profundamente y lo fue soltando con calma. Y, cuando se hubo calmado, preguntó:

—Entonces, mi querida Prudence, cariño mío, encanto de mis ojos, ¿me quieres decir qué es lo que quieres? Porque creo recordar que había un asunto personal, urgente, del que tenías que hablar conmigo, a solas. ¿Qué es, entonces, lo que quieres, o querías?

La vio tragar saliva y tratar de concentrarse, pero seguía con cara de susto, y era evidente que le costaba hacerlo.

—Quería… querría… quiero… que tú… hagas… me hagas… —no consiguió acabar de decirlo, pero lo que dijo le devolvió a Seth la vida.

—¿Que yo te haga… qué?

—No, no, no quiero decir eso. Lo que quiero decir es que te necesito…

—¿Me necesitas? —Seth dio un paso hacia ella—.

Con un enorme esfuerzo para hablar claro para decir

—Te necesito… necesito que seas mi marido.

Capítulo Cinco

Seth sintió al oír a Prudence cómo se le congelaba la espina dorsal. Solo podía referirse a una cosa... ¿O podían ser dos? No, sin duda ella estaría pensando en la farsa que habían representado hacía una semana. No podía tratarse de otra cosa. Él era el doctor Irresistible, todo el mundo en el hospital lo sabía. No el doctor Consorte, ni, líbrenos el cielo, el doctor Papá.

—Tú me... esto... me necesitas..., ¿para qué?

—Perdona —dijo ella, con una marcada preocupación en el rostro —. Ha sonado a lo que no es.

—Bueno, eso espero.

Prudence tardó en responderle, y se lo quedó examinando largo rato. Seth empezó a sentirse como un ejemplar de laboratorio. Más precisamente, un ejemplar de laboratorio que fuera a ser sometido a un complicado experimento de laboratorio. Bueno, se había puesto a disposición de ella, incondicionalmente, así que tenía que estar preparado para lo peor.

—Quería decir —habló Prudence al fin— que me hace falta que finjas ser mi marido. Para ir a la reunión. Es dentro de un mes.

«Oh. ¿Conque eso era todo?»

—Bien —le contestó—. Me alegro de que por fin hayas decidido ir —y, al decirlo, se quedó maravillado, porque de verdad lo alegraba infinitamente esa decisión, aunque, a fin de cuentas, la que habría tenido que pasar por un trance bochornoso, en caso contrario, era ella.

—Entonces, ¿puedo contar contigo? —preguntó ella, y a Seth le pareció que sus palabras trataban de ocultar la esperanza de que él se negara.

Ni hablar.

—Claro que puedes contar conmigo —le aseguró.

—Qué bien —dijo ella, serenamente.

—Es una misión muy delicada —amplió Seth—, pero has ido a dar con alguien adecuado para ella. Ya verás cómo te alegras.

—Oh, pues... —Prudence nunca llegó a contestarle, porque en ese momento la estaban empujando por detrás. Alguien trataba de abrir la puerta, primero con suavidad, y luego más vigorosamente, con lo cual ella, que no se lo esperaba, acabó impulsada hacia los brazos de Seth. A él, aquello le pareció una señal divina.

La auxiliar de enfermería que entraba en ese momento en el almacén, en cambio, lo debió de tomar por excelente materia prima para propalar por el hospital.

—Disculpen —murmuró suavemente, mientras les sonreía con cierto descaro, y, tan inesperadamente como se había presentado, se

marchó.

Y, antes de que Prudence pudiera volver a apartarse, Seth la rodeó con ambos brazos. No pensaba exponerse a una fractura de vértebras, arriesgándose a besarla de nuevo, pero pensaba explotar la situación todo lo posible.

—Más vale que te vayas haciendo a la idea, señora Mahoney —le dijo—. De hoy en adelante, y hasta el fin del mes que viene, al menos, vamos a ser marido y mujer.

—Sí, pero eso...

—Tenemos que hacernos el uno al otro, si queremos convencer a los demás de que estamos casados. De que llevamos casados lo suficiente como para haber fabricado un chavalote como Tanner. Y, además —añadió Seth, en un tono confidencial—, la que se acaba de asomar aquí era Melody Applebaum. La bocazas de Melody. Quieras que no, nos vamos a convertir en la comidilla de Seton... Hasta puede que a estas horas ya lo seamos.

Unas horas y una semana más tarde, Pru se daba un momento de respiro, mientras contemplaba la mesa que acababa de poner, en el diminuto comedor de su diminuto apartamento. Se le hacía muy raro, ver dos cubiertos para adultos. La trona, que normalmente estaba junto a su puesto, se encontraba entre el de ella y el que iba a ocupar Seth Mahoney.

El puesto que Seth Mahoney iba a ocupar a su mesa.

La tranquilidad volvió a evaporarse. Ni en sueños se le habría ocurrido que algo así pudiera llegar a suceder. Y, aunque había dispuesto de una semana para irse haciendo mentalmente a la idea de estar casada con él, para la galería, se entiende, lo que no habían tenido era ocasión de practicar.

Naturalmente, no tenía la menor intención de practicar los aspectos físicos del matrimonio. O, bueno, el aspecto carnal. Pero era necesario que se acostumbraran a estar el uno en compañía del otro, para poder intercambiar sin esfuerzos los pequeños gestos de afecto que se espera de una pareja casada.

Tampoco había por qué exagerar con esos gestos, pero, en fin, uno o dos harían falta. Estaba dispuesta a llegar a los tres o cuatro. O diez o doce. En fin, ya se vería.

La desesperación de oír a Hazel confirmarle que le había contado a todo el mundo qué tipo de vida llevaba Pru en el presente, era lo que la había empujado a embarcarse en aquella locura. Y no faltaban más que tres semanas, en las que tendría que reconciliarse con la idea de que Seth Mahoney era su marido. Su marido y el padre de Tanner.

Inmediatamente, su mirada se volvió hacia el pequeño, que estaba

en la habitación contigua, sentado en la alfombra del cuarto de estar, rodeado de juguetes de plástico brillante o de peluche. Y, como si la sintiera, el niño levantó la vista hacia su madre y le dirigió su desdentada y adorable sonrisa. Tanner había sacado el pelo un poco más oscuro que ella, pero tenía sus mismos ojos verdes y rasgos muy parecidos a los de ella, de lo cual Pru siempre se había alegrado, porque, para ser sinceros, así la criatura era bastante más guapa que si hubiera salido a su padre. Con el valor añadido de que en Pittsburgh nadie se empezaría a preguntar a quién se parecía el pequeño... Mahoney.

Por Dios bendito, ojala le fuera posible dejar de pensar en todo en función exclusivamente de la dichosa reunión. Una vez más, se recordó que no era más que eso, una reunión, un grupo de gente que no se veía desde hacía mucho tiempo, y que, para empezar, no eran, la mayoría, santos de su devoción. No tenía modo de explicar racionalmente por qué era tan importante para ella que aquellos burlones no tuvieran ocasión de volver a ridiculizarla.

Y lo malo era que lo que estaba intentando hacer, para librarse, era ridículo.

Señor, señor, ¿por qué no tenía el coraje de llamar a Hazel Dubrowski Debbit y explicarle las cosas, y acabar? ¿Qué entonces los de Pittsburgh pasarían el fin de semana riéndose de la pobre Prudence Holloway? ¿Y qué más le quedaba a ella, si, total, entonces no estaría allí para oírlos?

Pues el caso era que, aunque no consiguiera explicárselo, sí que le importaba.

No soportaba que la pusieran más en ridículo. Quería ser una buena persona y una buena madre, por Tanner. Darle un buen ejemplo, además de ocuparse de él. Su llegada al mundo era una prueba más de la irresponsabilidad de su madre, pero estaba resuelta a que el resto de la existencia del niño fuera perfecto. La farsa que iban a interpretar en Pittsburgh, por idiota que pareciera, serviría para ahorrarle a Tanner, por pequeño que fuera, una mortificación que él no había merecido. Dentro de diez años, Pru podría presentarse en la reunión del vigésimo aniversario como una divorciada, sin el menor estigma. Salvo, claro está, el de ser una mentirosa putrefacta.

Pero, en fin, nadie es perfecto.

Sonó el timbre de la casa, sacando a Pru de su ensimismamiento y haciendo que Tanner emprendiera una veloz carrera, a cuatro patas, para acudir a la puerta. Era como un perrito: siempre quería ver a los que iban de visita. Ojala se llevara bien con Seth Mahoney.

Pru se estiró un poco el largo jersey azul que se había puesto con

unas mallas a juego, tomó en brazos al niño, que estaba muy guapo con un pelele azul eléctrico, y fue a abrir. Y, al abrir, casi le da un pasmo al ver al doctor Mahoney esperando a la puerta. Siempre lo había visto vestido de médico, y nunca enfundado en vaqueros, como, por ejemplo, los muy desgastados y bastante ajustados que llevaba esa noche. En cuanto le puso la vista encima, comprendió que también le apetecía ponerle otras partes de su cuerpo encima.

Vio la picara sonrisa con la que él correspondía a su saludo y tuvo la sensación de que se daba perfecta cuenta de lo que pasaba por su mente, y que, por él, perfecto, aquel era buen momento, y varias veces seguidas, preferiblemente.

Pero lo que dijo, muy suavemente, fue:

—Hola, cariño. Ya estoy en casa —y, para acompañar esas palabras, se inclinó hacia ella, le dio un beso en la mejilla, y se enderezó nuevamente, todo con la misma naturalidad que si llevara años haciéndolo.

Ella, en cambio, se sofocó un poco y se llevó la mano a la cara, al punto exacto donde la había besado.

—Para ti —dijo entonces Seth, y le tendió un ramo de claveles y margaritas.

Y ella apartó, no sin esfuerzo, la mano de su mejilla para tomarlo. Vio entonces que también sostenía una botella de vino, y se alegró mucho de la cortesía. Ella lo compraba muy pocas veces, pero le parecía que esa noche le iba a venir bien un vasito, para calmarse.

—Cómo ha crecido Tanner —dijo el doctor Mahoney, cuando ella se hubo hecho cargo del ramo— Está alto para sus nueve meses, ¿eh? En cambio, no hay ni sospecha de dientes, ¿verdad?

—Vaya —contestó Pru, con mucha suspicacia—. Así que también eres experto en pediatría. ¿O es que lo sabes por experiencia personal?

El se rió, pero sin mirarla. Estaba pendiente de Tanner.

—No, no tengo hijos. Pero me gustan los niños.

—Claro —contestó ella.

—¿Por qué «claro»?

Como él le daba el pie, estuvo en un tris de decirle que era lógico que le gustara la gente de su misma edad mental, pero se lo pensó mejor, y cerró la boca. Seth le estaba haciendo un favor. No se merecía una pulla, aunque fuera una sobradamente justificada.

—Pues... es que... pareces el tipo de persona... de hombre, al que le gustan los niños —improvisó.

Esta vez Seth dejó de mirar a Tanner y, por su expresión, Pru se dio cuenta de que él sabía qué había estado a punto de decirle. Pero no comentó nada, sino que volvió a sonreír con aquella sonrisa suya

que ablandaría las piedras y despertaría la libido de cualquier animal hembra.

—Eh... entra —le dijo, apartándose para dejarlo pasar. Tanner se había apoderado de una de las margaritas, y la estaba deshojando, pétalo a pétalo.

Pru procuraba mantener al niño y el lamo lo más alejados posible, sin demasiado éxito.

—A ver, déjamelo a mí —dijo el doctor Mahoney.

Y ella dio un paso de nuevo hacia él, pero, en lugar de hacerse cargo nuevamente del ramo, como Pru esperaba, lo que hizo fue tender las manos hacia Tanner, y el traidorzuelo de Tanner le echó los bracitos. Pru tomó entonces la botella de vino y así, cada uno cargado con los regalos del otro, entraron en la casa.

Mira qué curioso, se dijo. Con lo retraído que era Tanner normalmente, hasta con personas conocidas. Después de saludarlos estrepitosamente en la puerta, le hacía falta un cuarto de hora o veinte minutos para quedarse luego con alguien que no fuera su madre. Así que, desde luego, Seth Mahoney le había caído muy bien.

Y a Seth era evidente que también le gustaba Tanner, porque se le veía muy cómodo con el niño en brazos, absorto en él, sin preocuparse para nada de Pru.

Y esto no era menos sorprendente, en un soltero que, al parecer, estaba empeñado en seguir soltero el resto de su vida. Alguien que no tenía problemas para relacionarse con las mujeres y que, encima, tampoco los tenía para relacionarse con los bebés. Qué curioso.

Tanner gorjeaba incesantemente, y Seth asentía y murmuraba de vez en cuando, como si estuviera siguiendo sumamente interesado la historia que el niño le contaba.

—No me digas —decía con incredulidad—. ¿Y qué más? ¿Qué te dijo después? ¡Anda ya!

Cuando pudo encontrar un hueco, Pru anunció:

—Voy a preparar la cena.

—Muy bien —contestó el invitado, sin mirarla, e, inmediatamente, volvió a su «conversación» con Tanner—. Bueno, ¿y qué hizo esa niña entonces? — y los dos se alejaron en dirección al sofá.

Sin salir de su asombro, Pru fue a la cocina. Lo de la cena se le había ocurrido a ella, para que Seth Mahoney y ella tuvieran ocasión de charlar y ponerse de acuerdo sobre su ficticio pasado como pareja. Y el hacerlo en casa servía, además, para que Tanner se fuera acostumbrando a estar con su «papá» y no diera un respingo cuando él se le acercara durante la reunión de antiguos alumnos. Siempre habrían podido decir que el niño estaba atravesando una de esas

«fases» que tienen los niños, que su papá se pasaba el día entero en el hospital, en fin, cualquier cosa, pero era mejor estar preparados. Y resultaba que no había razón para preocuparse. Tanner se quedaba a solas con el doctor Mahoney sin chistar. Lo único que faltaba era que su mamá se sintiera igual de cómoda con el médico, y eso parecía un poco más difícil.

Cuando se le ocurrió lo de la cena, lo de cenar tantas veces antes de ir a Pittsburgh, para irse familiarizando, parecía una buena idea. Sobre todo por Tanner, claro. Pero eso era antes de que el doctor Mahoney apareciera con unos vaqueros ajustados y muy desgastados en algunas zonas estratégicas. Antes de percatarse de lo muy anchos que tenía los hombros, por lo menos cuando llevaba un jersey amplio como el de esa noche, que parecía invitarla a explorar bajo él. Antes de ver lo contento que su niño se quedaba en su compañía. Antes de apreciar qué efecto producía la presencia de Seth Mahoney en su casa.

Efecto… marido. No había otra palabra para describirlo. Desde el preciso instante en que puso el pie dentro del pequeño apartamento, la casa había empezado a parecería a Pru aún más grata, más familiar, más hogareña. Y no era que antes no lo fuese. Aunque tuviera que administrarse muy estrictamente, su casa era muy acogedora. Mitad por gusto personal, y mitad gracias a las aportaciones de sus padres, cuando, al dejar de vivir en el Norte para ir a pasar su jubilación a Florida, le regalaron todo lo que a ella le venía bien, la casa parecía la de una abuelita con inclinación por las antigüedades inglesas, y sin el suficiente dinero para ser cliente de los anticuarios.

A Pru la alegraba siempre volver a entrar en su casa, pero dudaba que, a partir de ese momento, todo volviera a ser igual. De repente, era como si Seth Mahoney formara parte de ese mundo que ella creía haber formado por sí misma y a su gusto. Pero el efecto que él producía no lo podría recrear ella. Y

mucho se temía que lo iba echar de menos.

Era una situación paradójica, porque, a pesar de llevar trabajando dos años con él, y, a pesar de llevar coladita por él dos años, Prudence no lo conocía más que muy imperfectamente. Sabía de sobra que era un hombre encantador, simpático, extrovertido, con gran sentido del humor, pero nada más. Ningún detalle de su vida, pasada o presente, fuera del hospital, salvo que al trabajo iba al volante de un BMW, y que llegaba de una zona residencial próxima, la de Cherry Hill, donde poseía un piso. Ni si había nacido en New Jersey, o era de otro estado, ni si vivían sus padres, o tenía hermanos.

Nada.

Y eso no era muy frecuente, se dijo mientras abría el vino y llevaba

copas al comedor. A la mayoría de sus colegas de neurología los conocía bastante bien, y varios la habían invitado a sus casas. Normalmente, en dos años trabajando codo con codo hay tiempo más que suficiente para enterarse de la vida de la gente. Pero el doctor Mahoney había revelado bien poco sobre sí mismo. Mejor dicho, nada.

Claro que, bien pensado, como ella había procurado coincidir con él lo menos posible, tal vez no tuviera nada de sorprendente que no hubiera llegado a enterarse de nada acerca de él.

Cuando fue a decirles que la cena estaba servida, se encontró al doctor Mahoney… es decir, a Seth, que alguna vez tendría que empezar a llamarlo Seth, echado en el sofá. El sofá de Pru era de madera oscura, no muy grande, tapizado en chenil estampado con rosas. Seth tenía la cabeza apoyada en un brazo, y el otro brazo pasado por la cintura de Tanner. Porque Tanner se hallaba a horcajadas sobre el buen doctor, riéndose como un loco, mientras tiraba de su nariz con ambas manos. Y el doctor Mahoney, es decir, Seth, se reía también, más bajito, de aquella indignidad.

—La cena está… está ya. Cuando quieras —le dijo, trompicándose un poco, mientras trataba de asimilar la escena.

El doctor Mahoney, o sea, Seth, se volvió al oírla, pero no por eso retiró Tanner sus manilas gordezuelas de su apéndice nasal. '''

—Ah, muy bien —contestó, al cabo de un momento, como si se le hubiera olvidado que también Pru se encontraba en el piso. Se incorporó con mucho cuidado, y Tanner aprovechó para darle dos cachetes en las mejillas. En respuesta a la nueva afrenta, el doctor Mahoney, es decir, Seth, se rio aún más fuerte.

—Qué niño más rico tienes, Prudence —dijo, al ponerse en pie, levantándolo sobre su cabeza.

—Sí, eso creo yo también —contestó ella, sonriendo—. Estoy casi decidida a quedármelo, cuando pase el período de prueba.

—Es una buena adquisición —replicó Seth, poniendo una mano abierta debajo de Tanner, para que recorriera la distancia hasta su madre «volando»—.

Pero tendrá garantía, ¿no?

Ella se rio, negando con la cabeza.

—No, venía sin garantía, pero me lo voy a quedar, de todos modos.

—Sigue siendo una buena pieza. No te has equivocado.

—Ojalá a su padre le hubiera parecido lo mismo. Seth se detuvo en seco, rematando el «vuelo» de Tanner con una especie de parábola.

—¿Tú crees? —le preguntó a Prudence, mirándola con una expresión singular, que ella no consiguió descifrar.

—No —le contestó, después de reflexionar un momento—. Es

mejor así. Fue horrible cuando Kevin me abandonó, pero creo que lo nuestro no habría durado, con independencia de la llegada de Tanner. Y, evidentemente, para ser padre, no daba la talla. Así que supongo que más vale que me haya enterado más pronto que tarde. Más tarde habría sido aún peor, para el niño y para mí.

—Supongo que sí.

—De todos modos —siguió ella, mirando absorta al niño, que había descubierto un hilo suelto en el jersey de Seth, y no se daba cuenta de que su madre lo miraba—, va a ser difícil educarlo sola. Si fuera una niña, estaría más tranquila, porque creo que mi influencia bastaría. Bueno, no sería una mala influencia —corrigió, recordando la cuestión de la irresponsabilidad—, pero considero que los niños necesitan una presencia masculina en sus vidas, y a Tanner le falta eso. Con mi padre viviendo en Florida, no estoy nada segura de que no vaya a tener una carencia, con el cielo de niño que es —al llegar a ese punto, Pru sintió que se le formaba un terrible nudo por dentro, y añadió—. Me da pavor pensar que llegue a convertirse en uno de esos adolescentes amargados y resentidos, solo porque su madre lo trajo al mundo sin tener ni mucho menos las cosas resueltas.

Y, sintiéndose incapaz de seguir soportando ni siquiera la reducida distancia que la separaba en esos momentos de su niño, Pru se inclinó para tomarlo con delicadeza de los brazos de Seth y lo estrechó contra su pecho, cubriendo la cabecita de Tanner con su barbilla. Le dio un besito en la cabeza, cerró los ojos, y lo apretó aún más contra ella. Le daba igual que su comportamiento resultara irracional. Como madre primeriza, tenía todo el derecho del mundo a serlo.

Estaba aún empeñada en una batalla diaria para superar los miedos y ansiedades que surgían continuamente, y llegar a encauzar los nuevos sentimientos que la situación despertaba en ella. Algún día llegaría el momento en el que no se produjera continuamente lo inesperado, quizás. O quizás no.

Pero, por el momento, no pensaba preocuparse de si se conducía o no con racionalidad, en lo tocante a su hijo. Y le daba igual si Seth Mahoney lo presenciaba. ¿No decía que era su marido, aunque fuera por unos días? Pues que se fuera acostumbrando a la conducta de las mamas primerizas.

Seth la vio cerrar los ojos y estrechar al niño, como si estuviera tratando de tranquilizarse, o de exorcizar alguna terrible inquietud. Y, contemplándola, algo en su propio interior, que hasta entonces no sabía que estaba helado, empezó a descongelarse. Siempre la había considerado una mujer muy hermosa, pero en ese momento empezó a considerarla algo que, bien pensado, jamás había considerado a nadie

que no fuera él mismo.

Empezó a ver que Prudence Holloway era humana. Y él nunca había contemplado así al resto de las personas. No tenía mala opinión de la mayoría de la gente, pero, la verdad, no solía pensar en ellos como humanos.

Él era humano. Y, como los demás no eran como él, ni él como los demás, consiguientemente, los demás eran otra cosa. No necesariamente malo, ni inferior, pero decididamente distinto.

Todo esto, para Seth, resultaba perfectamente inteligible. Era su forma natural de pensar.

Como jamás había formado un lazo auténtico con ningún otro ser humano, creía que él era el único ser humano. Pero con Prudence sentía una afinidad que no había experimentado nunca. Un sentimiento que aspiraba a explorar detenidamente.

—No sé qué decirte —empezó, bajito, para no sobresaltarla, viendo cómo le ponía Tanner a Pru labios y encías en la mejilla, en lo que debía de ser un beso

—. Tal como yo lo veo, creo que te has ocupado fantásticamente de este mozalbete. Yo no veo que le falte de nada.

Y, cuando ella abrió los ojos y lo miró, había algo en su mirada que confirmó a Seth que, en efecto, los dos compartían algo inexplicable. Por un instante, fue como si Pru entrase dentro de él y, al hacerlo, absorbiera algo muy íntimo de él, también. Pero ese instante se esfumó y los dos se quedaron en el presente, en pie bajo el arco que separaba el comedor del cuarto de estar de la casa de Prudence Holloway. La cálida conexión había desaparecido. Y, sin embargo, algo había cambiado entre ellos. Seth miró a Pru, y vio que también ella lo notaba, aunque sacudía la cabeza, como si quisiera despejarse.

—No te voy a decir que no me haya costado ocuparme de Tanner sola hasta la fecha —volvió ella al asunto que los ocupaba anteriormente—, porque, desde luego, es lo más duro que he hecho en toda mi vida. Pero me temo que resulte ser pan comido, comparado con lo que me espera más adelante. No sé si voy a poder hacer de padre, la verdad. Yo no sé nada de los hombres.

Seth sonrió, pensando que, seguramente, Pru sabía bastante más de lo que creía. Pero no le dijo eso.

—Saldrás adelante, Prudence —y estaba totalmente seguro de que así sería.

Ella sonrió también, aunque sin la misma convicción.

—Ojalá tuviera tanta seguridad como tú.

—Algún día la tendrás —dijo Seth con firmeza, pero no dio más explicaciones, sino que cambió de conversación—. ¿Qué hay de cena?

Con esa pregunta los dos acabaron de tomar contacto con la realidad.

—Tenemos pasta —le informó Prudence, hablando con más resolución—, que es una cosa segura. Macarrones al horno.

—Me gustan.

—Bien —ella se rio—, porque también le gustan a Tanner.

—Pues qué mejor recomendación. No sé vosotros, pero yo tengo ya hambre

—mintió Seth, por cuya cabeza lo último que rondaba en ese momento era la comida.

—Pues vamos a la mesa —dijo Prudence, señalándola con la cabeza.

Y, al ver ese gesto, dentro de la cabeza de él explotó la imagen de esa mesa de comedor, aplicada a un placer que nada tenía que ver con su propósito original. Sonrió.

—Vamos —y se dijo que tal vez, con un poco de suerte, él y Prudence podrían disfrutar de un postre especial, cuando Tanner estuviera acostado.

Uno tenía derecho a soñar, ¿no?

Capítulo Seis

Al terminar la cena, Seth se dijo que era asombroso lo bien que lo estaba pasando con Prudence Holloway y su niño. Estaba resultando todo tan... tan agradable. Tan relajado. La charla, las sonrisas, la combinación de la comida y el vino, el reparto de macarrones por todas las superficies disponibles, seguida de una pasada con la esponja por todas ellas, incluida la cara y las manos de Tanner.

Pero si eso era asombroso, no era nada comparado con el shock que le aguardaba a continuación. En cuanto Prudence hubo guardado las sobras en el frigorífico y los platos sucios en el lavavajillas, le dirigió la pregunta más indecente que le habían hecho en toda su vida. Ante tamaña obscenidad, Seth se quedó sin habla.

—Entonces, ¿me quieres ayudar a acostar a Tanner?

Así, como si tal cosa. A dónde iba a llegar el mundo, si a un hombre se le podía hacer una petición semejante con tal desvergüenza. Pero, ¿cómo se le ocurría a esa mujer que él, el doctor Seth Mahoney, un hombre de mundo, podía desperdiciarse en una cosa tal como preparar a un bebé para meterlo en la cunita?

—¿Estás de broma, no? —le preguntó, tratando de concederle el beneficio de la duda.

—Pues no —dijo ella, mientras sacaba al pequeño de la trona—. Oye, que es hijo tuyo también —le dijo sonriente, mostrándole al diablillo, completamente salpicado de salsa de tomate—. Aunque solo sea para un fin de semana, deberías tener algo de idea de cómo se cuida a un niño.

—Anda, ¿y eso por qué? —se rio Seth—. Los demás padres no se ocupan de eso. Y se supone que su responsabilidad dura muchos años.

—Oye, claro que los demás padres se ocupan de sus hijos —replicó Pru—.

Ahora los papas participan mucho más.

—¿De verdad? —Seth no podía creerla.

—Claro que es verdad.

—Qué raro.

—Por favor... —ella elevó los ojos al cielo—. No pretenderás que me crea que es la primera vez que oyes esto.

—Te aseguro que para mí es un boletín de última hora.

—Qué barbaridad. Bueno, entonces agradecerás que tenga almacenados como seis meses de ejemplares de «Ser Padres». Nos vendrán de perlas.

¿Eh? ¿De qué estaban hablando?

—Me parece que no te sigo. Ella le sonrió afectuosamente.

—Puedes llevártelos a casa, para ponerte al día. Al ver la cara que

ponía Seth, a la sonrisa se sumó un mohín de complicidad.

—O también —le dijo, suavemente—, puedes asistir a la operación baño y cuna esta noche. Si te aplicas, te convalido la sesión de estudio.

Verla sonreírle, y sonreírle con complicidad, era exactamente el tipo de respuesta que Seth esperaba despertar en Prudence al ir a su casa, pero no estaba muy seguro de cuánto esfuerzo estaba dispuesto a dedicarle al asunto a cambio de esas recompensas. Los bebés le gustaban, pero solo estaba acostumbrado a sostener suavemente en brazos a los recién nacidos, a los que ya habían dado de comer y limpiado las encantadoras enfermeras del nido.

Sobre todo, limpiado. Después de ver a Tanner en acción durante la cena, no estaba nada seguro de ser físicamente capaz de afrontar un encuentro en la tercera fase con un bebé.

En realidad, estaba ante un ejemplo crítico del dilema que caracterizaba la vida sentimental de Seth, en la que su deseo, o casi necesidad, de llegar a formar una familia, entraba en conflicto con su resistencia a experimentar de primera mano todo lo que tener familia implicaba. Y no se trataba únicamente de los niños. Lo mismo le sucedía cuando pensaba en la posibilidad de casarse.

Porque, sorprendentemente, Seth pensaba de vez en cuando en esa eventualidad. Soñaba con un futuro del que no se apreciaba claramente ningún rasgo, pero sí la coloración de todo, que era rosa. Él llegaba a su casa por la tarde. Era una gran casa, magníficamente arreglada, por cierto. Bueno, pues él llegaba al terminar su jornada en el hospital. Una mujer hermosa, aunque sin rostro, salía a recibirlo, martini en mano, y un puñado de niños muy guapos, también sin rostro, jugaban a sus pies, en tanto que papá tomaba asiento en su sillón favorito a tomarse su martini. Así instalado, los escuchaba mientras ellos le contaban, en total armonía, sus pequeñas aventuras del colegio.

Seth suponía que su pasado le daba cierto derecho a tener una fantasía tan repugnantemente sentimental, porque su infancia no se había parecido en nada a esas escenas. El problema era que, de repente, aquella esposa suya, tan convenientemente carente de rostro, empezaba a parecerse de forma alarmante a Prudence Holloway. Y el ramillete de pequeños Mahoney se resumía en la carita de Tanner Aún sentado en el comedor de la familia Holloway, Seth estaba empezando a ver que... Que, si Dios no lo remediaba, su imaginario futuro empezaba a parecerle totalmente realizable, y tan deseable como lo había soñado. Y, al comprenderlo, Seth se quedó aterrorizado.

Prudence debió de notarlo, y le dio unos golpecitos en el brazo

para tranquilizarlo.

—No te preocupes —le dijo—. Por esta noche, puedes venir de oyente. Miras y aprendes, y ya te pondremos prácticas la semana que viene, ¿de acuerdo?

Le costó un momento recordar que habían estado hablando de la operación

«baño y cuna». Pero lo que le hizo tardar bastante en contestar a Prudence no fue la aprensión por las «prácticas», sino el notar un motivo más para sentirse aterrorizado.

Allí estaba Prudence, en pie ante él en la cocina, sin lugar a dudas, la habitación menos romántica de una casa. Prudence salpicada de manchas de tomate por culpa de su hijo. Manchas de tomate que habían ido a caer en un jersey largo, amplio y de cuello alto. Y, como remate, acababa de invitarlo a preparar a un bebé para acostarlo. Cualquiera de esos factores, por sí mismo, habría bastado normalmente para que Seth se apresurara a poner fin, con la menor mortificación posible por ambas partes, a la cita en cuestión. Y, sin embargo, allí seguía, con una mujer que había perpetrado media docena de ofensas contra las normas de la seducción, y cada vez sentía más excitación.

Lo único en que podía pensar era que, en cuanto el niño estuviera en su camita, ellos dos podrían retirarse a la de mamá. Y el seguir pensando en eso, en las actuales circunstancias, después de una velada en la que no había habido nada ni remotamente excitante, le decía a Seth que más le valía retirarse cuanto antes. Más aún, que lo mejor sería dejar de ser el marido de Prudence cuanto antes. Debía marcharse a casa. Podría dar cualquier excusa. Que iban a llamarlo por teléfono. Una conferencia. Que tenía que operar al día siguiente temprano.

Que sentía terror ante la escena doméstica que se abría ante él, por lo que, si Prudence lo disculpaba, empezaría a correr en aquel mismo instante.

No obstante lo cual, lo que, para su consternación, salió de su boca, fue lo siguiente:

—De acuerdo, encantado de ayudarte a acostar a Tanner.

Prudence llevaba un rato diciéndose que la velada debería haber terminado hacía ya mucho. Por ejemplo, cuando, al levantar la vista del plato, vio a Seth mirándola como si pensara convertirla en su postre. O quizá antes, cuando lo vio echado en el sofá, con Tanner encima de él. O más bien antes, cuando tuvo una reacción tan incongruente al abrir la puerta y ver al doctor Mahoney con vaqueros.

En fin, que debía de haber sido mucho antes, porque le estaba

empezando a parecer imposible pedirle que se marchara. Para empezar, Tanner no lo soltaba, y, para continuar, ella tampoco lo quería soltar. Contemplándolo desde el umbral de la habitación de Tanner, sentado en la mecedora, con el niño en las rodillas, leyéndole un cuento, Pru empezó a notar, consternada, que en su interior iba creciendo un sentimiento nuevo, y que ese sentimiento era de cariño por Seth Mahoney.

Cariño Por el doctor Irresistible. Era lo único que le faltaba. Y el caso era que llevaba dos años tratando de engañarse a sí misma, diciéndose que la cálida sensación que experimentaba al acercársele Seth Mahoney era una reacción hormonal, o cualquier cosa por el estilo. Pero no se podía decir eso por más tiempo. Seth Mahoney le gustaba. Lo que tenía que hacer era procurar que no pasara de ahí.

Se concentró en Tanner, pero también ahí había mucho de sorprendente. Con qué facilidad había aceptado a Seth. «Hay que ver, cree una que conoce a su hijo, y mira...»

—Y colorín; colorado, o lo que digan ahora en la tele, este cuento se ha acabado —dijo Seth, cerrando el libro. Le pasó a Tanner las dos manos por las axilas y lo puso en pie—, y mamá te va a llevar a la cama.

Oyendo la indicación, Prudence se acercó a ellos. Había aprovechado los minutos del cuento para irse a cambiar el jersey y las mallas, mojadas por el chapoteo de Tanner en el baño, y llenas de manchas de salsa de la cena. Como iba con prisa, se puso las primeras cosas que vio limpias. Así que llevaba puestos unos vaqueros de talle bajo y un jersey rojo, cortito. Dos cosas muy normalitas, creía ella, hasta que vio cómo se encendían las pupilas de Seth al verla.

Eso había sido un grave error táctico. Con el jersey azul húmedo y entomatado, no había ese resplandor en su mirada. Con esa ropa, en cambio, la mirada de Seth no se despegaba de sus caderas, insistía en el punto en el que, Pru se daba cuenta en ese instante, al moverse, debía de aparecer un poco de piel entre el jersey y la cinturilla de los pantalones. Aun sabiendo que era inútil, tiró del jersey hacia abajo, y,

en cuanto lo soltó, volvió a subirse, llamando aún más la atención sobre la piel que ponía al descubierto, como se deducía de la dilatación de las pupilas de Seth, que casi no dejaba ver el azul de sus ojos.

—Oh —empezó Prudence—. Ah, eh —siguió, con gran elocuencia —, creo que... ah... ya me hago yo cargo —consiguió decirle al fin—. No creo que tarde mucho. Lleva despierto un montón de horas, y ya lleva un par de meses que duerme muy bien por las noches. Últimamente, duerme como... como... bueno, como un rorro —

sintiéndose incómoda, Pru señaló la puerta, que comunicaba con el cuarto de estar, y sugirió—. Quizá te apetecería servirte otra copa de vino… —era urgente que Seth se alejara, porque el resplandor de su mirada se había convertido ya en una hoguera.

—Me apetece —contestó él, y, antes de entregarle a Tanner, le dio un besito en lo alto de la cabeza. ¿Por qué hacía cosas así? Como si el afecto que iba creciendo dentro de Pru necesitara más alimento.

Con el niño ya en brazos de su madre, Seth le pasó un dedo por la carita, caricia que le valió como respuesta un gorjeo de placer. Pru se ruborizó, creyendo por un momento que era ella quien había gorjeado, pero, al ver a Seth sonriendo al bebé, comprendió que debía de haber sido su hijo. Pero había algo en esa sonrisa que hacía daño, como si Seth pidiera algo que, al mismo tiempo, sabía que nunca podría llegar a pertenecerle.

—Hasta luego —dijo él, antes de que ella reuniera valor para preguntarle qué era eso, y, con una última mirada melancólica, salió.

Una vez fuera del dormitorio infantil, y en terreno familiar para él, el doctor Mahoney hizo bastante más que servir otras dos copas de vino. Apagó todas las luces del cuarto de estar, excepto una lámpara de pie que había en un rincón, dejando la habitación bañada en un suave resplandor crema. Luego encendió la cadena de música de Prudence y revisó todos sus discos, descartando la mayoría, hasta dar con uno titulado Gerswhin para enamorados, que le pareció perfecto.

Cuando llegó ella, a los pocos minutos, conforme a lo prometido, era dueño del terreno. Se había instalado en el sofá, con una copa en la mano, y tuvo la suerte de que su llegada coincidiera con una de las partes más románticas del disco. El doctor Irresistible, por supuesto, se sabía la letra. Sin dejar de tararear, levantó su copa para saludar a Prudence, le indicó que la otra la aguardaba sobre la mesita que estaba delante del sofá, y, finalmente, en voz muy queda, le dijo:

—Ven conmigo.

Nada más que dos palabras, pero que Seth esperaba contuvieran todo un mundo de sugerencias. Y no debía de andar desencaminado, porque ella se quedó blanca al oírlo, abrió de par en par los ojos y empezó a tartamudear.

—Yo… yo… yo…

Lo más difícil para el doctor Mahoney era no sonreír.

—Yo… yo… yo… ya voy.

Y Seth tuvo que luchar para no reírse.

Ella se estaba tirando de nuevo del jersey hacia abajo, y, de nuevo, para regocijo de Seth, el jersey volvió a subirse. Ah, cómo habían mejorado las perspectivas de la velada.

Con una considerable agitación, Prudence tomó su copa y empezó a avanzar hacia una butaca que, en opinión de Seth, estaba demasiado lejos.

—Vaya, vaya —dijo, y ella se detuvo y lo miró. Seth le sonrió y puso la mano abierta sobre el almohadón del sofá contiguo al suyo. Luego le dio unas palmaditas.

Prudence tragó saliva varias veces y se quedó inmóvil, como si necesitara tiempo para resolver aquel dilema. Dejó de dirigirse a la butaca, pero tampoco se acercaba al sofá, tratando de calibrar qué posición era más peligrosa.

Pero qué poca experiencia tenía. Si se sentaba en la butaca, estaría confesando su vulnerabilidad.

Como si al fin cayera en la cuenta, Prudence dio rápidamente los tres pasos precisos para llegar al sofá. Claro que, en lugar de ocupar el almohadón que Seth había señalado, lo que hizo fue sentarse en el otro extremo, arrinconándose lo máximo posible contra el brazo del sofá. Esa chica lo subestimaba.

—Aja —empezó él, mientras se deslizaba por el sofá, hasta sentarse a un par de centímetros de ella, y quedarse con el brazo sobre el respaldo del sofá.

Habría podido colocar la mano que no tenía ocupada con la copa sobre el hombro de ella, pero no lo hizo. Quedarse a escasos centímetros de Pru era quizá la cosa que más nerviosa podía ponerla. Así que, inclinando la cabeza hasta casi rozar su oreja, le susurró—. Cuéntame lo de la «Sumamente Irresponsable».

¿Fue un suspiro de alivio, o un respingo, lo que dio ella al oír de qué quería él hablar?

—Oh... no creo que... eso te... te vaya a interesar —contestó, con cierta inquietud.

—Claro que me interesa —dijo él, aproximándose unos milímetros.

—Seth... —profirió Prudence, en tono de inconfundible advertencia.

Y él sonrió al oírla llamarlo por su nombre, aunque el tono no fuera precisamente el que deseaba escuchar algún día en su labios.

—Me encanta oír mi nombre en tus labios —le dijo, al tiempo que se apartaba, casi imperceptiblemente, de ella.

—Seth... —repitió Prudence, con cierta amenaza sumada a la advertencia.

—¿Siii? —susurró él, volviendo a aproximarse. A estas alturas, lo mejor era mantenerla desconcertada, a lo que le ayudaba mucho también el no tener ni idea de lo que iba a hacer en cada momento.

El perfume de Prudence lo tenía embriagado. Estaba deseando

hundir la nariz en él. Así que inclinó la cabeza hasta rozar la airosa curva donde el cuello se unía al hombro y aspiró la fragancia de la piel. Maravilloso.

A ella también debió de parecérselo, porque, al rozarla él suavemente con los labios, dejó escapar un suave gemido, que a Seth le sonó a glorioso abandono.

Lamentablemente, lo que dijo ella a continuación, estaba en total desacuerdo.

—Esto no es lo que deberíamos estar haciendo.

Pero lo dijo sin el más mínimo poder de convicción y, además, inclinando ligerísimamente la cabeza. Era un acto instintivo, y quizá trataba de apartarse, pero lo que hizo fue facilitar la exploración de Seth, que no pensaba renunciar a ninguna ventaja.

—¿Ah, no? —le contestó, al tiempo que seguía recorriéndole el cuello con los labios, aproximándose a la garganta, siempre con la levedad de una pluma, lo cual no impedía que el efecto que tenía en él el contacto con esa suave piel era endurecerlo cada vez más.

—No —susurró ella, pero sin apartarse.

Seth entreabrió los labios y los usó para pellizcarle suavemente el cuello, recreándose con la agitación que le causaba a ella al hacerlo.

—Y entonces, ¿qué deberíamos estar haciendo, Prudence? —le preguntó, sin separar los labios de su cuello

Ella tragó saliva, y él aprovechó para ir besando cada uno de los músculos de la garganta que se pusieron en movimiento.

—Oh... —gimió Prudence, e hizo luego un esfuerzo por responderle— Se...se supone que deberíamos conocernos mejor.

Y él se rio, casi triunfalmente, al tiempo que alzaba una mano para sujetarle la nuca.

—Si me das unos minutitos más —contesto—, te prometo que llegaremos a ser íntimos.

Capítulo Siete

Prudence saltó del sofá justo cuando él iba a lanzarse definitivamente sobre la presa, dejándolo con tres palmos de narices. Al alzar la vista, la vio plantada en medio de la habitación, con una mano levantada y la palma extendida, como un guardia de tráfico, y la otra todavía aferrada convulsamente al fuste de su copa de vino. Iba a romperla de un momento a otro. Moviéndose con suavidad, Seth dejó la suya en la mesita y se puso en pie. Dio un paso hacia ella, y, en respuesta, ella dio una zancada, alejándose. Así que él optó por quedarse donde estaba.

—Prudence —le dijo—, no voy a hacerte ningún daño. Y tampoco pretendo obligarte a hacer nada que tú no quieras hacer.

No obtuvo respuesta. Ella se limitó a seguir donde estaba, en actitud defensiva. Seth suspiró.

—Creí que esta noche —siguió— íbamos a tener oportunidad, como tú acabas de decir, de llegar a conocernos mejor.

—Eso se suponía.

—Y entonces, ¿cómo es que no estamos... conociéndonos mejor?

—Tú y yo, evidentemente —dijo ella, sin variar ni un ápice en su actitud—

tenemos ideas diferentes sobre el significado de «llegar a conocerse mejor». Lo de ahora mismo —y apuntó con el índice, sin mirar hacia el sofá, el sitio del que una y otro acabó por levantarse— no es la clase de... de conocimiento que yo tenía en mente.

Él mantuvo su mirada un buen rato, y, por si acaso, formuló la pregunta:

—¿Ah, no?

Prudence se puso como un tomate, y Seth comprendió que estaba a punto de soltar un embuste.

—Pues claro que no. Ahí estaba.

—Oye, Prudence —volvió a empezar—, si pretendemos pasar por casados, y con un hijo, más nos vale irnos acostumbrando a la mutua cercanía física. En cuanto la gente vea a Tanner, como comprenderás, van a deducir que... en fin, ya sabes, por lo menos una vez.

—Pues no hemos... ya sabes, ni una vez —replicó ella, vivamente.

—Fuera del santuario de nuestra mente —dijo él, sonriendo, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo pasar. — —Yo nunca he...

—¡Oh, vamos! ¡Tú también! —se apresuró a interrumpirla, antes de que dijera otra patraña—. Ni se te ocurra fingir que no.

Y, para su sorpresa, ni siquiera lo intentó. En lugar de eso, se fue por la tangente.

—Tú no te habías acercado tanto —le dijo— para irnos

acostumbrando a... a la situación en la que vamos a presentarnos en mi reunión del instituto.

—No, claro que no, Prudence, ese no es el motivo —se calló, pero, al ver la cara de sorpresa que ella ponía, tuvo que continuar—. El motivo de mi aproximación física era, como es lógico, físico —era increíble, ¿pues no seguía mirándolo con cara de asombro?—. A saber, que me he pasado casi todas las noches, desde que te conocí, preguntándome cómo sería hacerte el amor —ella dejó escapar un gritito, y Seth estuvo a punto de soltar un juramento: pero,

¿cómo podía sorprenderla aquello tanto? ¿No le había quedado meridianamente claro el deseo de él?

Seth dio un pasito, a ver qué tal, y, como ella no salió huyendo, siguió:

—El impulso de acercarme a ti —hablaba con suavidad, mientras se acercaba poco a poco a ella— no es cosa de esta noche. Es algo que me ha tenido en danza los dos últimos años. Dos años, Prudence.

Ella seguía sin decir nada, pero se había quedado confusa, o indecisa. Las esperanzas de Seth revivieron. Dio un nuevo pasito hacia ella.

—El impulso de acercarme a ti tiene que ver con lo que tú sientes. Sé que tú también te preguntas cómo... cómo serían las cosas entre los dos.

Prudence ni confirmaba ni negaba. Con un nuevo paso, Seth quedó a una distancia suficiente de poder tocarla, pero, aunque era eso lo que deseaba, se abstuvo de hacerlo, por el momento.

—Y el motivo de acercarme a ti, físicamente... —al hablar, tendió la mano hacia ella, como si pudiera así conjurar las palabras que la propiciarían, y oyó, atónito, salir la verdad de su boca, que tanto se había resistido a confesarse

— ...el motivo, Prudence, es que no me puedo resistir a ti.

Tomó la copa de la mano de ella, la dejó sobre la mesita y, sin pensarlo más, la abrazó, y ella correspondió a su abrazo. Y, cuando la besó, respondió a su beso del modo que él llevaba tanto tiempo soñando: con agrado, con arrebato, con intensidad, con pasión.

Después de un suspiro que podía ser de indecisión todavía, los labios de Prudence se entreabrieron bajo los suyos, y sus brazos lo rodearon al instante, como si ahí fuera donde debían estar. Seth enredó los dedos en su cabellera y le echó suavemente la cabeza atrás, y, al notar cómo subían audazmente las manos de ella, por debajo de su jersey, y se abrían sobre la piel desnuda de su espalda, los dos gimieron, expresando la necesidad de cada uno por el otro, y el alivio de empezar, al fin, a verla satisfecha.

Siguiendo su ejemplo, también Seth llevó una de sus manos hasta el borde del jersey, y empezó a recorrer, muy lentamente, la satinada piel que sus dedos encontraron debajo, a una temperatura calcinante. Muy, muy lentamente, pero cada vez más arriba, explorando su caja torácica, desde la unión de cada costilla con la columna hasta el extremo opuesto, en el esternón, hasta que la amplia formada por sus largos dedos pulgar e índice fue a encajar, de modo matemáticamente perfecto, con la curva inferior del pecho de ella, que lanzó un prolongado suspiro de excitación, al que respondió un gemido no menos urgente de él.

Sin poder controlarse, Seth se apoderó por completo del pecho y empezó a frotar suavemente el pezón con la yema del pulgar, a través del encaje. Ella dio un gritito, y apartó la boca de la suya, y él tuvo un momento de duda; pero, en lugar de apartarse de él, como Seth había temido, lo que hizo fue hundir la cara en su cuello, y recorrerle luego la garganta con la punta de la lengua.

Maravilloso. Seth sentía la sangre afluir a su cabeza ante aquella delicada caricia, y tuvo que cerrar los ojos un momento, porque las rodillas se le doblaban. La palma de su mano, entre tanto, formaba círculos sobre la esfera cuya posesión se resistía a abandonar. Al cabo de unos momentos, volvió a desplegar los dedos sobre el seno e hizo un delicioso descubrimiento: el sujetador que Prudence llevaba era todavía de los que se abren por delante. Sin vacilar, y sin pensar, Seth lo abrió al instante, apartó el tejido, y se llenó la mano con la carne desnuda.

Y, al establecer ese contacto, notó cómo se apartaba de su espalda una de las manos de ella. Pero, antes de que pudiera pensar en una protesta, antes incluso de registrar el abandono, sintió la presencia de esa mano en otra parte, mucho más comprometida, de su anatomía.

Con la punta de los dedos, Prudence empezó por presionar a lo largo de los músculos del muslo de Seth, y, después, a trazar círculos, exquisitamente eróticos, cada vez más amplios. Mientras él acariciaba el pecho que había desnudado, esos círculos iban ampliándose, muy lentamente, abarcando desde la curva del glúteo hasta la botonadura de sus vaqueros.

—Sí —murmuró Seth, sin saber por qué había hablado en ese momento, o a qué pregunta estaba respondiendo, pero a Prudence sí que le debía de hacer falta esa única sílaba, puesto que, con una mínima vacilación, sus dedos interrumpieron el movimiento anterior y se deslizaron bajo la cinturilla del pantalón de Seth. Con la misma, o mayor lentitud que antes, alcanzaron el primer botón y, mientras él contenía el aliento, lo desabrocharon. El aire entró en tromba en los

pulmones de Seth, que volvió a dejar de respirar mientras los dedos de Prudence pasaban al siguiente botón. Y luego al siguiente, y a los dos últimos. Pero ella se detuvo después, aunque la carne de él se alzase a su encuentro.

Bien, de acuerdo. Que ella se moviese a su propio ritmo. Pero el ritmo de él era bastante más rápido, se dijo, mientras le levantaba el jersey rojo por encima de los pechos. Seth nunca había deseado nada tanto como tener a Prudence Holloway en su boca, y, a partir del momento en el que se inclinó para cobrar su galardón, las cosas se volvieron terriblemente intensas y aceleradas, al adentrarse la mano de ella bajo el vaquero, y luego bajo su ropa interior, y, mientras él succionaba, los dedos de ella se cerraban en torno a la cabeza de su virilidad. El doble placer sacudió a Seth hasta las raíces de su ser. Nunca había sentido tal hambre de una mujer. Nunca la había necesitado como la necesitaba a ella.

Y, en lugar de actuar conforme a esa necesidad, al darse cuenta de su profundidad, lo que hizo fue apartarse con toda el alma, y todo el cuerpo. Y, al hacerlo, oyó el quejido, tan animal, tan humano, de Prudence, y apenas pudo contenerse para no repetirlo.

A Prudence le llevó bastante tiempo comprender qué había sucedido, recordar dónde estaba, quién era, qué era. Y, aún con todos esos datos reunidos, le costó un poco más conectarlos con el espantoso frío que reinaba en ella.

Cuando, al fin, llegó la comprensión, vino acompañada de incredulidad. Cómo podía haber obrado así. Cómo podían ambos haberse comportado así. Cómo había respondido su cuerpo a Seth. Dónde podían haber acabado los dos, si Seth no se hubiera apartado.

Y recordar que era él, no ella, quien había puesto fin a aquello, era lo más doloroso de todo. En unos pocos minutos, habrían terminado en su habitación.

Habrían... Prudence apretó los ojos, como si así pudiera interrumpir el flujo de pensamientos altamente gráficos que la asaltaba, pero no consiguió sino saltar directamente a una imagen de ambos desnudos, de ambos sudorosos, de sus caderas rebotando una y otra vez contra la pelvis de Seth.

Avergonzada, abrió los ojos, pero la imagen exterior era mucho más desoladora. Seth Mahoney, dándole la espalda, con los brazos caídos, tratando, sin demasiado éxito, de recuperar un ritmo normal de respiración, con la cabeza inclinada, avergonzado, sin duda.

—¿Seth? —le preguntó, bajito, sintiendo simpatía por las sensaciones que probablemente también él compartía en ese momento. Confusión. Sorpresa.

Desaliento.

Pero él no contestó. Se quedó rígido, contuvo la respiración largamente, tanto, que ella se asustó, y, al fin, soltó el aire, de forma controlada entonces, y volvió a respirar pausadamente. Prudence se le acercó y le tocó muy ligeramente en el hombro, pero él se dio la vuelta, apartándose al mismo tiempo, como si ni siquiera ese leve contacto le fuera soportable. Así que ella dejó caer el brazo y lo miró atentamente, tratando de encontrar alguna vía de comunicación, para rescatar algún fragmento de la tenue amistad que habían iniciado.

Su mirada era fría, aunque de él seguía emanando un calor que no parecía fuera a apagarse pronto. Sin dejar de sostener la mirada de ella, Seth acometió la prosaica tarea de volver a abrocharse los vaqueros, tarea nada fácil, a la vista del estado en el que continuaba. Al notarlo, llegó el turno de Pru de darse la vuelta, roja de vergüenza. No podía creer que ella era la causa de esa reacción, y menos que hacía unos segundos había sostenido esa parte de él en su mano. Y

que soñaba con prolongar y ampliar esa intimidad, hasta extremos totalmente inconfesables.

Y entonces recordó cómo la había hecho sentir, « con las manos temblorosas, volvió a colocarse la ropa. Ojalá pudiera echarle la culpa al vino, pero estaba completamente despejada, o a la soledad de tantos meses, pero con ningún otro hombre había sentido en todo ese tiempo la menor inclinación por romper esa soledad.

Ojalá, al menos, su famosa irresponsabilidad sirviera para atribuirle eso. Pero ni siquiera a esa presunta característica suya podía achacárselo. Porque, en el fondo de su ser, Prudence sabía que no había respondido a Seth de ese modo porque fuera una irresponsable. No quería darle nombre a lo que la había empujado, pero sabía que era algo muy diferente. No, no podía estar enamorada de él. No era un hombre para enamorarse de él. Hasta una irresponsable sabría que Seth Mahoney, que tan contento y orgulloso estaba de su soltería, que le permitía salir con todas las mujeres que lo aceptaran, no era hombre para enamorarse de él.

—¿Prudence?

—¿Qué quieres? —le contestó, sin aspereza, porque para su corazón era un bálsamo la forma que él tenía de pronunciar su nombre, aunque acabara de tratar de engañarse sobre lo que sentía. Pero no se dio la vuelta.

Pero tampoco pudo soltarse, cuando él se acercó y le puso la mano en el hombro. No puedo desprenderse de un tirón, como él había hecho. Ella solo podía desear con toda su alma que las cosas no fueran como eran, y rogar para que el cielo le devolviera pronto la cordura.

—Yo… me parece que te debo una disculpa —dijo Seth.

Pru alzó el hombro, pero, en lugar de soltarla, como ella esperaba, lo que hizo Seth fue apretarle más el hombro.

—Ha sido culpa mía, tanto como tuya —le dijo.

—No, no lo creas.

Esta vez, Pru hizo el amago de volver la cabeza.

—¿Cómo estás tan seguro? Él rio sin ganas.

—Pues porque el que traía un plan concreto y de tallado para esta noche era yo —le explicó—, y, créeme, en él no figuraba lo sucedido para nada.

—No, ya me imagino que, a estas alturas, tenías planeado encontrarte en mi cama, disfrutando de tu éxito.

La risa de él, esa vez, parecía sincera.

—No tendría por qué ser en la cama. Hay muchos otros muebles interesantes. Tu mesa de comedor, por ejemplo…

Ella movió la cabeza. Ojalá le divirtiera comprobar lo vastos que eran los recursos de él en materia de hacer el amor. Pero, por desgracia, la constatación solo servía para amargarla un poco más.

—Sí, seguro que tú sacarías mucho partido a todo —comentó, quedamente.

—Pero, por desgracia, quizá —siguió él—, te aseguro que nada de eso figuraba en mi plan. De verdad, no había pensado en que…

—¿En qué?

Seth dio un profundo suspiro.

—En que llegásemos tan lejos como hemos llegado —contestó al fin, muy bajito, y Pru estuvo segura de que le decía la verdad—. Por ahora —especificó él.

Ella se decidió a volverse y reunió el valor necesario para mirarlo a la cara.

La expresión de Seth era en aquel momento grave.

—¿Por ahora? —repitió.

La mano que él tenía posada en su hombro se alzó hacia su pelo, y Seth se puso a jugar con uno de sus rizos, enroscándolo en torno a su dedo índice. Pru le dejó hacer, porque, en ese momento, sentía una gran necesidad de contacto, suave y no turbulento, como el de hacía unos minutos.

—No —contestó él, pero sin dejar de mirar el tirabuzón con el que jugaba—.

Según mi plan, no nos tocaba desnudarnos, y ni siquiera quitarnos nada de ropa, hasta la tercera cita, como mínimo.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Entonces, algo ha fallado.

—Evidentemente —al fin, bajó la mirada para afrontar la de Prudence—. Me he pasado de listo —sus radiantes ojos azules, tan claros, tan indescifrables, la tenían hipnotizada—. Y, por otra parte, tú estás resultando absolutamente imprevisible. Hasta para ti misma, ¿a que sí, Prudence?

A ella le habría gustado poder apartar la mirada, pero le era imposible.

—¿Y eso qué quiere decir? No te entiendo.

—Tampoco yo lo entiendo.

—Seth...

Sin dejarla formular su objeción, él retrocedió hasta la mesita donde habían quedado abandonadas sus copas. Las tomó y tendió una mano a Prudence, que, titubeante, dio un paso hacia él y aceptó su copa. La verdad era que el vino le sirvió para ahuyentar las sombras de lo que acababa de suceder entre ambos.

—¿Podemos volver a empezar? —preguntó él, de repente—. Olvidamos el último cuarto de hora, y volvemos al asunto de conocernos mejor.

—No sé. Ya has visto lo que ha pasado, al tratar de conocernos mejor.

—Bueno, pero, esta vez, tendremos más idea de cuándo entramos en terreno peligroso, ¿no?

—No sé qué decirte.

—Yo creo que me acordaré —dijo él, sonriendo—de una o dos cositas. Creo que me va a costar mucho conciliar el sueño, mientras me acuerde de ellas.

—De acuerdo —se apresuró a decir Prudence—. Volvamos a empezar. Pero contigo sentado ahí —y señaló el sofá—. Yo me sentaré aquí —e indicó la butaca.

—¿Así que sigues sin fiarte de mí?

Ella le devolvió la sonrisa, aunque, sin duda, la suya no sería tan insoportablemente seductora como la de Seth, y se abstuvo de decirle que de quien no se fiaba era de ella.

—Bien —dijo Seth, sentándose—, pues empecemos con las estadísticas.

Lugar de nacimiento, dónde fuiste a la universidad, qué es de tu familia, número de hermanos... ah, y el cumpleaños, qué color prefieres, ese tipo de cosas.

—Cuántas cosas para una sola velada.

Él esperó hasta que ella estuvo acomodada en la butaca y volvió a prestarle toda su atención, y entonces dijo:

—No, si recuerdas cuál es la alternativa. Ah, ya.

—Muy bien, entonces —contestó Prudence—. Ponte cómodo, que a lo mejor nos pasamos aquí un buen rato.

Capítulo Ocho

Hasta la semana siguiente, no recapacitó Pru sobre el intercambio de información de esa noche lo suficiente como para darse cuenta de que, en tanto que ella le había contado la historia de su vida, de la de Seth no se había enterado de nada sustancioso.

Sí, por supuesto, él le había dado unos cuantos datos básicos y detalles superficiales: que había nacido en New Hampshire, era hijo único, y huérfano desde hacía ya tiempo. Que siempre había tenido buenas notas, y, por consiguiente, becas para estudiar. Que cumplía años el trece de agosto, su color preferido era el azul y los libros que más le gustaban las novelas históricas de Bernard Cornwell.

Pero de sus amigos de la infancia, de sus sueños y esperanzas para el futuro, de las cosas que para él tenían importancia en la vida, ella no sabía nada. Él había esquivado ágilmente todas esas cuestiones, diciendo que no eran relevantes para la invención que pretendían reforzar con aquella puesta en común. Le mostró fotografías que había tomado el verano pasado, en una fiesta, de la casa de unos amigos suyos en Cherry Hill, y que les servirían para enseñárselas a quienes se interesaran por la famosa mansión. En cuanto a la relación entre ellos, se atendrían todo lo posible a la verdad: se habían conocido cuando Seth llegó a Seton General a trabajar, y la chispa saltó de inmediato entre ellos. Y, a los seis meses de conocerse, por impulso, se marcharon a Atlantic City y se casaron. Y, ya de paso, encargaron a Tanner en la propia luna de miel.

Para ir a Pittsburgh alquilarían un coche mayor que el de Seth, y más lujoso que el —de ella, en suma, adecuado para la familia con posibles que pretendían representar. Seth aportó el magnífico juego de maletas que poseía, y Pru, rebuscando en los armarios algo adecuado para meter en esas maletas, se dijo más de una vez que, de haberse dado plena cuenta de lo que comportaba la farsa, no se habría embarcado en ella.

«Aún estás a tiempo», decía una vocecita interna. «No hace falta que llegues hasta el final.»

Pero, ¿y qué? Si no iba a Pittsburgh, Hazel era muy capaz de presentarse en su casa, y averiguar cómo vivía realmente. ¿Y entonces qué? La humillaría públicamente, contándoles a todos los antiguos alumnos cuál era su estilo de vida y cómo había tratado de engañarla a ella, y a los demás a través de ella.

No, gracias.

Así que habían dedicado los sucesivos encuentros, que a ella le costaba mucho llamar «citas», a completar los detalles de la historia, y ensayar hasta que pudieran contarla sin errores. Siempre se veían en

casa de Pru. Seth pasaba todo el tiempo posible con Tanner. El vínculo entre los dos era el único éxito indiscutible.

En cambio, la presunta unión matrimonial entre Seth y Pru iba de pena. Sí, los dos se sabían la historia de carrerilla. Por ahí no los cazarían. No, lo que a Pru le daba miedo era ella, su cuerpo. Su cuerpo, que no podía quedarse tranquilo cada vez que Seth andaba cerca.

Volvían a reunirse esa noche, pero ella sentía que no avanzaban. Mientras preparaba las cosas, fijó la vista en el magnífico juego de maletas dé cuero, que tan incongruentes se veían en su cuarto ¿e estar, y suspiró. Eso no iba a funcionar. No porque ella no pudiera fingir que tenía una vida tan compleja y lujosa como le habían diseñado entre Hazel y Seth, sino, sencillamente, porque no conseguía estar cómoda con su supuesto marido cerca. Qué menos se podía esperar de dos personas casadas, sino que se sintieran cómodas la una con la otra. Y ella, en cambio, daba un bote cada vez que detectaba la presencia de Seth.

Bueno, hasta cierto punto, la reacción era la adecuada. A una mujer debería atraerla sexual—mente su marido. Pero es que ese era el problema, que Seth no era su marido.

—Esto es una chifladura —dijo, en voz alta, y Tanner, que era el único otro ser humano presente, levantó la cabecita al oírla, e hizo unas pompitas. Bueno, no era un comentario inadecuado. Pru sonrió —. Al menos —dijo al niño—, tu papá y tú os lleváis estupendamente.

Eso era la pura verdad, hasta el punto de que a veces se sentía celosa.

Evidentemente, Seth le aportaba algo a Tanner que, hasta, el momento, el niño no había tenido en su vida. Pero no se sentía celosa de Tanner: sabía que su hijo no podía querer a nadie más que la quería a ella. Lo que le producía despecho era contemplar el alegre salvajismo con el que Seth se entregaba al niño: cuando estaba con él, estaba con él, al cien por cien. En cambio, en cuanto su mirada se posaba en ella, casi podía oírse cómo se deslizaban las barreras a su posición. Al fin sonó el timbre y Pru recogió a Tanner y fue a abrir la puerta. En cuanto el niño vio a Seth, empezó a patalear y agitar los brazos, a reírse y gorjear, alborozado. Aunque ya se había acostumbrado a ver a Seth vestido informalmente, no por eso dejaba de causarle efecto. Esa noche llevaba de nuevo vaqueros y una camisa azul, que centuplicaban el poder de sus ojos.

Nerviosa, se pasó la mano por sus propios vaqueros y por la camisa de color claro que llevaba. Esperaba no haberse echado ninguna mancha cocinando.

—Hurra, llega papá —y, como hacían siempre que él llegaba, le tendió al bebé.

Y, como siempre, él lo levantó al máximo por encima de su cabeza, lo cual le arrancaba a Tanner una cascada de grititos de júbilo, acompañada de un pataleo frenético y una parrafada vivaz e ininteligible. Luego, Seth lo bajó, lo estrechó contra sí, y, apoyando los labios con fuerza contra" el cuello del niño, hizo una sonora pedorreta, que hizo partirse de risa a Tanner.

—Pero cómo me gusta este enano —exclamó Seth, sosteniéndolo en el aire, con las manos bajo las axilas del niño, para mirarlo bien—. Qué bien te está saliendo, Prudence.

Ella sonrió. Quizá no fuera la sonrisa más radiante del mundo, pero era una sonrisa.

—Buenas noches, a ti también —le dijo. Y él sonrió, con aire de culpabilidad.

—Perdona —se inclinó hacia ella y le dio un beso en la cara—. Hola, ¿qué tal día has tenido?

—Lo normal. Gracias por preguntar.

Pero Seth ya estaba en el cuarto de estar con Tanner. Se sentó en el sofá, con el niño a horcajadas en sus rodillas, y empezó a imitar el trote de un caballo.

—Aserrín, aserrán,...

Tanner estaba entusiasmado. Prudence dio un suspiro, y esperó un rato.

Cuando los caballitos de San Juan se cansaron un poco, Seth preguntó:

—¿Qué nos toca esta noche?

—No sé. Creo que ya hemos repasado todas las mentiras que forman nuestra vida.

—Huy, huy. ¿Qué te pasa?

Pru trató de encogerse de hombros, sin conseguirlo, así que lo que hizo fue dar otro suspiro, bien hondo esta vez.

—No me pasa nada, creo.

—¿Sigues preocupada porque nos descubran?

—Algo así.

—Saldrá bien, Prudence; solo son tres días.

—Ya, ya lo sé.

—Y aún tenemos dos semanas más de ensayos.

—Ya.

—Entonces, ¿por qué te preocupas?

Ella no sabía qué decirle, y, como Tanner emitió un ruidito de impaciencia, Seth volvió a hacerlo cabalgar. Pero, aunque miraba al

niño, volvió a hablarle a Pru.

—A ver, repasemos juntos el calendario de la reunión. Si hay algún punto débil, lo encontraremos. Pru se sentó junto a ellos en el sofá.

—Llegaremos el viernes por la noche, y nos encontraremos de modo informal. Habrá unos aperitivos y unas latas. Nada de sentarse, se supone que todo el mundo estará en circulación, buscando a quienes quieran ver para saludarse, charlar, intercambiar teléfonos... ese tipo de cosas.

Él asintió.

—...piden queso, piden pan —siguió canturreando, y luego, a ella —. Pues no me parece que ahí puedan surgir problemas.

Pru estuvo de acuerdo. Charla superficial: ahí encajaba plenamente la superficialidad que era su vida.

—El sábado por la mañana, nos dividiremos por grupos: los de Ciencias, los de Letras, los que eligieron tal o cual idioma extranjero. Seremos únicamente los antiguos alumnos. Las familias, no. Yo quiero ver a alguna gente de español y del grupo de teatro.

—Estupendo —dijo él, mientras mantenía el trotecillo para el jinete—.

Tanner y yo nos iremos al parque mientras tú estás ahí. ¿A que sí, enano?

Eso no la dejaba completamente tranquila. Seth se llevaba bien con el niño, pero nunca había tenido que vérselas con la peor cara de Tanner.

—¿Estás seguro de que no te importa quedarte con él a solas?

—Pues claro que no.

—¿Y cambiarle los pañales?

—Vamos, Pru, tengo ya práctica. Y más que puedo adquirir en estas dos semanas.

—Pero nunca se los has cambiado... ya sabes. Seth palideció un poco, pero se recuperó enseguida.

—No me preocupa. No puede ser tan terrible. Pobrecillo, si él supiera.

—No se te ocurra darle kiwis —le avisó, y, como él la miraba de reojo, con extrañeza, insistió—. Hazme caso.

—Vale, vale.

—El sábado por la tarde, el picnic —prosiguió ella—. Ahí sí que están invitadas todas las familias. Se supone que es la oportunidad para conocer a los niños de todo el mundo. Así que habrá juegos y concursos para hijos y padres: carreras de tres piernas, y cosas así. Ah, y cada uno se ocupa de su merienda.

—Pues Tanner y yo buscaremos una mantequería el sábado por la

mañana, y compraremos la merienda de los tres.

—Gracias.

—¿Y el sábado por la noche? —preguntó, mirándola esta vez a ella, en lugar de a Tanner.

—Fiesta por todo lo alto. Ya sabes: cena de gala, baile con orquesta, en fin.

Seth estuvo unos momentos en silencio, como si reflexionara. Luego, asintió para sí mismo.

—Baile —dijo, al fin, despacio.

—Baile —confirmó ella, empezando a notar una sensación rara en la boca del estómago.

—Ujú —dijo él, como con dudas.

—¿Qué?

—No, nada.

—¿Cómo que «nada»? —preguntó Pru—. Acabas de decir «ujú»: eso querrá decir algo.

—No, nada. Es solo que... ya sabes: bailar.

—¿Y qué pasa con... ya sabes, bailar?

—Únicamente —dijo él, encogiéndose de hombros— que tú y yo nunca hemos... ya sabes... bailado.

—No me estarás diciendo que no sabes bailar. Él se quedó un momento boquiabierto, mudo por la afrenta.

—¡Naturalmente que sé bailar! —exclamó luego—¿Pero qué clase de doctor Irresistible sería yo, sin saber bailar? —Pru tomó aquello como una pregunta retórica, y él siguió—. Lo único que sucede es que tú y 310 no hemos bailado nunca.

—¿Y qué?

—¿Y qué, Prudence? Que, en cuanto notas que me acerco, te sobresaltas.

—¡Por supuesto que no!

—Y no veo —siguió él, haciendo caso omiso de la protesta— cómo vamos a bailar de forma convincente, si tú te escabulles por el salón, mientras yo trato de bailar contigo.

—Yo no me escabullo...

—¿Y cómo lo sabes, si hace semanas que no te pongo un dedo encima?

Entonces fue Pru la que se quedó boquiabierta.

—No creo que sea ningún problema —dijo al fin—. Ya se verá cuando llegue el momento.

—Yo creo que deberíamos practicar —dijo él, y aclaró, por si acaso —. El baile, no el ponerte dedos ni manos encima. Aunque, si quisieras, yo estaría encantado de...

—¡Seth!

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no te gusta? ¿El baile? ¿Los dedos? ¿Las manos?

—Ninguno de los tres.

—¿Lo ves? Sigues asustada.

—No estoy asustada.

—Sí que lo estás. Asustada de mí.

—No lo estoy.

—Sí lo estás.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

—Pues pruébalo.

Eso le tapó la boca. ¿Probarlo? ¿Probárselo a Seth Mahoney? No, mejor no.

—No tengo por qué probarlo. Él volvió a hacer cabalgar a Tanner, pero siguió mirándola.

—De acuerdo —dijo—. Ya se verá cuando llegue el momento. Ojalá lo recuerdes, y no te sobresaltes en cuanto te ponga un dedo encima.

—Yo no me sobresalto...

Sin ninguna señal de aviso, y con extraordinaria elegancia y suavidad, Seth levantó una mano y rozó con las yemas de los dedos, brevemente, la mejilla de Pru. Un roce suave, inocente, que no podía intimidar a nadie, y, sin embargo, Prudence dio un bote, apartándose. Todos los movimientos debieron de transcurrir en poco más de un segundo, pese a lo cual, el corazón se le puso a cien, y sintió una oleada de calor que la recorría de pies a cabeza.

Y el maldito Seth había dejado demostrado lo que decía.

—No te sobresaltas —dijo, pero no lo dijo triunfalmente, sino con melancolía

—. Ya.

Con el latido y la respiración acelerados, Prudence hizo un esfuerzo para no levantarse inmediatamente del sofá e ir a esconderse detrás de algún mueble.

—No pasará nada —dijo—. Ahora es que me has pillado por sorpresa.

—Mira, Prudence —contestó él, con un sorprendente deje de tristeza en la voz—, esto hay que arreglarlo. En cuanto acostemos a Tanner, nos pondremos manos a la obra.

Por rápido que latiera antes el corazón de Pru, no era nada comparado con el ritmo que adquirió entonces.

—¿Qué… qué quie… quieres decir?

La mirada de él pasó un momento de los ojos a la boca de Pru, y, al volver a mirarla a los ojos, en los de él se había encendido una llama oscura y voraz.

Empezó a notar que le faltaba el aire, quizás porque esa luz a ella le parecía un reflejo de la que debía de arder en su propia mirada.

—Quiero decir —empezó él, lentamente— que esto... lo que está en marcha entre nosotros dos... —hizo una pausa, como si estuviera considerando cómo seguir, pero no porque vacilara en seguir, porque ni sus ojos se apartaron en ningún momento de los de ella, ni el fuego que en ellos ardía declinó lo más mínimo—. Bueno, ya ha durado bastante —concluyó—, y algo hay que hacer para ponerle remedio.

—¿Y qué... qué es exactamente —consiguió preguntar ella— lo que está en marcha entre los dos? Seth desplegó una sonrisa maliciosa.

—Oh, me parece que estás perfectamente enterada.

Ella denegó con la cabeza, sin convicción.

—Te hablo en serio, Prudence —dijo él, en un tono de voz más bajo y más grave—. No tiene sentido discutir por lo que hay entre tú y yo. Lo que hay que hacer es enderezar la situación. De hoy no pasa.

—Pero...

—Esta noche, Prudence.

—Pero...

—Esta misma noche.

«Bueno, si insistes», pasó por su mente por un instante, pero se sentía atropellada por la velocidad a las que la mente de él parecía moverse.

Él, en cambio, parecía dueño de la situación, y habló con total tranquilidad.

—Esta misma noche, en cuanto Tanner esté en la cama, y nos quedemos a solas, por fin, nos vamos a ocupar de ti y de mí. De esta noche no pasa, Prudence —le aseguró—. Esta noche... por fin, vamos a bailar.

Capítulo Nueve

«¿Bailar"?», se repitió Pru, sin entenderlo al principio.

¿Seth estaba hablándole de bailar? ¿No de... la otra cosa? Pero, ¿cómo se entendía aquello?

En cuanto se hizo cargo de lo exagerado de sus propias expectativas, se dio un cachete mental en la cabeza, y se lo dio fuerte. Pero, ¿en qué estaba ella pensando? ¿Que se iban a ir los dos tranquilamente a la cama, para solucionar la tensión física que se producía entre ellos? ¿Que, como forma de garantizar que el fin de semana de Pittsburgh estuvieran cómodos, esta noche la iban a pasar en mutuo reconocimiento... sin ropa?; Pues sí, eso era, más o menos, lo que ella había creído. Y por eso, claro, se sentía ridícula. No solo por haber interpretado mal las palabras de Seth, sino, ante todo, porque había estado plenamente dispuesta a colaborar.

«Serás mema.» «Pedazo de... irresponsable.»

—Er... muy bien —le contestó—. Probemos.

Una cosa había que reconocer, y era que, cinco minutos antes, se habría puesto muy nerviosa, solo de pensar que Seth y ella iban a estar tan próximos; en aquel momento, en cambio, sentía alivio. Bailar era un paliativo relativamente inocente para la ansiedad que experimentaba ante la cercanía física. Tal vez él tuviera razón. Quizá con eso bastaría para empezar a sentir cierta comodidad al estar junto a él. A lo mejor, con bailar unas cuantas canciones con él, dejaba de sobresaltarse. Quién sabe si no se solucionaría así la desazón que la dominaba. Eso. Quién sabe. A lo mejor. Quizá. Tal vez.

—Voy a bañar a Tanner —dijo, ahuyentando esos pensamientos—. De todos modos, es casi su hora de acostarse. Y después podemos... bailar, si es eso lo que quieres.

—Ay, Prudence —contestó él, con una voz que era como una caricia—, eso es lo que quiero, con toda el alma.

A la hora de la verdad, fue Seth el que bañó a Tanner, Seth el que le puso después un pañal limpio, Seth el que luchó a brazo partido con el inquieto crío para enfundarlo en su mono de algodón, y el que le dio luego el biberón, le leyó un cuento y entonó «Cuá, cuá, cantaba la rana» mientras lo mecía para adormecerlo y, finalmente, depositarlo con cuidado en la cuna.

Tenía un increíble talento natural para todas esas cosas, se dijo Pru, viéndolo dejar entornada la puerta del dormitorio de Tanner. La mayoría de los hombres no mostraban ni la mitad de aptitud" con sus propios hijos. Lo cual volvía aún más sorprendente el que Seth no hubiera llegado a casarse, ni se hubiera planteado el tenerlos. Lo lógico sería que un hombre así sintiera inclinación por formar una

familia. Pero él parecía empeñado en vivir de forma completamente opuesta a la que parecía llevarle su inclinación natural. A Pru le habría gustado poder preguntarle por todo ello, pero sabía que, al igual que el resto de las preguntas personales, él se la quitaría de encima encogiéndose de hombros con una broma.

—¿Hay algún disco de Robert Cray entre todos esos? —preguntó Seth en cuanto llegaron al cuarto

¿el estaba, señalando los CDs de Prudence—. Me apetece oír blues.

—Pues no. No hay ninguno de Robert Cray.

—¿B King?

—No, tampoco.

—Bueno, pues John Lee Hooker.

—Lo siento, tampoco tengo ninguno —se disculpó ella.

Y él la miró entristecido y desilusionado.

—Pero bueno. ¿Con quién cantas tú cuando tienes penas de amor?

—Oh —sonrió ella—. Entonces estoy demasiado bebida para enterarme.

—¿Qué? ¿Cuándo sucedió eso?

—Pues... verás... —Pru parecía hacer memoria— la última vez fue... con Bobby Norris.

—¿Bobby Norris?

—Ah, sí. Cómo lo quería —dijo ella, melancólicamente, dejando a Seth boquiabierto de asombro.

—¿Cómo? ¿Que lo querías? ¿De verdad?

—Por supuesto —contestó ella, con expresión soñadora—. Con toda mi alma y todo mi corazón.

—No es posible.

—Era muy posible —le aseguró Pru—. Bobby era —?... guapo, bueno y simpático. Un chico maravillosamente bien educado, y que, por si algo le faltaba, quería ser abogado de mayor.

—¿De mayor? Esto... Prudence, ¿de hace cuánto estamos hablando?

—De segundo de primaria —le contestó ella, con un suspiro—. Entonces fue cuando acabé con las existencias de enjuague bucal de mi familia. Bebí para olvidar —le explicó, pero, cuando miró a Seth, él había dejado de mirarla, y, sin comentar nada sobre tan enternecedora historia, estaba revisando los CDs.

—Algo tiene que haber aquí —murmuraba— que sirva para bailar. Para bailar —subrayó—, no para dar saltos, como todo este «heavy metal». ¡Ah, claro! —recordó al fin— El disco de Gershwin. Lo pondremos de nuevo.

—Me lo regaló mi madre.

—Menos mal que hay alguien en tu familia con gusto musical —y eligió, del disco, Our Lave is Here to Stay, que era la canción preferida de Pru. Muy bonita, muy romántica, muy, pero que muy lenta.

Es decir, muy peligrosa. Para que no le cupieran dudas, en cuanto las primeras notas del piano brotaron de los altavoces, Seth se volvió hacia ella, abriendo los brazos.

—Baila conmigo.

No serviría de nada tratar desnegarse, no porque Seth la fuera a persuadir, sino porque su propio corazón traidor se le adelantaría. Prudence se dirigió hacia él, pero, en mitad de la habitación, perdió el valor, y, al verla titubear, también él se desanimo, y dejó caer los brazos.

—Tranquila, Prudence —le dijo—. Solo vamos a bailar.

—Ya lo sé —le contestó, pero no estaba totalmente segura.

—Y entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué estás tan incómoda cuando estás junto a mí?

Cómo contestarle. Lo único que hacía llevadera su situación era que él no supiera que estaba medio enamorada de él, y que llevaba así bastante tiempo. Y

que, cada momento pasado en su compañía, no hacía más que acelerar el proceso. Ella misma había tardado meses en reconocerlo, por puro pavor, porque no se le ocurría nada más irresponsable que irse a enamorar de un hombre como él. Y ahora estaba despavorida, al pensar que cada paso que diera hacia él no tenía vuelta atrás.

—Es solo... —suspiró— que... llevo tanto tiempo sin salir con nadie —le explicó—. Desde que acabé con el padre de Tanner.

Él la miró fijamente, pero sin que fuera posible escrutar su expresión.

—¿Llevas año y medio sin salir con ningún hombre? —le preguntó.

—Sí, claro. ¿Por qué pones esa cara de sorpresa? Él se rió sin ganas.

—Porque estoy sorprendido.

—¿Y qué tiene de sorprendente? No te habrás imaginado que me voy con el primero que llega. Ser madre soltera no es lo mismo que ser promiscua.

—Ni yo he dicho que lo sea.

—A Kevin lo quería. Quizá no lo quería lo suficiente para fundar con él una familia, pero lo quería. Y, para tu información, solo ha habido con otro chico en mi vida antes de él. Años antes —agregó—. Y a ese chico también lo quería.

¿Me explico, Seth?

—Sí. Me estás diciendo que te enamoras de los hombres que te

atraen sexualmente.

—No, no es eso lo que te estoy diciendo. Lo que digo es que, para entregarme a un hombre, tengo primero que amarlo.

—Y, al parecer, te enamoras con relativa facilidad.

—Pues no, no es así. Y es justo eso lo que necesito que entiendas.

Seth seguía inmutable.

—Lo entiendo.

Ella bajó entonces la vista.

—Tener un hijo cambia muchas cosas, Seth. Al menos, para mí las ha cambiado. No quiero salir con cualquier chico. Que, además, no hay ninguno que me lo haya pedido, pero, aunque lo hubiera... —dejó esa cuestión, y siguió

—. Si ahora saliera con un hombre, lo estaría considerando además como un posible padre para Tanner. Tal vez no haya tenido un criterio demasiado exigente para mí, antes de que él naciera, pero te aseguro que ahora no me conformaría fácilmente.

—Te creo.

—No voy a salir con nadie solo porque sea simpático.

—Ya veo.

—No me voy a enredar con nadie solo porque lo encuentre atractivo —siguió ella.

—Es lógico.

—Y no me voy a complicar la vida con nadie solo porque me sienta sola.

Él vaciló un momento al oírla..

—¿Te sientes sola, Prudence? Ojalá no le hubiera dicho eso. Pero le contestó de todos modos.

—Sí. Pero no es razón suficiente para... para...

—¿Para qué?

—Para salir a bailar con el primero que me lo pida.

Él sonrió de nuevo enigmáticamente, y volvió a abrirle los brazos. Pru no pudo evitar el reírse.

—Vamos —dijo Seth, suavemente—. Sé que tienes muchas ganas. Estoy seguro, o casi. Bailemos una pieza. Solo bailar. Nada más, a no ser que quieras más.

Era realmente irresistible. Claro que, pensó Pru, en eso era en lo que se convertían las personas de las que uno se enamoraba. No pudo evitar el sonreírle, ni el dar un paso hacia él. Y luego otro. Y otro. Hasta que estuvo a menos de un metro de él, y él dio el último paso, y la rodeó con sus brazos. Sin dudarlo lo más mínimo, le puso las manos en las caderas, como si tuviera un largo hábito de hacerlo. Y se la acercó, aunque sin pasarse. Ella titubeó, puso después ambas palmas

abiertas sobre el pecho de Seth, y las deslizó luego hacia arriba, hasta apoyar los dedos en sus hombros. Al contacto de sus manos, él dio un suspiro, cerró los ojos, y se aproximó un poco más a ella.

La postura de ambos no tenía nada de atrevida. Había sus buenos cinco centímetros de espacio entre el pecho de ambos, y las caderas solo entraban en contacto de vez en cuando, fugazmente. Pero, a pesar de todo, Pru sentía arder cada fibra de su cuerpo. Era un crepitar lánguido por el momento, pero que, en cualquier instante, podía convertirse en un incendio de proporciones devastadoras. Más valía no pensar en ello.

Por desgracia, su cuerpo no le iba a dejar olvidarse de ello, porque, con cada movimiento de ella, su percepción del hombre con el que bailaba, ya de por sí obsesiva, se hacía más intensa. Y, con cada movimiento de él, la distancia entre ambos se iba reduciendo. Y, cuanto menor era, menor deseaba ella que fuese, y más difícil le resultaba pensar siquiera en resistirse. Siguieron bailando, canción tras canción, y, en algún momento, las manos de Seth pasaron a la cintura de Pru, Con lo que sus cuerpos quedaron, al fin, pegados. Él le empujó

«suavemente la coronilla con el mentón, para que le pusiera la cabeza de lado, y ella, sin poder contenerse, llevó la mano a la nuca de él, acariciándola, y siguió subiendo, deslizando los dedos suavemente; entre sus cabellos. Notó cómo abría él la palma sobre su cintura, y la estrechaba levemente contra él. Ella correspondió a la acción, y sus senos se comprimieron contra el pecho de él, donde se sentía latir su corazón tan deprisa como el de ella. Ninguno habló. Se limitaron a moverse en indolentes círculos por la habitación. Pero, en el interior de Pru, se estaba gestando una tormenta, con nubes que le nublarían el juicio, vientos huracanados que arrastrarían las defensas mentales que había erigido, relámpagos que alterarían para siempre lo que se había acostumbrado a considerar su realidad, sir que pudiera volver a su vida habitual sin haber dejado que cayera la lluvia que lo calmaría todo.

Como si notara el tumulto que se agitaba dentro de ella, Seth le puso los labios en la sien, en un gesto que habría resultado simplemente tierno en cualquier otra circunstancia. Pero la levedad de la caricia solo sirvió para inflamarla, haciéndole desear más. Tiró con más fuerza del cabello de Seth, y le pasó la mano que reposaba por su hombro por la espalda. Él, entonces, recorrió con la boca entreabierta su frente, haciendo revolotear sus rizos con su aliento húmedo y caliente.

Completamente alterada, Pru echó hacia atrás la cabeza para

mirarlo a los ojos, y se encontró con sus pupilas totalmente dilatadas. Tenía, además, la cara congestionada y seguía con los labios separados, como si le costara respirar. Y

su pecho subía y bajaba como un fuelle.

Solo entonces se dio cuenta de que había cesado la música, y de que sus cuerpos se habían detenido, aunque los corazones continuaban latiendo a un ritmo brioso. Después dejó de pensar, sencillamente, porque Seth bajaba la cabeza hacia ella y Pru se alzaba de puntillas a su encuentro. Cuando la boca de él cubrió la suya, Pru supo que lo que tanto tiempo había sospechado era cierto: estaba enamorada de Seth, y no tenía ni idea de lo que iba a hacer al respecto.

Se le ocurrió que era una suerte ser tan irresponsable, porque así tenía una excusa para no tener que pensar demasiado. No pensó más: se limitó a actuar como el instinto y la emoción conjuntamente le ordenaban hacerlo.

Seth volvió a enlazarla por la cintura, pero esta vez, en lugar de cruzar los dedos, tomó con ambas manos el tejido de su blusa y comenzó a tirar para sacarla de la cinturilla del pantalón vaquero de Pru, que no puso reparo alguno, pues se hallaba concentrada en desabrochar los botones de la camisa de Seth.

Los soltó uno tras otro, tan deprisa como pudo, y, una vez abierto, apartó la tela y metió ambas manos.

Sintió el pecho masculino cálido y vibrante bajo sus dedos, satinado bajo el fino vello rubio claro que cubría la robusta musculatura. Aquel torso era profundamente distinto del suyo: era todo firme lisura y rígidas protuberancias.

Pru lo exploró con avidez en todas direcciones, cubriendo en su investigación hasta el último centímetro.

Seth, por su parte, parecía tan impaciente como ella, pues le estaba quitando la ropa a la mayor velocidad posible. Al desabrocharle ella la camisa, él le bajó la cremallera de los pantalones, y, sin andarse con reparos, sumergió las manos bajo la cinturilla, y por debajo del frágil encaje de algodón, hasta tomar en sus manos la carne desnuda de las nalgas. Las estrujó suavemente, y Pru contuvo la respiración, alzándose hacia Seth cuando este aumentó la presión. Al hacerlo, puso en contacto la pelvis con la de él y pudo sentirlo duro y preparado contra su vientre.

Como si aquel contacto íntimo no bastase, Seth balanceó hacia delante las caderas, frotando su envergadura contra Pru. Esta emitió, con los ojos cerrados, un suave gemido de sorpresa, de placer, de deseo. Así que Seth repitió la operación, atrayéndola hacia él esta vez mientras él empujaba hacia delante, una y otra vez, escenificando así

a través de su ropa lo que deseaba hacer con ella desnuda.

Pru gimió suavemente, al tiempo que sus puños se cerraban contra el pecho de Seth, que dijo, con los ojos clavados en la boca de ella:

—Quiero hacerte el amor —la miró a los ojos, antes de añadir—: aquí y ahora, si me dejas.

Ella se dio cuenta de que Seth estaba lejos de tener tanta confianza en sí mismo como aparentaba ante los demás. Y saber aquello hizo que lo amara aún más. Asintió, incapaz de otra respuesta que no fuera su consentimiento:

—Sí —dijo suavemente—. Yo también lo quiero.

Seth no dijo nada más, y Pru se preguntó si le preocuparía tanto como a ella el hablar de más, que podía llevar a pensar de más, y, por consiguiente, a hacer de menos.

Estaba a punto de dirigirse al pasillo, en dirección al dormitorio, pero Seth tiró de su mano y la condujo hacia el sofá. Él se sentó y la dejó a ella en pie, enfrente de él. E, inmediatamente, empezó a desabrocharle la camisa.

—Pero...

—Ahora, Prudence —repitió él—. Aquí.

Pero no la miraba a ella. Estaba febrilmente concentrado en quitarle la ropa.

La intensidad de su mirada estuvo a punto de colapsar el corazón de Pru, quien, sin pensar en lo que sucedería después, acabó de quitarle a él la camisa, y le plantó las manos en los hombros, para no perder el equilibrio. Seth le bajó a ella los pantalones hasta los tobillos, y Prudence dio un pasito, para apartarlos luego de una patada, enviándolos al montón donde su blusa y la camisa de Seth yacían en el suelo.

Entonces se irguió ante él, vestida solamente con su ropa interior, aferrándose al duro acero de los hombros masculinos, como si le fuera la vida en ello. Pero, en lugar de sentirse vulnerable o inhibida, se sentía sorprendentemente fuerte. La forma en que él la miraba la hacía sentirse poderosa y casi omnipotente, como si con solo una palabra pudiera deshacer a aquel hombre.

Seth colocó ambas manos a cada lado de las caderas de ella, deslizando luego los pulgares a lo largo del vientre. Luego, sin previo aviso, sin haberlo planeado y sin preguntar, se inclinó hacia ella para saborearla.

Para saborearla completamente. Pasó la lengua a lo largo del vientre desnudo, introdujo la punta en el ombligo, antes de adoptar una nueva ruta, ascendente. Movió una mano para desabrocharle el sujetador y llenarse la palma con un seno, mientras la otra mano

tomaba una dirección mucho más meridional. Sin más preámbulos, Seth le separó las piernas, colocando tres dedos entre ellas para empezar a curvarlos y extenderlos en el interior de las bragas apretando las yemas contra su carne excitada.

Los pulmones de Pru se quedaron sin aire y las piernas amenazaron con dejar de sostenerla. Seth se anticipó, llevando ambas manos a las caderas para sostenerla; pero cuando ella se volvió a enderezar, él volvió a deslizar los dedos bajo sus bragas, y las llevó a los tobillos. Pru salió de ellas dócilmente, para volver a encontrarse en poder de Seth, que, con las manos sobre su trasero desnudo, la atrajo hacia sí para saborearla aún con mayor intimidad que antes,

—Oh —murmuró ella—. Oh, Seth. Se dijo vagamente que debía protestar, disuadirlo de lo que tan claramente intentaba hacer, mas el sentir el cálido aliento de Seth sobre su húmeda y hambrienta piel atajó la formación de cualquiera que fuese la objeción que iba a haber formulado. Y, al punto, ya se le había unido su lengua... su lengua... desplazándose en línea recta, en círculo...

con rapidez un minuto y lentamente al siguiente, con premura y languidez a un tiempo, curiosa y experta.

Nunca se había sentido tan próxima al abismo, tan necesitada de satisfacción.

No tenía ni idea de cuánto tiempo permaneció allí, en pie, permitiéndole hacer aquello; solo sabía que parecía prolongarse de manera indefinida. Y, justo cuando se convenció de que estaba a punto de convertirse en un charquito que se derramaría sobre él, notó que

Seth se apartaba.

Cuando reunió energía suficiente para abrir los ojos, vio que volvía a acercársele, solo que en esa ocasión él se encontraba desnudo y rígido: claramente dispuesto a hundirse en ella.

—Acostúmbrate a mí, Prudence —murmuró, con voz opaca—. Acostúmbrate a mi sabor y mi tacto. Y acostúmbrate a que yo te toque... del todo. Porque voy a recorrerte entera, cariño, y no me voy a despegar de ti.

«No, esta noche no», pensó ella, por lo menos.

Pero no tuvo ocasión de entristecerse, porque él hizo inmediato honor a su promesa. Nuevamente con las manos en las caderas de Pru, la atrajo hacia delante y Pru se arrodilló sobre los almohadones del sofá, a horcajadas sobre él.

Mientras el cuerpo de Pru descendía hacia él, Seth observaba la unión, entreabriendo la boca un instante en el momento en que entró en su lubricado canal. Ella lo fue absorbiendo centímetro a

centímetro; su cuerpo la dilataba y la llenaba, de una manera en que nunca antes lo había estado. Era tan… perfecto.

Sí, perfecto. Encajaban el uno en el otro con tanta facilidad como si nunca hubiesen estado separados.

Cuando la hubo llenado tanto como le era posible, Seth la miró a la cara. Él tenía el cabello húmedo y oscuro, y los ojos fieros y enloquecidos de deseo.

Llevó las manos a sus senos, cubriéndolos, moviéndolos, juntándolos. Después, sin dejar de mirarla al rostro, avanzó la cabeza para llenarse la boca de ella.

Seth sorbió con fuerza y a fondo y, aunque ella hubiera jurado que era imposible, lo sintió crecer aún más en su interior. Pru lo tomó de los cabellos, en una muda orden de no detenerse jamás.

Seth empujó la pelvis contra la de ella, que cerró los ojos ante la oleada de calor que la recorrió. Deseosa de sentir la plena extensión de su erección, se alzó sobre las rodillas, para volver luego a deslizarse sobre él. Entonces fue Seth quien cerró los ojos y gimió, y la oleada caliente de su aliento sobre el pezón mojado hizo que algo se endureciera todavía más en el interior de ella.

De nuevo Seth llevó las manos a su trasero, elevándola y dejándola bajar sobre él, una, otra y otra vez. La fricción de sus cuerpos desencadenaba un infierno de deseo entre ellos. Los pechos de Pru se apretaban contra el de Seth, y la casi imperceptible rudeza de su vello provocaba incendios en la ya enfebrecida piel de ella. Entonces, con un inesperado y fluido movimiento, Pru se recostó de espaldas bajo él, rodeándole la cintura con las piernas y apretándose con todo el cuerpo.

Pru no era capaz de concebir otro lugar en el que deseara estar: se retorcía salvaje contra él y, con la misma animalidad, Seth volvía a empujarla hacia abajo. Cuando ya creía que no podría contenerse más, el muelle en tensión que eran sus entrañas saltó, dando un dulce alivio a su cuerpo, al tiempo que el cálido líquido de la culminación de Seth la inundaba.

Ambos cuerpos se relajaron, y Seth los cambió de posición torpemente, hasta que los dos yacieron de costado, con la espalda de ella contra su pecho. Un millón de cosas se derramaban por la mente de Pru, sin que ella pudiera retenerlas lo suficiente como para saber lo que estaba sintiendo. Justo detrás de ella, el pecho de Seth subía y bajaba, tratando de recuperar un ritmo de respiración regular, pero él alargó posesivo, casi tierno, una mano hacia el seno de Pru. Ella puso, a su vez, una mano sobre la suya, pero no supo qué decir.

Seth, en cambio, habló con gran claridad:

—No me he puesto preservativo:—dijo, con suavidad—. Podrías quedarte embarazada.

Pero Pru se maravilló al darse cuenta de que Seth parecía casi feliz ante el descubrimiento. Supuso que, una vez acabado lo que habían estado compartiendo, no debía ser infrecuente que un hombre se sintiera contento y despreocupado ante lo que pudiera suceder más adelante.

—No —contestó ella—. Llevo tomando la píldora, para recuperar los niveles hormonales normales, desde que Tanner cumplió tres meses. Además, solo hace unos días que tuve el período. Hay muy pocas probabilidades de que me quede en estado.

De lo contrario, no se encontraría allí con él en semejante situación. Podía ser irresponsable, pero no iba a cometer dos veces el mismo error. Ni siquiera confiaba en los preservativos, que era el método que había usado con Kevin. Y, aunque la píldora no llegase a ser efectiva en un cien por cien de los casos, pensó que, aquella vez, al menos, las probabilidades estaban claramente a su favor. Esperaba oír un murmullo de alivio por parte de Seth, pero todo lo que dijo fue:

—Oh.

Y Pru se dijo que debía estar equivocada, porque habría jurado que lo decía con desilusión.

Capítulo Diez

«¿Y ahora, qué?»

Totalmente desnudo, y no solo en un sentido literal, junto a Prudence, esa era la cuestión a la que daba vueltas Seth.

E, inmediatamente, le seguían otras preguntas, más y más comprometidas.

¿Por qué demonios le había hecho el amor a Prudence? ¿No acababa de oír de sus propios labios que no estaba dispuesta a acostarse más que con un hombre con el que pudiera considerar el casarse, y que se convirtiera en padre de su hijo? ¿Que no volvería a hacer el amor más que con un hombre del que estuviera enamorada? Acababan de hacer el amor, luego prácticamente acababa de confirmarle que estaba enamorada de él. Y que estaba considerando la posibilidad de casarse con él. ¿O no?

¿Casarse?

¿Y él? ¿En qué estaba él pensando, al prescindir de toda protección? Siempre llevaba preservativos encima. ¿Por qué no los había utilizado? ¿Cómo podía ser tan irresponsable? Más y más preguntas, y ninguna respuesta. Seth necesitaba salir de allí, quedarse a solas, para poder reflexionar y llegar a entender aquella conducta tan atípica en él.

Bueno, no era exactamente una conducta atípica en él. No tenía nada de sorprendente que Seth Mahoney deseara hacerle el amor a una mujer hermosa.

Lo que lo tenía desconcertado era la respuesta emocional que acompañaba a esa conducta. £1 sexo había sido hasta entonces para él un maravilloso pasatiempo, una manera más divertida y simpática que el deporte de descargar adrenalina.

Pero con Prudence todo había sido igual de maravilloso, y, a la vez, bastante más complejo. Hacerle el amor iba acompañado de sentir amor. Y eso era algo que tenía que asimilar a solas.

—¿Prudence? ...— —¿Seth?

Los dos hablaron a la vez, y se callaron luego, simultáneamente, como si ninguno supiera cómo seguir. Pero la forma que tuvo ella de pronunciar su nombre, como si estuviera en éxtasis, le dio a Seth una idea bastante aproximada de lo que Prudence estaba a punto de decirle. Iba a invitarle a pasar la noche juntos. Mahoney tenía demasiadas horas de vuelo para que sus sensores no detectaran esa alarma.

Estaba a punto de volverse hacia él, sonriéndole dulcemente. Lo besaría tiernamente, y le propondría que ambos se retirasen al dormitorio. Y allí volverían a hacer el amor. Quizá dos veces, porque

Seth se sentía con fuerzas para ello, y, saciados al fin, se dormirían profundamente, y tendrían sueños eróticos. En el curso de la noche, Prudence tendría que levantarse una vez al menos para ocuparse de Tanner, y Seth participaría de un nuevo ritual familiar.

Y luego los dos se volverían a la cama, y dormirían fuertemente abrazados.

Estaba seguro de que esos eran los pensamientos de Prudence, así que le sorprendió no poco que ella le dijera, aún de espaldas a él:

—Más vale que te vayas a casa, ¿no? Era exactamente lo que él necesitaba oír.

Podía marcharse sin remordimiento alguno. «Verás, Prudence, me encantaría quedarme, pero, ya que me pides que me vaya, cumpliré tus deseos...», irse a casa y quedarse a solas para reflexionar.

Así que todavía lo sorprendió más su propia respuesta.

—¿Tan pronto? La noche es joven todavía.

—Tengo mucho que hacer este fin de semana —le dijo Prudence, sin andarse con rodeos—. Mañana tengo que madrugar. Y seguro que tú también tienes cosas que hacer. Me parece un buen momento para que te marches.

—No tengo nada que no pueda esperar —le contestó.

La conversación resultaba extraordinaria en la situación en que se hallaban.

Seguían tendidos de lado en el sofá, apretados el uno contra el otro, con las piernas enlazadas, la espalda de ella contra el pecho de él, la mano de Prudence sobre la mano de Seth, que sostenía uno de sus senos desnudos. Seth debería haber aprovechado aquel prosaico intercambio para acelerar la despedida, que no podía sino resultar un poco embarazosa, y, en lugar de ello, no hacía más que tratar de dilatarla.

Se incorporó a medias, apoyándose en un codo, e hizo que Prudence girara un poco, hasta quedar boca arriba, para poder verle la cara, y que ella se la viera a él. No tenía ni idea de cuál sería su propia expresión, porque no sabía muy bien qué era lo que sentía, pero la de ella era de confusión e inseguridad, y algo más, de lo que él no podía hacerse cargo en ese momento.

La pálida piel de Prudence parecía desprender más luz que la única lámpara que habían dejado encendida en el cuarto de estar. Sus ojos verdes relucían como esmeraldas claras, en contraste con las ondas oscuras de su pelo. Jamás podría cansarse de contemplarla así. Jamás.

—¿Qué sucede? —le preguntó— ¿Por qué quieres que me marche, cuando acabamos... con lo que acaba de suceder entre los dos?

Ella lo miró un momento a los ojos, y enseguida desvió la mirada a

un punto perdido, por encima del hombro de Seth.

—¿No es eso lo que te apetece? —preguntó, quedamente—. ¿Irte a casa?

Pues no. En ese momento, Seth se dio cuenta, con toda claridad, de que, a pesar de su confusión y perplejidad, no le apetecía irse. Lo que deseaba era quedarse con ella. Quedarse toda la noche, si ella también quería. Y volverle a hacer el amor, y pasar la noche con ella entre sus brazos. Y levantarse en mitad de la noche y darle a Tanner el biberón, si el niño lo aceptaba. Quería despertarse al lado de Prudence, y luego desayunar con ella, y con su hijo, y pasar el sábado con los dos, como una familia cualquiera.

Era increíble, pero era eso lo que le apetecía.

—Lo que me apetezca a mí —empezó, sin mencionar de momento sus extraordinarias pretensiones—no es lo único que cuenta. ¿Qué me dices de ti?

Siempre sin mirarlo a la cara, Prudence respondió:

—¿Qué quieres que te diga?

—Hace un rato... hablamos de...

—¿De qué?

—De cosas... Tú dijiste algunas cosas, de las que deberíamos hablar.

La mirada de ella se posó brevemente en su rostro, pero las palabras de Seth más parecían preocuparla que aliviarla.

—Hablaba por hablar, Seth. Es evidente que no tiene la menor importancia.

Seth se obligó a responderle, haciendo caso omiso del breve y agudo dolor que había sentido al oírla.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué tiene de evidente? Ella sacudió la cabeza, sin decir nada, y sin mirarlo.

—Prudence —volvió a empezar, pero no supo cómo seguir. No se atrevía a decirle lo que tenía en la cabeza: que deseaba quedarse esa noche con ella, y pasar el día siguiente con ella y con Tanner. Que debían hablar de lo que ella había dicho antes, sobre el amor y el compromiso, y la capacidad paternal. Pero solo consiguió decir—. ¿De verdad quieres que me marche?

Y ella asintió, pero seguía sin mirarlo y sin dirigirle la palabra.

—¿De verdad, Prudence?

Nuevo gesto con la cabeza, acompañado de una contracción de la garganta.

Nada de contacto visual.

—Mírame —le ordenó suavemente. Ella solo dudó un momento, antes de volver la cabeza para mirarlo directamente.

—Ahora, dime que quieres que me vaya. Brevísimo titubeo, y luego, muy bajito:

—Yo... quiero que... que te vayas.

En cambio, Seth contestó sin vacilaciones.

—No te creo.

Y ella cerró los ojos al oírlo. Solo entonces pudo él ver el brillo de sus pestañas. Buscando otra forma de comunicarse con ella, Seth cambió de postura. Apoyando la mayor parte de su peso en los codos, se situó encima de Prudence, su vientre contra el de ella, su torso contra sus pechos, ambas piernas entre las de ella. Le tomó la cara con las manos. No pretendía un acercamiento sexual. Solo buscaba aproximarse a ella, física, emocionalmente, en todas las formas posibles.

Le pasó la yema de los pulgares por las pestañas.

—Estás llorando. ¿Por qué lloras?

Ella movió lentamente la cabeza, y le aferró ambas muñecas, tratando de apartarle las manos de su rostro

—No, no lloro.

Él dejó que le retirase las manos de la cara, pero no se apartó. Hundió los dedos en su cabello, a la altura de las sienes y, al cabo de un momento, se inclinó suavemente para darle un besito en cada mejilla.

—Sí que lloras, Prudence —dijo—, y necesito que me digas por qué.

Ella sacudió de nuevo la cabeza, pero esta vez le respondió. ? —

Porque estoy harta de ser una irresponsable, por eso —y esa sorprendente declaración fue acompañada de un par de lagrimones, que él barrió de su cara.

— ¿Tú? ¿Irresponsable? ¡Qué me dices! —pero Seth no pudo evitar decir eso en tono de guasa —¿Lo ves? —Prudence no le veía la gracia, y Seth Él empezó a preguntarse si, verdaderamente, la tenía Tú piensas lo mismo.

Sí —No, de verdad que no —le dijo, en serio—. Por lo menos, en este caso, no.

—¿Pero cómo puedes decir eso? Si acabo... acabamos de... justo después de decirte que nunca...

—Pues precisamente por eso.

—No te entiendo. Él dio un suspiro.

—¿De verdad no me entiendes, Pru?

—No —contestó ella, moviendo lentamente la cabeza.

—Entonces, déjame que me quede a pasar la noche —le dijo él, impulsivamente—, y tal vez entre los dos nos lo expliquemos.

Ella se lo quedó mirando largo tiempo, sin decir nada, pero con tanta intensidad, que a Seth le parecía ver los pequeños engranajes de dentro de su cabeza ir moviéndose, mientras Prudence consideraba su propuesta. Y, al final, muy quedamente, respondió.

—No —sin más. Sin explicaciones, sin excusas, sin paliativos.

No era la palabra que a Seth más le gustara oír pero había llegado, evidentemente, el momento de dejar la persuasión y ejercer el respeto.

—De acuerdo —contestó, quitándose de encima de ella, para sentarse en el sofá.

Inmediatamente, recogió su ropa y empezó a vestirse. Con el rabillo del ojo, la vio a ella tomar un chal que había sobre el respaldo del sofá y echárselo por los hombros. Prudence apartó la mirada de él, mientras él se vestía.

Seth no sabía qué decir. Nunca le había pasado algo parecido. Nadie le había pedido nunca que se marchara, cuando él deseaba quedarse. Y lo malo era que nunca había tenido las ganas de quedarse que tenía en ese instante. Deseaba quedarse junto a Prudence, y no solo por esa noche, sino por mucho, muchísimo tiempo. Lo cual debía de querer decir que le convenía salir cuanto antes de esa casa, pero eso no cambiaba lo que sentía.

Ya en pie, se metió a toda prisa la camisa dentro de los vaqueros y se subió la cremallera. Se calzó los zapatos sin molestarse en sentarse, ni en ponerse los calcetines, que se guardó en el bolsillo trasero del pantalón, y se volvió hacia ella. Prudence estaba sentada en el mismo borde del sofá, como si se dispusiera a saltar y salir corriendo, si él se le acercaba.

—Ya hablaremos de esto, Prudence. No te imagines ni por un momento que no vamos a hablar de lo sucedido. Después de todo —dijo, tratando de quitarle dramatismo a la situación—, sigo siendo tu marido, por lo menos quince días más.

Pero ella no encajó bien su sentido del humor. Se ajustó más el chal que la cubría, mientras denegaba con la cabeza, y luego la levantó para mirarlo.

—No, no lo eres. Nos han dado la anulación, desde este mismo momento. No vamos a ir a la reunión. Yo no pienso ir. Nunca he querido ir, y fue una estupidez el cambiar de idea.

—Muy bien —contestó él—. No se va a la reunión. Pero a nosotros nos sigue haciendo falta hablar.

—Sí —dijo ella, con un suspiro—, supongo que va a ser inevitable. A fin de cuentas, seguiremos viéndonos a diario en el trabajo.

—No estoy hablando de saludarnos en el hospital, Prudence.

—Quizá tú no, pero yo sí.

Seth se la quedó mirando unos momentos, tratando de no dejarse ganar por la gélida paralización que se iba apoderando de él.

—¿Es que ni siquiera estás dispuesta a tener una conversación? —preguntó—

¿No quieres hablar de lo que ha sucedido aquí esta noche?

—No hay nada de lo que hablar.

—¿Ah, no?

—¿Qué hay que decir? Que, una vez más, he cometido una imprudencia. Eso no es ninguna novedad. La irresponsabilidad es mi forma de vida.

—Ya está bien, Prudence. ¿Por qué hablas así? Si te concedieras a ti misma una oportunidad, creo que te darías cuenta de que hace muchísimo tiempo que dejaste de conducirte con irresponsabilidad.

—¿Qué?

—Que, al parecer, no te enteras de que ya no eres; la chiquilla que iba al Instituto y que Hazel recuerda.

Ella no dijo nada, pero lo miraba de hito en hito.

—Si te dieras una oportunidad, quizá te darías cuenta de que tus decisiones no se basan en impulsos —siguió él—. Se basan en las cosas que para ti tienen valor.

Por parte de ella, continuaba el silencio.

—No sé si lo que ha ocurrido entre nosotros esta noche —continuó Seth, aunque con la sensación de estar perdiendo miserablemente el tiempo— te sorprende porque no era algo de lo que fueras consciente, pero te aseguro que no es algo que haya ocurrido porque sí.

—¿Ah, no? Perdona, Seth, pero me parece que no sabes lo que dices.

Él sacudió el cabeza, frustrado.

—Maldita sea. Bueno, olvídate de lo que te he dicho —y se dirigió hacia la puerta de la calle, pero, al llegar, se volvió de nuevo hacia ella, y dijo—. El caso es que en algo sí tenías razón. Alguien se ha comportado irresponsablemente esta noche. Pero, desde luego, no eras tú, Prudence —y, sin esperar respuesta, salió.

La semana siguiente, Prudence hizo todo lo posible para evitar al doctor Mahoney, y lo consiguió plenamente, porque él parecía tener el mismo interés, si no más, en evitarla a ella. La cosa, en cambio, era diferente con Tanner. El viernes siguiente al de su «tropezón» con Seth, Pru bajó a la guardería durante su hora de comer, y se encontró a Tanner muy ocupado... jugando con el doctor Mahoney. : Estaban ambos sentados en el suelo, y, cada pocos segundos, un muñeco emergía de detrás del médico. Unas veces por la derecha, otras por la izquierda; arriba, abajo, asomando tras la solapa de su bata blanca, o

por la bocamanga. Y, cada vez que asomaba, era por donde menos se lo esperaba Tanner, que apuntaba a otro sitio, y luego se partía de risa al verlo aparecer. Y, cada vez que él se reía, Seth se reía también, y sus maravillosos ojos azules chispeaban de placer.

Pru se quedó un minuto observándolos, sin avanzar, tratando de sobreponerse a la emoción que la iba embargando por momentos. Ya sabía que al doctor Mahoney le gustaban los niños, pero, hasta que no lo vio en contacto directo con Tanner, no había comprendido cuánto talento natural tenia para ocuparse de ellos. Y, desaparecido ya el motivo que, en teoría, él tenía para acercarse al niño, lo que resultaba incomprensible era que hubiera ido a verlo.

—Lleva toda la semana viniendo —comentó alguien, como si le leyera el pensamiento.

Prudence giró en redondo y se encontró con la sonrisa de su amiga Teresa, que era la encargada de la guardería. Teresa sonreía contemplando la misma escena que ella.

—Viene mucho por aquí, ¿no? —preguntó Pru. Todos en el hospital conocían la debilidad del doctor Mahoney por los bebés.

—Ah, sí. A los niños les cae muy bien. Bueno, y, últimamente, Tanner es que se vuelve loco en cuanto lo ve aparecer. Adora al doctor Mahoney —y Teresa, alta, esbelta y rubia como una modelo, y con la misma absoluta confianza en sí misma, si guió—, y al doctor Mahoney le encanta estar con Tanner.

Con un suspiro, Pru volvió a contemplar a los dos hombres de su vida.

—Sí, ya lo sé.

Tanner iba a echar de menos a Seth. Prudence no sabía cómo privar a su hijo de una compañía que tan evidentemente grata le resultaba, y, por otra parte, no se sentía con fuerzas para seguir viendo a Seth. No, ya que sabía que él era un hombre resuelto a mantenerse libre de ataduras toda si: vida. ¿Por qué, si no, aún no había formado una familia, con lo que le gustaban los críos? Mientras; que ella... ella estaba enamorada de él. Ya no tenía ningún sentido tratar de engañarse a sí misma, como llevaba tanto tiempo haciendo. Debía de haberse enamorado de él el mismo día que lo conoció, porque, desde entonces, no había dejado de obsesionarla.

¿Y qué posibilidades había de que un hombre como él le correspondiera?

Una entre un millón, quizá.

Como si hubiera pronunciado esa pregunta en voz alta, Seth levantó la vista por encima de la cabeza de Tanner, y su mirada se clavó en, la de ella, tomándola completamente por sorpresa. Prudence

no estaba preparada para el escrutinio al que él la sometió, como no lo estaba, en general, para la presencia de Seth en su vida.

¿Por qué no era todo de otra manera? ¿Por qué era ella irresponsable, y él irreprimible? ¿Qué futuro podía tener semejante mezcla? Al menos uno de los dos tenía que ofrecer cierta estabilidad, para que la cosa funcionara.

A todo esto, ella se mantenía a una prudente distancia, y Seth seguía mirándola, intensamente, aunque, al parecer, sin resentimiento. Tanner aprovechó la inmovilidad del doctor para lanzarse sobre el muñeco, y Seth se lo dejó quitar. Luego se puso en pie, y levantó al niño en brazos. En un momento, estaban los dos junto a Pru, que vio, sorprendida, las ojeras que tenía el médico, y las líneas de fatiga marcadas junto a su boca. Su pelo rubio estaba revuelto, y, en conjunto, tenía aspecto de estar tan estresado como ella se sentía, lo cual, curiosamente, le dio ánimos.

—Tenemos que hablar —dijo Seth, sin más preámbulo.

Y Teresa se apartó de ellos.

—Me parece que me llaman. Hasta luego, chicos.

Prudence estuvo a punto de llamarla, de pedirle que no se fuera, pero no se atrevió, y se quedó sola ante el peligro. El peligro alto y rubio, que sostenía a su hijo cómodamente sobre su brazo, el peligro rubio al que le habían manchado de babas la corbata de seda, el peligro que había creado un estallido tan perturbador en sus sentidos hacía solamente una semana.

—¿De qué? —preguntó, después de tragar saliva varias veces.

—De ti y de mí.

Vaya, eso era ir directo al grano.

—Yo... esto... me parece... creo que ya nos lo dijimos todo. Todo lo que había que decir —consiguió responder ella.

—Pues qué raro —replicó Seth—, porque a mí me parece que no hablamos de nada que nos importase de verdad. —Bueno, es tu opinión.

—Pues sí, y tengo unas cuantas opiniones más, que me gustaría contarte, y oír las tuyas. ¿Te parece bien en mi casa, esta noche? —la imaginación de Pru se disparó inmediatamente, pero se apresuró a echarle el freno.

—Seth, no creo que sea buena idea —empezó, pero él la interrumpió.

—Ven esta noche a mi casa, Prudence. Venid Tanner y tú —se apresuró a especificar—. Siempre he ido yo a la vuestra —siguió—. Ya va siendo hora de que empiece a ocuparme yo de vosotros.

—No vamos a empezar... —pero él siguió, como si no la hubiera

oído.

—Venid hacia las ocho, ¿de acuerdo? —la miraba con tanta intensidad, que Pru no consiguió reunir el valor de negarse— Y a ver si venís con ganitas.

A Prudence la expresión le sopó muy ambigua, y su mirada debió de manifestarlo, porque Seth siguió.

—Sí, con ganas de todo —le dijo, y sus ojos relampagueaban en ese momento

—. Os voy a preparar cordero para cenar, pero el postre… —hizo una pausa dramática—, ah, el postre corre de tu cuenta.

Capítulo Once

Naturalmente, al decirle a Prudence que el postre corría de su cuenta, Seth no pensaba precisamente en la bandeja de la pastelería con la que ella se presentó a su puerta. El esperaba algo dulce, desde luego, y sabroso, y más bien caliente, y no creía que lo que deseaba compartir con Prudence cupiera en aquella bandejita. No, les iba a hacer falta bastante más espacio.

Bueno, por lo menos había ido. Claro que iba sin Tanner, lo cual no auguraba que pensara quedarse mucho rato.

—¿Dónde está el enano? —preguntó enseguida.

—Con una canguro —le contestó ella, algo nerviosa, pero con seguridad—.

La hija de una prima mía. Si tú y yo tenemos que hablar, más vale que no esté Tanner para que nos podamos concentrar.

—Bien —dijo Seth—. Tengo buen recuerdo de la última vez que te he visto...

concentrada.

Prudence lo miró con sorpresa, pero él no dijo nada más, sino que se limitó a apartarse para invitarla a pasar. Hacía muy buena temperatura, así que ella se había puesto un vestido para la ocasión, en verde turquesa, que realzaba el color de su pelo y de sus ojos. Aunque el postre se fuera a limitar al contenido de la bandejita, Seth se felicitaba por la elección de Pru, y estaba dispuesto a no presionarla en absoluto. Esa noche, pensaba comportarse como el adulto serio y responsable que, en realidad, había sido casi toda su vida.

Lo único que pasaba era que esa fase se había terminado precisamente al acceder al mundo de los adultos, y, en realidad, ya le iba apeteciendo clausurar su etapa de irresponsabilidad e inmadurez, y recuperar el contacto con su antiguo ser. Prudence Holloway merecía sobradamente cualquier pequeña renuncia que tuviera que hacer.

—¡Qué guapa! —dijo, suavemente, y vio un chispazo de incertidumbre en los ojos de Pru al oírlo, que enseguida pasó, sustituido por una sonrisa. Buena señal.

—Gracias —le contestó, y, a su vez, le echó un vistazo prolongado a él—. Tú también estás muy bien.

Esa noche, Seth se había esforzado mucho por no ir trajeado como en el trabajo, sin caer en la informalidad. Llevaba unos pantalones de algodón caqui, no muy ajustados, y un jersey, también de algodón, azul marino. Por supuesto que pretendía estar... bueno, como siempre, irresistible, pero también dar una impresión de solidez y responsabilidad a Prudence. Esa noche se jugaba mucho.

—Bueno, ¿y qué me has traído? —le preguntó—Para postre, quiero decir.

Ella le tendió la bandeja, pero, cuando él fue a soltar el nudo de la cinta que tenía alrededor, sonrió y le dijo:

—Ah, no, eso no. Hay que esperar hasta los postres —y, al oírla, él sonrió a su vez.

—Me encantan las sorpresas.

—A mí... —empezó ella, y su sonrisa se nubló un poco—. No sé qué decirte.

Él tampoco dijo nada, y se quedaron un momento de pie, mirándose, momento que se prolongaba incómodamente, cuando fue a romperlo el súbito pitido de un temporizador. Seth volvió a toda prisa a la cocina, lo desconectó, abrió el horno y sacó el asado.

—Cómo huele —comentó Prudence, que había ido tras él.

—Eso es el romero. Ya verás cómo sabe.

—Vaya —ella soltó una risita—, si ahora resulta que también sabes cocinar.

Seth ya había dejado la fuente del asado sobre la encimera y metido el pan en el horno, para calentarlo con el calor residual, así que se volvió hacia ella.

—Yo diría que hay muchas cosas que ignoras de mí.

—Yo diría que tienes razón —contestó Pru—. Nunca contestas a las preguntas personales. Él tuvo un momento de vacilación.

—Cierto —dijo después—. Pero había buenas razones para ello.

—¿Ah, sí? —había despertado su curiosidad, y él asintió.

—No demasiado buenas, la verdad, pero las había.

—¿Las había? ¿Quiere eso decir que ahora estás dispuesto a hablar más de ti mismo?

—Quizá —contestó él, enigmático—. Acabaré por hacerlo. Igual después de la cena —y, al verla abrir la boca para decirle, seguramente, que había ido solo a cenar, se apresuró a pedirle—. ¿Te importaría encargarte del vino? —y, asombrado, vio que cerraba la boca y abría un cajón, buscando el sacacorchos.

Sorprendente. Prudence siguiendo instrucciones.

Y de él.

Mientras se ocupaba de la comida, la vio descorchar la botella de tinto de crianza que reposaba sobre la encimera y servir con cuidado dos copas. Una vez le tendió la suya, Prudence se acercó, copa en mano, al distribuidor, desde el que se veía toda la casa, porque ya se había cuidado él de que no hubiera ninguna puerta cerrada.

—Tienes una casa muy bonita —le dijo, al cabo de un momento—. Me gusta mucho. Entre tus talentos desconocidos, ¿está también el de

la decoración?

—No, contraté a profesionales —y Seth se dijo que eso era exactamente lo que reflejaba su casa: profesionalidad, no una cualidad de hogar, como la casa de Prudence—. Verás, en mi infancia, entender de decoración no era vital para mi supervivencia —prosiguió—. En cambio, comer sí. Así que aprendí a cocinar, no a combinar muebles.

Pru tenía expresión de curiosidad, pero no dijo nada.

—También coso bastante decentemente —siguió confesando Seth, que daba vueltas a su copa—. No llego a hacerme yo la ropa, pero pego botones y arreglo bajos y cremalleras bastante mejor que la mayoría. Ah, y sé zurcir. Si es preciso, le puedo hacer durar la ropa a un niño en pleno crecimiento hasta dos años.

Ella tomaba de vez en cuando un sorbo de vino, pero seguía examinándolo con gran interés, sin decir nada, por lo que Seth decidió seguir con el catálogo de sus virtudes domésticas. El contexto se iría revelando, irremediablemente.

—También sé estirar el dinero como si fuera chicle. Si se trata de comida, con un paquete de macarrones y una lata de bonito, puedo hacer los almuerzos de una semana.

Por fin, Prudence dejó su copa sobre la encimera.

—Así que —dijo, evitando mirar a Seth— eras pobre de pequeño.

—Pobre —repitió él. Y también él se dedicó a estudiar las profundidades color rubí de su copa, para no arriesgarse a ver la expresión de ella al oír lo que iba a decirle—. No, la palabra no es pobre —empezó—. Si uno dice «pobre», parece que a la familia le cuesta llegar a fin de mes. Verás, Prudence, a mi madre y a mí nos costaba empezar, seguir, promediar y terminar el mes. Nos íbamos a la cama con la tripa vacía más veces que llena.

Al cabo de un breve silencio, ella preguntó, muy quedamente:

—¿Y tu padre?

—No sé nada de él —dijo él, sin la menor vacilación.

—Pero con tu madre sí que pudiste contar, ¿verdad? —había algo de inseguridad en su voz.

—Sabía siempre dónde estaba mi madre —contestó Seth, siempre con la vista fija en el vino—, pero la verdad es que apenas la veía. Tenía dos trabajos de jornada completa, y todo lo que ganaba se iba a una cuenta de ahorro especial para mis estudios. Te aseguro que, en aquella época, yo habría votado por invertir más bien en cosas como... comida, pero le agradezco que hiciera lo que hizo.

—Tenía entendido que habías conseguido becas en todas partes.

—Sí, he tenido becas —reconoció él—, pero no lo cubrían todo, ni mucho menos. Créeme, con todo lo que dieron de sí los ahorros de mi

madre, hubo momentos en los que me vi con el agua al cuello —por fin levantó la vista, para encontrarse con que entonces era Prudence la que parecía hipnotizada por su copa.

—Lo siento, Seth. No tenía ni idea.

—Claro que no la tenías. Ya procuro yo no hablar de eso con nadie —dio un pequeño suspiro—. Pero creo que ha tenido bastante influencia en mi manera de ser —finalmente, Pru levantó la vista, llena de curiosidad, hacia él.

—¿A qué te refieres?

Antes de contestarle, Seth se volvió a poner en marcha. Buscó una caja de cerillas para encender las velas que había sobre la mesa, sirvió la salsa en la salsera y las guarniciones en sendas fuentes. Trataba de concentrarse en esas tareas para no ser arrollado por recuerdos que preferiría no fueran los suyos, pero que tenía que reconocer eran vivencias que lo habían formado como ser humano.

—Mi infancia —empezó— tuvo muy poco de infantil. En cuanto pude nacerlo, o quizá un poco antes, ya estaba a cargo de mí mismo. A mi padre nunca lo conocí. Mi madre se pasaba todo el día, todos los días de la semana, trabajando. De muy pequeño, me llevaba con ella. Jugaba con los periódicos que había para tirar en las casas en las que ella limpiaba, hasta que pude ayudarla a limpiar. Y, en cuanto cumplí la edad mínima, empecé también a trabajar.

—Pero, como ya te he dicho —prosiguió—, todo dólar que no fuera absolutamente imprescindible para el alquiler, o la comida, era ingresado religiosamente en la cuenta de mis estudios. Mi madre estaba resuelta a que me hiciera médico. No porque creyera que yo tenía tal vocación, sino para estar segura de que saldría adelante, de que siempre pondría encontrar trabajo.

Contaba con que a la gente siempre le harían falta médicos.

Había ido llevando cosas al comedor, y Prudence fue a reunirse con él, llevando la botella y las dos copas de vino. Las dejó sobre la mesa, en puestos contiguos, y se sentó, esperando que él la imitara.

Pero a Seth había dejado de importarle que todo saliera perfecto, y ni siquiera parecía tener hambre. En lugar de sentarse, tomó su copa y se alejó con ella hacia la zona del cuarto de estar.

—No me quedó más remedio, Prudence —le dijo, mirándola desde la distancia a la que se había situado— que cuidar de mí mismo desde que tengo memoria. Los demás niños se iban a casa después del colegio y jugaban con sus videojuegos, o montaban en bici. Yo tenía que limpiar la casa, preparar la cena y ocuparme de mí mismo. Y, de mayor, después del Instituto, me iba a trabajar, y, después del trabajo, a limpiar la casa, preparar la cena y ocuparme de mí mismo.

Hizo una pausa y se sentó en el sofá. Por respeto hacia él, o por preservarse ella, a Prudence no se le ocurrió acercarse.

—Tenía dieciséis años cuando a mi madre le diagnosticaron cáncer —

prosiguió, tratando de mantener un tono de frialdad que estaba muy lejos de sentir—. Pasé los dos años siguientes cuidándola también a ella. El dinero de la cuenta de estudios se gastó casi entero en pagar sus gastos médicos. Así que, después de su muerte, tuve que seguir trabajando para poder ir a la Universidad.

»Porque, después de su muerte —siguió, en un tono más resuelto —, decidí que me convertiría en lo que ella había deseado. Resultó que sí tenía vocación, y sacaba bastante buenas notas. Pero te aseguro que, aunque tenía aptitud, estudiaba muchísimo. Trabajaba mucho, estudiaba mucho, me sacrificaba mucho. Así que, cuando acabé la especialidad y empecé a ganar dinero de verdad con mi trabajo, decidí… verás, decidí regalarme esa niñez que no había tenido nunca.

Y se interrumpió para mirarla. Como esperaba, la expresión de Prudence le decía que lo estaba entendiendo, que no había por qué detallar exactamente en qué consistía ese regalo.

—Te comportas como un crío —dijo ella, poniéndose en pie sin ruido—

porque no has tenido la oportunidad de ser un crío hasta hace un par de años.

—Sí.

—El motivo —siguió Prudence, que, dejando su copa en la mesa, empezó a avanzar hacia él, paso a paso— de que seas tan… irreprimible, de adulto, es lo muy cohibido que te obligaron a ser tus circunstancias de niño.

—Sí —volvió a decir Seth. Lo había entendido todo… hasta el momento. Aún le faltaba una última bomba que soltarle.

La vio en pie delante de él, sin atreverse a dar el siguiente paso, sin saber qué más decirle o preguntarle, y se resolvió a ayudarla. Dejó su copa en la mesita, junto al sofá, y tomó la mano de Prudence. Tirando levemente de ella, la hizo sentarse a su lado. Lo confortó que lo hiciera de buena gana, pero se abstuvo de pasarle el brazo por la cintura, como le apetecía, y enlazó, en cambio, los dedos de su mano con los de ella.

—Y el motivo, Prudence —prosiguió, muy bajito—, de que siempre haya evitado prolongar la relación con una mujer, es que no he sabido nunca cómo afrontarlas —esperó hasta que ella lo mirase a los ojos, y siguió—; hasta hace muy poco.

—¿Qué me estás tratando de decir?

Ya la tenía demasiado cerca para poder resistir sin abrazarla, así que Seth le apretó un poco más la mano, invitándola a recostarse contra los almohadones.

Los dos se echaron hacia atrás, y él le pasó el brazo por los hombros.

—Las horas que he pasado estas dos últimas semanas contigo y con Tanner

—empezó a contestarle— me han servido para darme cuenta de lo que me estaba perdiendo. Mejor dicho —corrigió, con vehemencia—, los minutos que he pasado contigo, estos dos últimos años, son los que me han hecho ver lo que me estaba perdiendo.

—Pero, ¿cómo puedes decir eso? —respondió ella, asombrada—. Has estado con docenas de mujeres, solo en Seton General, y seguro que ha habido docenas más, antes de aquí. ¿Qué tengo yo de particular?

—Oye, para empezar, no han sido docenas. Por lo menos, no como tú te figuras. Y, para seguir… —dio un suspiro, porque no estaba seguro de cómo decirle lo que le tenía que decir—. Claro que tienes mucho de particular, Prudence. Mi relación contigo ha sido distinta de las demás desde el primer minuto. ¿Es que no lo ves? Ya llevo detrás de ti dos años. Con otras mujeres, si me decían que no, pues nada, pasaba a la siguiente, y solucionado. Pero contigo he sido incapaz de hacerlo. Contigo, no he dejado de volver a por más y más noes. Has resultado… —sonrió abiertamente— irresistible.

Prudence abrió la boca para replicarle, pero no pudo. Sonrió, a su vez, y se quedó callada, reflexionando. Seth supuso que le estaba costando asimilarlo todo, y siguió con su explicación.

—Aunque no haya llegado a salir contigo, a bailar contigo… he estado dando vueltas constantemente en torno a ti. Y ahora, al conseguir estar más tiempo a tu lado, al llegar a hablar contigo, a hacerte el amor… —Pru enrojeció al oírlo, y su pulso se aceleró, e, inmediatamente, se aceleró también el de Seth—. En fin, todo lo que hemos hecho estas dos semanas me ha confirmado que llevaba dos años contándome a mí mismo un cuento chino. Te quiero, Prudence. Te he querido desde el primer día. Y quiero estar contigo.

—No creo que lo digas en serio —le dijo ella, pero en su tono había un vestigio de esperanza.

—Claro que lo digo en serio —insistió Seth—. Por supuesto que te quiero y que…

—No —lo interrumpió ella, y le puso la mano sobre los labios—. No digas algo que no sientes de verdad.

—Claro que lo siento de verdad —dijo él, contra sus dedos—. Te

quiero —

ella le retiró la mano de los labios, pero siguió negando con la cabeza.

—Quizá sea verdad ahora —le respondió—, pero no durará, Seth. A ti no te duran las cosas. Él se rió, y su risa era sincera.

—¿Pero cómo no lo ves? Ya ha durado. Dos años, Prudence. Aunque yo no lo quisiera reconocer, y aunque tú te resistieras todo el tiempo… Con los dos en contra, llevo dos años enamorado de ti. Y te sigo queriendo ahora. Y te querré siempre.

—Oh, Seth —después de la exclamación, esta vez Prudence se llevó la mano a sus propios labios, como si no se fiara de lo que podía decir. Pero sus ojos estaban velados, y con el otro brazo se cubría la cintura, inclinándose hacia delante, sin mirarlo a él directamente.

—No me crees —dijo él.

—No sé qué creer.

—Estoy dispuesto a demostrártelo, si tú colaboras.

—¿Cómo?

—Casándote conmigo.

—¿Qué?

—Cásate conmigo, Prudence. No hay por qué esperar. Podemos hacerlo este mismo fin de semana.

—¿Qué?

—Nos casamos, y así ya podemos ir el próximo fin de semana a tu reunión de antiguos alumnos como marido y mujer.

—¿Qué?

Seth no pudo retener la carcajada ante la expresión de aquel rostro adorable: escéptica, estupefacta, esperanzada.

—Es la solución perfecta, créeme —y él mismo lo creía. Se le había ocurrido en el último momento, pero estaba seguro de que todo podría arreglarse—.

Anda, cásate conmigo —repitió—, y así podremos ir a Pittsburgh y todo será verdad. No habrá ninguna mentira podrida. Yo seré tu marido, y el padre de Tanner. Y los dos estaremos viviendo felicísimamente casados.

Prudence aún se mantuvo unos minutos mirándolo como si fuera un lunático, y luego le dio un golpe de risa y estuvo a punto de ahogarse.

Maravilloso, se dijo Seth.

—¿Y qué hay de la fantástica mansión de Cherry Hill? —le preguntó, cuando se recuperó. t

—Bah. Les podemos contar que estamos buscando una casa nueva, porque contamos con seguir incrementando la familia, y así no

estaremos contando ninguna mentira —se detuvo un momento, dudoso—. No será ninguna mentira, ¿verdad?

—¿Y se nos van a quedar pequeños casi cuatrocientos metros cuadrados? —

preguntó ella, con incredulidad, más consciente que él de las dimensiones de las mentiras que habían contado.

Pero lo principal era que no le había contradicho, observó Seth.

—Ah, yo estoy dispuesto, si tú lo estás —dijo jocosamente, y la vio enrojecer, pero, una vez más, no dijo que no.

—¿Y qué pasa con todas las asociaciones y clubes y todo eso? —preguntó ella.

—Todo eso se soluciona con un par de llamadas de teléfono. Dalo por hecho.

—Pero...

—Dalo por hecho, Prudence —insistió él—. Todo. Yo me hago cargo de todo, y te aseguro que soy perfectamente responsable.

—Lo que eres —dijo ella, hablando despacio, como si aún no lo hubiera asimilado todo— es un perfecto chalado.

—Ah, pues igual sí —admitió él, sintiendo que todo su cuerpo, su mente y su alma se inundaban de dicha—, pero tengo que decirte, Prudence, que esta es la primera cosa que hago en mi vida que de verdad me parece madura y responsable. Y me hace sentir maravillosamente en paz —la atrajo hacia él y la besó suavemente en los labios, una, dos, y hasta tres veces, y se apartó luego—.

Cásate conmigo.

Pero ella, que había dejado hacía mucho de decirle que no, seguía sin decirle que sí. Lo que dijo fue:

—No sé, Seth. Tengo que pensar. Y él asintió, porque aquello no podía turbar su dicha.

—Por supuesto. Eso es tomarse las cosas con responsabilidad.

La expresión de Prudence cambió al oírlo, como si el chalado acabara de tirarle un pellizco.

—¿Cómo dices?

—Digo que el pensárselo sería tomarse las cosas con responsabilidad.

—Eso me había parecido entenderte —dijo ella, pero seguía desconcertada.

—Y, desde luego, no me sorprende —siguió él—, porque, como he podido comprobar a lo largo de estos dos largos años, eres una mujer sumamente responsable.

—No te entiendo.

Bueno, al fin habían llegado al punto crucial, lo que más necesario

era que llegara a entender.

—Verás, Prudence —le dijo, suavemente—, si de verdad hubieras sido una irresponsable, habrías salido conmigo cuando yo te lo pedí. No te habrías resistido al famoso «doctor Irresistible». Pero lo hiciste, porque no estabas interesada en alguien que no sirviera para marido y para padre.

—Sí, claro, y por eso tuve el novio que tuve.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Pues que me dejó embarazada y me abandonó.

—Pero tú estabas utilizando un anticonceptivo. Fue el anticonceptivo el que falló, ¿no? —ella asintió y él continuó—. Pues eso es mala suerte, circunstancias imprevisibles, pero no irresponsabilidad.

—De todos modos acabé abandonada.

—Clara muestra de irresponsabilidad por parte del padre, no tuya. Tú has luchado desde el primer momento para que a Tanner no le faltara nada. Lo has convertido en el centro de tu vida, Prudence. Y es un bebé sano, feliz y simpático a causa de ti. A mí no me parece que eso se pueda considerar irresponsabilidad, sino todo lo contrario.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas y, de repente, se precipitó en los brazos de Seth, que se cerraron instintivamente en torno a ella, resueltos a no dejarla escapar nunca más.

—Te quiero —dijo ella, con la respiración entrecortada, confirmando al fin lo que él siempre había sospechado—. Eres maravilloso.

Declaración que Seth no pensaba contradecir. Llevaba... ya no sabía cuánto tiempo esperando una reacción así, de modo que lo que hizo fue besarla.

Besarla como llevaba una semana deseando hacer, y ella sintió su beso con todas las fibras de su ser. Desde luego, el doctor Mahoney era irresistible.

Prudence ya no podía entender cómo ni por qué lo había rechazado durante tanto tiempo. Así que cesó toda resistencia, y, poco a poco, a medida que los labios de él iban recorriendo sus labios, y pasaban luego a la cara, al cuello, fue perdiendo la noción del tiempo. Y no porque las cosas fueran lentas. La seducción de la semana pasada había sido pausada, pero esa noche, Seth no parecía dispuesto a tomarse su tiempo. Y a Pru aquel ritmo acelerado le parecía perfecto.

Seth se puso en pie y se inclinó hacia ella, urgiéndola a levantarse, al mismo tiempo que volvía a apoderarse de su boca. Y aprovechó el movimiento de ella al ponerse en pie para tomarla en brazos, pasando

ambas manos por debajo de su vestido, deslizándolas por los muslos, hasta plantarlas firmemente sobre sus nalgas.

Así cargado, recorrió en unas cuantas zancadas la distancia hasta la puerta más próxima, que, como cabía esperar, era la de su dormitorio. No había dejado de besarla en ningún momento, y siguió besándola mientras la echaba en la cama, y se tendía junto a ella, y empezaba a levantarle el vestido, poniendo al descubierto sus piernas, sus muslos, su vientre, sus pechos. Se interrumpió un momento para librarla enteramente del vestido, pero enseguida volvió a lo que estaba haciendo: a saborearla, a torturarla, a tomar posesión de cada centímetro de su cuerpo.

Y, mientras su boca licuaba el sistema nervioso de ella, la mano de Seth se aventuró a rodearle el cuerpo y, sin ayuda de la vista, soltarle el sujetador y posesionarse de su carne. En cuanto tuvo a punto el pezón, lo tomó rápidamente con la boca y succionó, dejando la mano libre para seguir viaje hacia la suave curva del vientre, por la depresión del ombligo, adentrándose bajo la seda de sus braguitas, hasta que los dedos de Seth se enroscaron en los húmedos rizos, y entonces también Pru lo agarró del cabello y tironeó suavemente de su cabeza, al tiempo que él deslizaba su mano con levedad, con insistencia, hacia dentro, hacia fuera, hasta arrancarle un grito ahogado al introducir un dedo. Y, al instante, una nueva sustitución: la boca de Seth recorría la misma senda que habían trazado antes sus dedos.

Ayudado por ella, que alzó las caderas, le quitó la última prenda y reemprendió inmediatamente lo que tan ocupado lo tenía: recorrer con la lengua los delicados pliegues de Pru, mientras su dedo seguía concentrado en la abertura, cada vez más húmeda. Ella se fue paralizando, incapaz de más reacción que las súplicas, rogándole alternativamente que hiciera cesar esa tortura, y que nunca, jamás, se le ocurriera detenerse.

Alcanzó el límite cuando aún una parte de su mente creía poder evitar recorrer el camino. Así que, en tanto su cuerpo temblaba aún con los ecos de la onda expansiva, abrió los ojos, buscando a Seth, buscando más. Estaba allí, frente a ella, tan desnudo como ella, y, al tenderle la mano, aferró ambos muslos, arrastrándola hacia él, que se hallaba de rodillas. Ella prácticamente trepó por su cuerpo, mientras él se hundía dentro de ella, hasta que Prudence estuvo pegada a él, rodeándole el cuello con los brazos, con los senos desnudos aplastados contra su torso desnudo, mientras los dos corazones latían el uno contra el otro, con un mismo — e insistente ritmo. Pru se alzó, apoyándose en sus rodillas, y volvió a dejarse caer contra él,

aprisionándolo, y Seth dejó escapar un grito de fiera. Asiéndola de un pecho y de la cadera, la urgió:

—Otra vez —dijo, roncamente—. Vuelve a hacer eso.

Y ella, investida de poder, volvió a erguirse y de nuevo se incrustó en torno a él, tomándolo no menos que entregándose a él. Una y otra vez, acelerando y retardando, subiendo la llama y moderándola después, hasta que ambos alcanzaron una cúspide febril y, con un grito, proclamaron su redención, apartándose una última vez, encontrándose definitivamente, cayendo empapados y jadeantes sobre la cama, con brazos y piernas enredados, y el tronco de Seth cubriendo prácticamente el de ella, en un gesto de protección, mientras trataban de recuperar una respiración normal.

Permanecieron un buen rato inmóviles y silenciosos, comunicándose solo mediante el abrazo. Después hubo algún beso, alguna pequeña caricia, y, poco a poco, empezaron a emerger de la burbuja que los mantenía aislados del tiempo y el espacio.

Pru fue la primera en hablar, en un susurro apropiado al silencio que reinaba.

—Ya sé, Seth. Ya lo he pensado. Seth se rio bajito, y se puso a recorrer con la punta de los dedos el muslo de ella.

—¿Qué has pensado? —preguntó, en un tono de voz no menos lascivo que el movimiento de la mano.

«Como si no lo supieras», pensó ella, y, en voz alta

—En lo que me has preguntado a la hora de cenar —dijo, y notó cómo él cambiaba de postura. Al cabo de un momento, Seth la estaba mirando, echado de costado, apoyándose en un codo.

—¿Y? —le preguntó, aunque no había ninguna ansiedad ni incertidumbre en su voz.

Pru levantó una mano y le apartó un mechón de pelo rubio húmedo para mirar a aquellos ojos tan profundamente azules como el mar.

—He decidido casarme contigo —contestó con una sonrisa—. Es la opción más responsable.

—Me alegro de que lo veas así —replicó él, con otra sonrisa.

Y ella rió, y se llenó luego de aire los pulmones, inundándose, al mismo tiempo, de paz.

—Te quiero, Seth.

Las yemas de él volvieron a deslizarse apaciblemente por el muslo de Prudence.

—Y yo te quiero a ti, Pru —declaró, con pleno convencimiento—. Me muero por tus huesos.

—¿Solo por los huesos?

Ante su fingida consternación, Seth negó gravemente con la cabeza.

—Y por todo lo demás también. Adoro cada eslabón de tus cadenas de ácido desoxirribonucleico, cada mitocondria y cada célula. Y, si quieres, te puedo nombrar todas y cada una de las partes de tu cuerpo que me gustan.

—Adelante, doctor Irresistible —contestó ella, levantando ambas manos para sostenerle la cara—. Me encantará enterarme de cómo se llaman todos esos huesecillos que tengo en los pies.

Y, con una sonrisa llena de picardía, Seth empezó a satisfacer sus deseos.

Epílogo

—¡Prudence Holloway Mahoney! ¡Al fin!

Pru se dio la vuelta al oír la voz de Hazel Dubrowski Debbit, sorprendida, y agradecida, de que la otra hubiera tardado nada menos que veinte minutos en descubrirla, mezclada con los demás invitados del cóctel.

Hazel se acercaba a ella, arrastrando a otras dos invitadas. A una de ellas, Pru la reconoció inmediatamente: era Stacy Barrett, una de las mayores pelmazas que Pru recordaba. Y la otra era Cathy Jenings, que no le iba mucho a la zaga. No habían cambiado gran cosa, salvo de talla y de peinado.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Hazel, en cuanto hubieron intercambiado los saludos de rigor.

Pru levantó su brazo izquierdo, en apariencia para apartarse un rizo de pelo de la cara, y, al hacerlo, se remangó discretamente la manga del carísimo traje de un conocidísimo diseñador que se había comprado para la ocasión. Y, no menos discretamente, permitió que los diamantes de los que estaba cuajado su anillo de bodas captaran y reflejaran toda la luz del salón. Y observó, complacida, que las gemas no pasaban desapercibidas.

—Ah, pues por ahí —contestó, sin el menor apuro—. No puede andar muy lejos. Pobrecito, si no sabe vivir sin mí. Ni sin Tanner, claro.

Y, como si sus palabras lo hubieran conjurado, Seth se acercó al cuarteto. Estaba tremendamente elegante y atractivo, con uno de sus mejores trajes, y todos los accesorios habituales en él. Como el traje era gris marengo, llevaba una corbata de seda color rubí, a juego con los gemelos, y una mochilita con un estampado verde grisáceo y rojo oscuro.

Dentro de la mochilita iba Tanner dormido.

Seth le entregó una copa a ella, y se llevó la suya a los labios, mientras, con la otra mano, sostenía el culete de Tanner. Las otras tres mujeres contemplaban, con asombro e incredulidad, la cariñosa pose del papá.

—Ya sabes que tenemos guardería —le dijo Hazel, señalando al bebé—. Hay una zona con cunitas. Si lo dejas allí, estará perfectamente.

—Ya, gracias —contestó él, mirando al niño dormido—, pero prefiero que Tanner esté con nosotros. Y no da ninguna guerra.

Como las tres mujeres, en su asombro, se volvieron hacia Prudence, ella se sintió obligada a decir algo.

—Es un padre fantástico.

Hazel trató de introducir otro asunto en la conversación.

—¿Qué tal esa casa vuestra, tan grande y tan bonita? Cuéntanos cómo es.

—Oh, estamos buscando una nueva —dijo Pru, quitándole toda importancia

—. Ya sabes, un sitio que no se nos quede pequeño en unos pocos años.

—¿Pero es que una casa de casi cuatrocientos metros cuadrados no os va a bastar?

Pru se limitó a sonreír, sin responderle. Enlazó su brazo con el de Seth, apoyó la cabeza cariñosamente en el hombro de su marido, y le dio un sorbito a su copa de champaña. Y, antes de que Hazle insistiera, comentó para todos:

—¿Sabíais que esta temporada van a poner el Otello de Verdi? Es una de las óperas que más ganas tengo de oír.

Hazel sacudió lentamente la cabeza, examinando a Pru y a Seth como si acabaran de aparecer dentro de un glaciar prehistórico.

—Vaya, vaya —dijo—. El mes pasado, se me pasó por un momento por la cabeza que os estabais inventando lo de que estabais casados. Pero la verdad, Prudence, es que estás irreconocible. Radiante. Nunca creí que llegaría a verte tan llena de madurez.

—Venga, Hazel —contestó Pru, enderezándose, pero sin desenlazar su brazo del brazo de Seth—; para empezar, yo nunca fui la irresponsable que tanto te gusta repetir. Era impulsiva, espontánea. Me gustaba reírme. Eso es todo.

Se estaba pasando un poco, pero tenía que corregir un prejuicio demasiado asentado, durante demasiado tiempo. Ya estaba bien de juzgarse a sí misma a través de los ojos de los demás. Ella no era irresponsable, sino, sencillamente, irreprimible, igual que su marido.

—Y ahora —dijo—, si nos disculpáis, vamos a charlar con más personas.

Tengo que ponerme al día.

Y Prudence Holloway dio media vuelta, llevándose a sus chicos consigo.

Efectivamente, pensaba aprovechar ese fin de semana para ponerse al día. Y no se trataba solo de recuperar el contacto con algunos de sus antiguos compañeros. Estaban de luna de miel, y no habían hecho más que empezar.

Fin